



LA
CÁRCEL
DE
CRISTAL

FRAN L. GONZÁLEZ

La cárcel de cristal

Fran L. González

©Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Título: La cárcel de cristal.

©Francisco Lorenzo González

Diseño de portada: ©Alexia Jorques.

Primera edición: Agosto 2019

A Dani. A mi madre.

Y a mis lectores.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[PARTE II](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Nota de autor

Las próximas páginas no narran una historia real, aunque sí hubiera podido serlo en la España sin libertades. Marta Urriaga y todos los personajes que se presentan aquí son ficticios, sin embargo, su dolor, su sufrimiento y su lucha para sobrevivir se trata de una buena representación de aquello por lo que pasaron miles de personas en una de las épocas más oscuras de la Historia reciente de España: la dictadura franquista.

Instituciones como los manicomios tenían una función clara: purgar y eliminar de la esfera pública a los opositores al Régimen. El manicomio de Miraflores representa la esencia de la dictadura: condenar al silencio, por los medios que fueran, a todos aquellos que cuestionaran al Estado y a sus ideales de vida.

La cárcel de cristal es una historia que pretende honrar a algunas de esas víctimas, cuya memoria, mejor dicho, cuyas historias, deben ser contadas, porque, a veces, conocer el sufrimiento del pasado puede evitar errores que condenen nuestro presente.

Dicen que la Historia se repite, pero lo cierto es que sus lecciones no se aprovechan.

Camile Sée.

Agradecimientos

Gracias a Dani. Este libro surge, en buena parte, gracias a tu amistad. Sin ti, sin tus recomendaciones, sin tus conocimientos médicos, este libro no habría salido adelante. Gracias por toda la ayuda que me has ofrecido para este y para infinidad de temas.

Gracias a David. Te has convertido en uno de los pilares que me sustentan día a día, y esa es la mejor representación de lo que es una amistad sincera.

Gracias a mis compañeros de profesión, y buenos amigos: Vicky, Sergio y Sara. Si por algo ha merecido la pena ser escritor, es porque os conocí. El esfuerzo, el cariño y la dedicación que le ponéis a vuestras novelas son un ejemplo para mí.

Gracias a los lectores. Que uséis una parte de vuestro tiempo a leer mis textos ya hace que merezca la pena el esfuerzo que supone escribir una novela como esta.

Para acabar, quiero dar las gracias a aquellos que compartís y difundís mis letras. No hay honor más grande para un escritor.

Prólogo

Daniel Aparicio

La España franquista fue una España de diferencias, de secretos, de guerras morales... pero, sobre todo, de desigualdad. Una desigualdad que nacía del estatus social, muchas veces envenenado por las creencias políticas, que hacía que ricos y pobres vivieran en mundos diametralmente opuestos. Si algo, en esa España rota por los miles de lazos quebrados por los ideales políticos, igualaba a todos, era la enfermedad y la muerte.

De los días negros del franquismo se desgranaban miles de muertes que hoy pesan sobre la memoria de todo un país, pero mucho más en el olvido quedaron todas aquellas personas que se convirtieron, por comer del fruto de unos ideales impuestos y beber de la libertad de su pensamiento, en enfermos del Régimen, traspasando la fina barrera que separa a los ojos de los inexpertos, la cordura de la enfermedad mental.

Es una sencilla tarea convertir en renglones torcidos todas las voces discordantes y tildar de loco al que discrepa; sencilla tarea que, combinada con la impunidad que otorga un régimen dictatorial, puede acallar los ideales de libertad de todo un colectivo.

El sanatorio de Miraflores encarna la cárcel de cristal en la que el Régimen encerró a sus voces más disruptivas. Sin embargo, Marta Urriaga, una joven y ávida periodista, se ha propuesto descubrir y destapar todo el armónico engranaje que, bajo la dirección de la Hna. María Eugenia Valverde de Castro, entrama Miraflores.

Una historia en la que la pasión periodística de la protagonista, el rigor histórico, la lucha contra el franquismo, la defensa de los colectivos marginales y el empoderamiento de la mujer se engastan en una ligera lectura que, con su indudable tinta de historiador, Fran Lorenzo nos ha presentado en esta novela a través de la enfermedad mental.

Dicen que solamente un buen conocimiento del pasado nos permitirá evitar los errores del futuro; en esta novela, Fran Lorenzo ha conseguido dar voz a todos los que acalló el franquismo, engranando armónicamente todas las

historias bajo el velo de la locura que habita en el sanatorio de Miraflores, en el que la protagonista queda atrapada, intentando desvelar sus más oscuros secretos.

Solo alguien con la capacidad literaria de Fran Lorenzo, que goza del conocimiento histórico para dotar de rigor a esta novela, podría trasladarnos mediante algo tan complejo como la enfermedad mental, a una España de luchas internas y conflictos sociales.

No hay orgullo más grande para un médico que prologar una novela en la que la enfermedad es el nexo de unión de múltiples luchas que tienen como objetivo la libertad de un país.

¿Podrá Marta Urriaga vencer con su verdad a todo un Régimen?

Solo a través de su lucha interna contra el sistema, en la que conocerá al resto de internos de Miraflores, por medio de los cuales el autor nos presenta la disputa personal de cada uno de los personajes de la novela, la historia de Marta Urriaga nos hará trasladarnos a la España franquista, donde los derechos y libertades de todo un pueblo estaban encerrados en una *cárcel de cristal*, que gracias a voces como las de la protagonista, escaparon, dinamitando en mil pedazos el fino vidrio que separa la España de nuestros días, de la Historia más negra de todo un pueblo.

Capítulo 1

La vida en Madrid es difícil para una mujer como yo. A pocos hombres les gusta que una «hembra», como dirían ellos, vista con pantalones anchos, blusas transparentes en los brazos y, sobre todo, tenga el mal vicio de fumar un cigarrillo cada media hora. Aún es más duro cuando mi trabajo se desarrolla al margen de las autoridades, y duermo con el miedo de que un agente de verde golpee mi puerta, me arrastre del pelo hasta un rincón oscuro de un despacho y me pegue una paliza hasta confesar un delito que no he cometido. Me ha pasado, sé de lo que hablo.

Mi trabajo como periodista en un diario clandestino no es nada fácil. Pese a la nueva Ley de Prensa del ministro Fraga, que pasa por ser una pantomima de cara a la opinión pública exterior, es bastante arriesgado. La libertad de publicación no existe, ni existirá nunca en una dictadura.

Llevo meses investigando la explosión en la cafetería Rolando, donde murieron trece personas. Las fuerzas del orden están intentando involucrar al PCE en el atentado, pero tengo demasiados indicios para creer que fue ETA, y no el Partido Comunista como se empeñan en hacernos creer los medios de comunicación afines al Régimen. Por desgracia, mi información no servirá para salvar la vida a inocentes, los llamados defensores de la Patria seguirán acusando de falsos delitos y metiendo a gente en la cárcel, cuando no disparándoles un tiro a bocajarro para colgarse medallitas delante de sus superiores. Mi información sería desmentida, y si llegaran a saber de quién procede, probablemente acabaríamos todos en una prisión rodeados de delincuentes, no los que están encerrados, sino los que están al otro lado.

Mi investigación ha hecho que esté más unida a Juan, el director del periódico, pero me he distanciado de mis padres aún más tras las discusiones que hemos tenido por mi trabajo. Nunca vieron bien que me dedicara a un diario que no comulga con la ideología nacionalcatólica.

—¿Cómo estás hoy, Marta? —me pregunta Juan cuando entro en su casa,

donde tenemos todo lo necesario para nuestros lanzamientos semanales.

Es una suerte que Juan tenga tantos recursos como para permitir ayudar a la resistencia a informar de los acontecimientos más importantes y difundir los crímenes de la dictadura. La primera vez que me encontré con él, puse en duda lo que me contó, no es habitual que alguien de su posición esté de acuerdo con un partido comunista, mucho menos creíble si tenemos en cuenta que su padre fue un importante colaborador con el bando franquista durante la guerra.

—Bien, sigo con el atentado. Mis fuentes hablan de que hay dirigentes de ETA descontentos con ese acto. Solo necesito un documento que pruebe que alguien del sector más duro lo ordenó para desmentir que el PCE fuera el organizador.

—Qué desperdicio de bombas, deberían centrarse en quien sustenta la dictadura y no en personas inocentes —responde Josep, el otro colaborador del periódico.

—Con esos métodos se desacredita la resistencia a la dictadura. No me gustaría que la sangre volviera a correr por las calles de España —le replica Juan.

—Hijo, solo con la sangre derramada del dictador podríamos liberar a este país de su yugo. —Baja las escaleras del sótano una mujer de pelo canoso y con bastantes arrugas en su rostro, aunque eso no impide que se aprecie la belleza de la que fue una joven hermosa—. ¡Qué gran día fue el 20 de diciembre de 1973!

—Estaba en un balcón y pude ver cómo saltaba por los aires, Leticia. Me costó mucho contener la alegría.

Leticia es la madre de Juan, una mujer que lleva luchando contra la dictadura desde que perdió a su marido, tengo entendido que fue una alegría para ella que muriera en la Guerra Civil. Desde entonces, ha criado sola a su hijo y lo ha educado en los valores en los que siempre creyó, y que durante un tiempo permanecieron ocultos por culpa de un matrimonio concertado con un hombre al que jamás amó. Mantiene las apariencias de cara al público, pero con nosotros es la mujer que cree en la libertad y en los derechos de las mujeres. Me consta que ha luchado para que muchas de ellas, encerradas y maltratadas en las cárceles de manera injusta, sean liberadas. Siempre lo ha hecho desde las sombras, donde mejor puede combatir las injusticias en la España de Franco.

Josep, el último que ha hablado, ha colaborado con el sector más duro del

anarquismo, de hecho, tuvo contactos con Alberola en la intentona de atentado contra Franco de 1962. Aunque entiendo la posición de Juan, coincido con su madre. A veces es necesario verter la sangre de los verdugos para que ellos no derramen la de los inocentes.

Antes de que nos demos cuenta, ya casi es de noche, en la redacción las horas se pasan muy rápido. No es recomendable que una mujer camine por Madrid sola cuando la luna ya brilla en lo alto del cielo. Reconozco que muchas veces he desafiado esta norma no escrita, y repetida hasta la saciedad por los varones que inundan esta España muerta y dormida. Me encanta salir por la noche a pasear a mi perrito. Dino, por supuesto en honor al adorable dinosaurio de los Picapiedra, es un dálmata precioso y me procura la mejor de las compañías. Tengo muy buenos recuerdos de ver esos dibujos con mi hermano cuando éramos pequeños, por eso le puse ese nombre.

—Hoy quedaros a cenar con nosotros —nos dice Leticia cuando Josep y yo ya estamos a punto de salir.

—Es un poco tarde ya.

—No me hagas el feo, le pedí a Odulia que preparara tu plato favorito. — Se acerca a mí con una sonrisa enternecedora—. Además, seguro que a Juan le hace ilusión que te quedes.

No he podido decirle que no, y lo cierto es que cuando salí del sótano, donde pasamos la mayor parte del tiempo, el gazpacho olía de maravilla. Nos sentamos y la cena transcurre entre chascarrillos y más debates políticos que, aunque no lleven a ningún lado, es lo habitual cuando alguno de los asistentes es periodista. El servicio doméstico se sienta con nosotros, no es habitual que se produzca esto, pero Leticia siempre los ha tratado como si fueran de su familia, igual que a Josep y a mí. Sé por ellos mismos que desde que trabajan aquí jamás les ha faltado nada, ni a ellos ni a sus familias.

—Estaba todo delicioso, Odulia. —Es una señora ya mayor, con un arte en la cocina que ya me gustaría tener a mí.

—Muchas gracias, señorita. —Me sonrío.

Trascurrida la cena, y las despedidas como la cortesía ordena, me marcho a mi casa. Tengo que darle de comer a Dino antes de que sea más tarde, de lo contrario, cuando llegue, no tendré sofá en el que sentarme porque lo habrá destrozado para buscar algo de comida.

La noche es muy agradable, hace algo de frío, pero no tanto como el habitual de un enero en Madrid. Me encanta pasear en este tiempo, cuando mi

sombrero negro de campana es el mejor complemento para ir elegante y a la vez resguardarse del viento. Además, apenas hay gente en las calles, solo algún beodo con el que procuro no cruzarme para evitar problemas, por lo que el paseo es muy agradable.

Una media hora más tarde, ya estoy en mi casa y siendo lamida por Dino, su mala costumbre nunca cambiará. El timbre interrumpe nuestro habitual juego, que se debate entre echarle un poco o una verdadera montaña de comida, se la comería toda, incluso cuando sabe que le sienta mal.

—Marta —me dice la vecina con cara de pocos amigos, algo extraño en una mujer tan alegre como es Charo—, me han entregado esta carta para ti.

—¿Quién te la ha dado?

—Es una carta de tus padres, dicen que ha muerto tu hermano —me responde con un rostro compungido por la tristeza.

—¿Cómo?

—Léela, corazón. —Me agarra del brazo y me entrega la carta.

Mi vecina, doña Charo, me conoce bien y sabe la relación que tengo con mi hermano, aunque lleve algunos meses sin haber podido ir a verlo por mi mala relación con nuestros padres, y especialmente por mi trabajo y por lo diferentes problemas que he tenido con las autoridades, de los cuales prefiero que mi familia esté al margen.

—*Hija mía, tu hermano ha fallecido hace unos días. Es probable que te llegue esta carta cuando su cuerpo ya esté enterrado, pero tu padre y yo nos despediremos de él por ti...*

No puedo leer más, me desplomo al suelo. Lo último que veo es cómo Charo intenta sujetarme, aunque no logra hacerlo. Es una mujer ya mayor.

—¿Te encuentras bien, mi niña? —me pregunta en el instante que abro los ojos—. Llamé a mi marido para que te trajera hasta aquí, ha ido a buscar gasas para curarte la herida.

Cuando vuelvo a cobrar la consciencia, me doy cuenta de que estoy tumbada en el sofá de mi salón y mi perro está a mi lado mirándome. Noto un fuerte dolor en la cabeza, y al pasar la mano, veo sangre en ella, no demasiada.

—¿Podrías traerme un vaso de agua, Charo? Estoy algo mareada.

—Claro, cielo, ahora mismo.

Después de varios minutos de haber leído la carta, sigo mirándola sin poder creer lo que en ella se dice. Entre tanto, Charo y su marido me han

tratado la herida y procurado que no me faltara de nada.

—¿Charo, me dejarías hacer una llamada desde tu teléfono?

—Por supuesto, no tienes ni que preguntarlo.

Nunca he pensado en instalar un teléfono porque varias telefonistas dicen, y no lo pongo en duda, que se espían las llamadas de gente que tiene antecedentes. No podía arriesgarme, pero ahora lo necesitaba para aclarar todo lo que estaba pasando.

Casi media hora de llamada para que mis padres me expliquen que internaron a mi hermano en un hospital psiquiátrico hace un mes por haberlo visto besándose con un chico. No puedo creer que hicieran eso con su propio hijo. La Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social contempla penas peores si los homosexuales no se someten a lo que las fuerzas del Régimen llaman: «la reorientación sexual hacia lo natural», pero se equivocaron, internar a Carlos en un sitio como el manicomio de Miraflores era condenarlo a muerte.

Según me han contado, de acuerdo con la versión oficial, la causa del fallecimiento ha sido por la ingesta diferentes pastillas, es decir, se ha suicidado. Mi hermano era fuerte, siempre lo ha sido, por lo que no me trago nada de esa explicación.

Mis padres no habrán hecho nada más que llorar una muerte que ellos mismos han provocado, sin embargo, yo no pararé hasta destapar qué ha ocurrido de verdad en ese lugar. Mañana mismo dejaré Madrid para irme a Sevilla y poder averiguar qué pasó el día 20 de enero de 1975.

Capítulo 2

Me resulta algo doloroso volver a Sevilla y a casa de mis padres después de tanto tiempo y de esas interminables discusiones. Ellos son afines al Régimen, el mismo que ha supuesto la condena a muerte de Carlos, mi único hermano, y siete años más pequeño que yo. He dejado a Dino en casa de Juan, quiso venir conmigo, pero él debía encargarse del periódico, y de paso de mi perro.

Cuando llamé a mi madre, me afirmó que no le dejaron ver el cadáver de mi hermano. Me dijo que no hicieron nada al respecto, sin embargo, si me lo contó, ha sido por algo, sabe que es extraño, y que yo no pararé hasta saber qué ha ocurrido de verdad.

Lo primero que he hecho es venirme directamente al lugar de los hechos. Después de pasear unos largos minutos alrededor de ese edificio, rodeado de ramas y un paisaje nada agradable, he decidido atravesar los oscuros muros y dejar atrás los malos augurios. Aunque el sol ilumine la estampa que tengo delante de mí, y los rayos incidan en el hospital psiquiátrico, la verdad es que este sitio me pone los pelos de punta.

Cuando llego a la puerta, empiezo a oír gritos de dolor. Es aterrador. No sé qué están haciendo con la persona que profiere esos alaridos, pero no querría ser ella.

Llamo a la puerta y se detienen los chillidos. Me abre una mujer vestida con el hábito característico de una monja y con un rostro marcado por la ira, como si la hubiera molestado de alguna misión divina que tuviera encomendada.

—¿Qué desea?

—Mi nombre es Marta Urriaga, he sabido del fallecimiento de mi hermano y me gustaría saber por qué ni mis padres ni yo hemos podido ver el cuerpo antes de que, sin permiso previo, procedieran a su entierro.

—Pase a mi despacho y hablaremos con más tranquilidad.

Una oleada de sentimientos me embarga cuando atravieso la puerta. Vuelvo a escuchar un grito, esta vez de un hombre. Veo pasear a gente con batas blancas de un lado a otro, como si no supieran ni dónde están. Un paciente, con cara de aturdido, se acerca a mí. Intento sonreírle, no puedo. Me es imposible mirarlo a los ojos y articular movimiento cuando su rostro se acerca tanto al mío que puedo escuchar su entrecortada respiración.

—¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas? —Me llega el desagradable olor de su aliento—. Dinos cómo te llamas —eleva el tono.

—Marta, me llamo Marta.

—¿Te vas a quedar, Marta? —me pregunta sin dejar de mostrar una sonrisa artificial, con unos dientes amarillentos, y unos ojos con unas pupilas dilatadas y unas ojeras tan marcadas que parece que no ha dormido en días.

Intento alejarme, sin embargo, él se acerca más. En ese momento, la monja, quien ni siquiera se ha molestado en presentarse, se interpone delante de él y de mí. El hombre se va aterrorizado. El rostro serio de la directora del hospital psiquiátrico intimida, pero debe de haber algo mucho más siniestro para que un hombre adulto escape de esa manera solo por una mirada.

—Adelante. —Me indica el camino hacia las escaleras que conducen a la segunda planta.

Ella va detrás de mí. Mi corazón palpita muy fuerte. Solo he sentido tanto miedo una vez, el día en el que Alberto, mi marido, me propinó un golpe en el estómago hasta quedarme sin respiración. Estaba embarazada, él no lo sabía, ni siquiera se lo había dicho a mis padres.

Un día después de la paliza, estando en mi trabajo como administrativa, un empleo que en absoluto era para mí, me mareé, y un hilo de sangre empezó a correr por debajo de mi útero, recorrió mis piernas y formó un charco alrededor de mí. No recuerdo mucho más de ese día, salvo que dos amigas me atendieron en la oficina y no dieron parte a las autoridades después de rogárselo de todas las formas posibles. Era la primera vez que me pegaba, pero no iba a permitir que volviera a suceder, y la justicia no iba a creer a una mujer antes que a un varón. La ley no estaba del lado de las mujeres.

Semanas después, y tras el esfuerzo de conseguir el dinero necesario para empezar una nueva vida, me fui a Madrid con gente que tenía contactos con la oposición a la dictadura. No quería saber nada de Alberto y conseguí que así fuera. Mi padre no entendió mi decisión. Es duro ver cómo alguien a quien

quieres prefiero ponerse del otro lado en un momento así, sin embargo, soy consciente de que tomé la mejor decisión para mi futuro. Espero que mi padre también se haya dado cuenta.

Meses después, tengo detrás de mí a una monja, a simple vista inerte, mas siento el mismo pánico y terror de quedarme a solas con ella. Puede que sea solo una sensación de una mujer con miedos internos, los cuales han sido reprimidos durante mucho tiempo para poder sobrevivir en un mundo de hombres.

—No se quede ahí parada —interrumpe mis pensamientos con su voz, algo más grave de lo que cabría esperarse para una mujer—. Pase.

Cuando abro la puerta, encuentro un despacho como otro cualquiera, aunque con muchos detalles religiosos. Hay crucifijos allá donde miro. Cuento al menos cinco, demasiados teniendo en cuenta que el espacio no es muy grande. También hay rosarios tirados en la mesa, y en la pared del fondo, donde se sitúa el escritorio, un cuadro enorme de la Crucifixión de Jesucristo. Con una mirada rápida, me doy cuenta de que es una copia barata del cuadro de Velázquez.

La monja se sienta y me invita a hacer lo propio. Ambas nos quedamos mirando sin decirnos nada, no sé cómo empezar a tratar el tema. Tengo la extraña sensación de que no voy a poder hablar sin que me tiemble la voz.

—Extraña indumentaria para una mujer. —Inclina un poco la cabeza y detiene sus ojos en mis pantalones anchos y de color amarillo pálido.

—¿Por qué lo dice?

—Porque es inapropiado que una mujer vista con una prenda de hombre, ¿no cree?

—Quizá es que me guste sentirme libre, aunque sea en algo tan básico como en la ropa que visto.

—Está casada, ¿verdad? ¿Dónde está su marido?

—No entiendo a qué vienen esas preguntas.

—Me da la sensación de que está algo tensa y pretendía relajar la situación con una charla trivial, si no le parece mal.

—Prefiero ir al grano. —Miro al cuadro y siento cómo se posan los ojos de Jesucristo en mí. Intento mantenerme tranquila, pero la mirada inquisitorial de esta mujer me está poniendo demasiado nerviosa.

—¿Y bien? —Me saca de mi ensimismamiento.

—¿Por qué no se me permitió ver el cuerpo de mi hermano?

—El procedimiento no lo marcamos nosotros, señora Urriaga, sino las autoridades judiciales. Además, me consta que sus padres estuvieron en el entierro para darle el último adiós. No es de mi incumbencia preguntar por qué usted no acudió al funeral de su propio hermano, ¿no cree?

—Así es, sin embargo, en ningún momento se permitió abrir el féretro. Cuando hablé por teléfono con mi madre, me lo comentó porque a ella también se le hizo extraño. Solo quería saber si usted es conocedora del porqué.

—Me temo que mis competencias y mi autoridad terminan allí donde acaban estos muros, señora Urriaga.

—¿Podría hablar con el compañero de habitación de mi hermano?

Veo cómo la monja, que dice sin decirme su nombre, se incomoda, pone sus manos en la mesa y dice, con una sonrisa fingida:

—La hora de visitas es de diez a once, los sábados. Venga entonces y podrá hablar con Marcos, el compañero de habitación de su hermano. He de advertirle que sufre esquizofrenia y debe estar vigilado cuando recibe alguna visita.

—Volveré mañana, entonces. Antes de irme, me gustaría saber su nombre.

—No es necesario que lo conozca. Tengo trabajo que hacer, discúlpeme.

La directora del centro cierra la puerta de un portazo. No esperaba que fuera a dejar que caminara sola por este lugar, aunque supongo que ella es consciente de que nadie en su sano juicio querría quedarse más de lo necesario aquí.

Ya está anocheciendo cuando salgo del edificio. Siento una liberación enorme. El viento es fuerte y hace que las hojas de los árboles que rodean el hospital se muevan y emitan un sonido nada tranquilizador. Camino de forma apresurada para recorrer el pequeño paso entre la entrada y las verjas que encierran este lugar. Quiero irme lo más rápido posible. Antes de abrir la puerta de metal, echo una mirada atrás y compruebo con tristeza que todas las ventanas están protegidas por barrotes. Si hubiera un incendio, lo más probable es que los pobres condenados ardieran sin tener una mínima posibilidad de salvarse. En la ventana del despacho de la directora, hay una sombra. Es ella, está observándome. Lo presiento.

Mi Seat 124 está esperándome. Monto en él y me intento tranquilizar antes de ponerme en marcha. No sé por qué, pero siento que esa mujer oculta algo horrible. Su obsesión por los crucifijos quizá no signifique otra cosa que un intento de arrepentimiento por sus actos. Tengo que hablar con mis padres, he

de hacerlo y saber si notaron algo raro en sus visitas. No sé cómo seré recibida después de este tiempo sin verlos.

Cuando llego al centro de Sevilla, recorro a pie los viejos barrios en los que paseaba de niña. Recuerdo los momentos tan alegres que pasé jugando con mi hermano. La tristeza golpea mi corazón cuando vuelvo a ser consciente de que ya no lo veré nunca más.

Veo la placa de calle Aire, y los recuerdos vuelven a agolparse en mi mente. Siento una punzada en mi corazón, como si el dolor quisiera atravesarlo. No se lo permito. Ha pasado mucho tiempo desde que mis padres defendieran a Alberto cuando me agredió. Alberto, ese hombre adinerado y consentido con el que me casé por culpa de mi padre. Al haberlo hecho, me da cuenta de lo desdichada que puede ser una mujer cuando obedece a quien no busca su bien, sino su provecho. Sin embargo, ansío volver a ver a mi madre, esa mujer que ponía siempre la mesa con una sonrisa y nos reñía a mi hermano y a mí con una mueca graciosa. La extraño demasiado.

Cuando llego a la puerta de madera que separa la fría noche del hogar, no tan cálido como hubiera querido en mis momentos más tristes, siento otra punzada. Mis manos empiezan a moverse en un temblor imposible de controlar, hasta que decido dar dos leves toques a la entrada. Espero. Escucho cómo unos zapatos van acercándose, y entonces la veo. Es ella, mi madre. En el momento en el que me ve, no dice nada, solo se adelanta y me atrapa entre sus delgados brazos, y llora. Veo caer sus lágrimas cuando se distancia de mí y me coge las manos. Siento su cariño, su dolor por haber estado tanto tiempo sin verme y no puedo hacer otra cosa que volver a abrazarla y acurrucarme en sus hombros, igual que lo hacía de pequeña cuando mis miedos ocupaban mis pensamientos.

—Hola, madre. —Alcanzo a decir.

—Hija, no sabía que vendrías. Después de lo de tu hermano... —Se limpia las lágrimas con sus manos.

—Justo por eso he venido. Cuando me llamaste para contarme lo sucedido, me dijiste que no os dejaron ver el cuerpo de Carlos, ¿por qué?

—¿Quién es, María? —Se oye la voz grave de un hombre.

—Tranquilo, Alfredo, es la niña.

—Ya no soy tan niña, madre —le contesto, con una mueca graciosa.

—Para mí siempre lo serás. Pasa, te vas a quedar helada.

Mi padre se queda un rato mirándome. No reacciona. Por un momento,

pienso que va a estallar en cólera y recordarme que esta ya no es mi casa, pero no lo hace. La muerte de mi hermano ha debido de dolerles más de lo que creía.

—Íbamos a cenar ya. Tu madre ha preparado unas alubias. ¿Te quedarías con nosotros? —pregunta con delicadeza.

No reconozco en esa forma de hablar a un padre que era capaz de gritarnos a mi hermano y a mí por el mero hecho de llegar cinco minutos tarde a la cena. Un dolor ha debido de hacerle mella en su carácter.

—Por supuesto, padre. Tengo que quedarme unos días en Sevilla, pero después de la cena me iré a un hostel.

—Tonterías, esta es tu casa y hay espacio de sobra. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

—No querría molestar.

—¿Desde cuándo una hija molesta? —me reprende mi padre, no con el tono que hubiera esperado, sino con uno más calmado y sosegado del que tenía por costumbre usar cuando algo le molestaba.

Cuando me siento a la mesa, olvido las preguntas que quería hacerles acerca de mi hermano, no quiero estropear la cena con esa clase de interrogatorios. Esperaré a mañana. Tampoco yo quiero privarme de compartir un momento agradable con mis padres. Hace mucho tiempo que no siento el cariño de mi familia y no está mal recordarlo, aunque solo sea durante un instante que desaparecería si descubren las verdaderas intenciones por las que estoy aquí.

—Te han quedado muy ricas, madre.

—Me alegro de que te gusten. —Pone esa sonrisa dulce que tanto añoraba—. A tu padre y a mí nos ha sorprendido que hayas vuelto.

Cuando acaba la cena, no puedo contenerme y les suelto de golpe toda la información. Les digo que quiero saber qué paso de verdad en el hospital psiquiátrico de Miraflores, y que no pararé hasta saber la verdad. Mi padre me mira con cara enfurecida. No le ha gustado que haya sacado el tema de Carlos, estoy segura de que la conciencia lo atormenta por haberlo ingresado allí.

—¿No notasteis algo raro en las visitas? —pregunto por fin.

—Hija, es muy duro para nosotros hablar de algo así. Él estaba enfermo y no lo han podido curar. Ha sido una desgracia.

—¿Enfermo? ¡Madre, ser homosexual no es ninguna enfermedad! ¿Acaso

no has visto todos los extranjeros que vienen y son así? ¿Ves que ellos digan que son enfermos? —Alzo la voz.

—No digas tonterías, Marta. La Iglesia y Dios condenan la homosexualidad, es pecado.

—Oh, por favor, padre. También es pecado robar para dar de comer a los hijos, y tú lo hiciste. Fue una mala idea venir aquí. —Me levanto de la mesa y camino dispuesta a salir de casa.

Mi madre corre hacia mí y me agarra del brazo.

—No te vayas, hija. Cada uno tiene sus creencias...

—Vuestras creencias han matado a vuestro hijo. ¿No os dais cuenta? ¿Creéis de verdad que algo de esto es normal? —interrumpo a mi madre. Estoy muy nerviosa y me tiemblan las manos—. He estado allí, y la directora del centro tiene toda la pinta de estar más loca que cualquiera de los internos. Me niego a pensar que vosotros no hayáis sospechado.

—Ya no se puede hacer nada...

—Sí, padre, puedo saber qué ocurrió de verdad ahí e intentar hacer justicia.

—¿Ahora te importa tanto tu hermano? —me pregunta mi padre, aún sentado en su silla—. Has estado meses fuera y ni siquiera has venido a vernos...

No es el tono que hubiera empleado conmigo hace unos años, está más dolido de lo que quiere reconocer. Nunca se le ha dado bien mostrar sus sentimientos. Más allá de dejar claro aquello que le molesta, pocas veces he visto que le haya dado una caricia a mi madre o dicho un te quiero. Aunque ambas sabemos que lo siente, no estaría mal que se lo recordara a la persona con la que se despierta todos los días.

—Sabes de sobra que me fui porque Alberto no dejaba de acosarme y porque quería alejarme un poco de vosotros después de lo que hicisteis. No puedes culparme por intentar tener una vida feliz. ¿Te crees que para mí ha sido fácil regresar a esta maldita ciudad? Ni siquiera me enviasteis una carta para decirme que habíais ingresado a mi hermano en ese puto hospital, dirigido por una perturbada.

—Por favor, hija. Quizá nos equivocáramos, pero actuamos de la forma que creímos correcta...

Mi madre se sienta y comienza a llorar. Es una mujer mayor y tengo miedo de que le pase algo. Me acerco a ella y la intento tranquilizar, pasándole mi

brazo derecho y acercando su rostro a mi cuerpo. No soporto verla llorar.

—Sé que creíais que hacíais lo correcto, pero tengo que averiguar qué ocurrió de verdad.

—Mañana lo hablaremos, hija —me responde mi padre.

—Voy a por mi maleta y subo a la habitación.

Mi madre, ya más recompuesta, se acerca a mí, me da un fuerte abrazo y me acaricia la mejilla. Echaba de menos su contacto. Siempre ha sido una mujer muy especial, cariñosa, atenta y fuerte, muy fuerte. Mientras mi padre trabajaba en la construcción en Barcelona, ella nos sacó adelante, trabajando como limpiadora y cuidándonos para que no nos faltara de nada. Se me hace muy difícil enfadarme con ella.

Cuando me acuesto, pienso en mañana. A las diez estaré en ese hospital otra vez. Espero sacar alguna respuesta en claro del compañero de habitación de mi hermano.

La mañana siguiente parece todo más calmado en casa. Mi madre ha preparado un desayuno humilde pero delicioso. Sus tostadas son las más ricas que he probado nunca, en ningún bar de Madrid las sirven así. Tienen algo especial, aunque puede ser por el cariño con el que las prepara.

—Lo noté más triste de lo normal la última vez que lo vimos. —Me sorprende mi padre cuando rompe el silencio.

—¿No os comentó nada?

—No, solo nos miraba y apenas hablaba —dice mi padre con ánimo decaído—. Repetía una y otra vez un nombre.

—¿Qué nombre?

—Mario Hernández—confiesa mi madre.

—Supongo que es el chico con el que lo visteis besando. ¿Él también está allí?

—Se supone que sí, su familia lo llevó allí un poco después de que nosotros lo hiciéramos, pero no dejaban que se vieran.

—¿Hablasteis alguna vez con él?

—Por supuesto que no —asevera mi padre con gesto serio mientras bebe su café, solo y con más azúcar de la que debería tomar alguien de su edad.

—¿En ninguna visita os comentó que pasara algo allí?

—Nunca habló demasiado, la enfermera decía que se debía a la medicación —me aclara mi padre.

—Está bien. Voy a ir al hospital.

—Hija —me interpela mi madre—, ten cuidado.

—Lo tendré, madre.

Vuelvo a coger el coche y en poco más de media hora estoy en el hospital psiquiátrico. Antes de entrar, cojo un cigarrillo y lo fumo con tal rapidez que apenas me dura cinco minutos. Para ser Sevilla, hace bastante frío, aunque mi abrigo verde y mi sombrero a juego consiguen resguardarme de él. Tiro el pitillo y lo apago con el zapato. Respiro hondo, llamo, y cuando me abren, camino despacio hacia la puerta.

Son las diez menos cuarto, pero no puedo esperar más para hablar con Marcos, y entro. Esta vez me abre una enfermera, de quien tampoco puedo decir que sea agradable, pues su mirada airada es la primera impresión que recibo de ella, como si no estuviera acostumbrada a recibir visitas. De hecho, lo más probable es que a esta pobre gente no los vengán a ver ni siquiera sus familiares.

—Me dijo la directora del centro que podría ver a Marcos.

—Así es. —Escucho la voz de la mujer que está bajando por las escaleras. Es ella—. También le dije que el horario de visitas empieza a las diez en punto, y aún quedan —mira el reloj de cuco empotrado sobre la pared— catorce minutos.

—Puedo esperar, si así lo desea.

La directora del centro baja las escaleras con calma y me inspecciona. Noto cómo su mirada inquisitorial me recorre de abajo arriba otra vez. De ella no puedo intuir nada, pues viste los hábitos propios de su condición. En el cuello porta un rosario. Cuando la tengo de frente, me fijo en él y veo que tiene una pequeña mota roja. Parece sangre.

—Los pacientes ahora mismo están disfrutando de su tiempo libre en el patio. Marcos estará listo a las diez en punto, aunque de nuevo he de reiterarle su peligrosidad.

—Esperaré en la sala de visitas.

—Sígame.

La monja se ha quitado el rosario y ahora lo lleva en la mano. «¿Se habrá dado cuenta de que me he fijado en él?», me encantaría hacerle muchas preguntas, pero tengo una sensación extraña con ella. He investigado a gente de ETA, he hablado con el sector más radical de la organización terrorista y no me pasaba esto. No sé si es el lugar o que esta mujer es tan misteriosa que es imposible saber cuál va a ser su próximo movimiento. Desde que he

entrado, no paro de pensar que debería salir de aquí antes de que me ocurra algo malo.

—Espere ahí sentada —interrumpe mis pensamientos—. A las diez en punto estará Marcos. Por motivos de seguridad, un guardia estará a nuestro lado en todo momento.

—¿No hay nadie más para la hora de visitas? —Miro alrededor de la sala y compruebo que solo estamos ella y yo.

—No —me responde a la vez que se marcha.

Es una sala de visitas peculiar: hay muy pocas mesas, las paredes están sucias y el suelo no mucho mejor. Está claro que la limpieza no es el punto fuerte. Delante de mí, en la pared del fondo, hay un enorme reloj, cuyo minuterero emite un sonido que consigue ponerme más nerviosa de lo que estoy. Solo falta un minuto para las diez.

Cuando el reloj marca la hora en punto, escucho los pasos de varias personas. Giro el torso y lo veo. Debe de ser él, el compañero de mi hermano. Me fijo en que tiene un ojo morado y le sangra un poco el labio. Su torso está envuelto en una camisa de fuerza.

—Buenos días, ¿Marcos? —pregunto cuando se sienta.

—Ese es mi nombre —me dice con una voz suave. Sus ojos están como idos, parece estar drogado.

—¿Eras el compañero de mi hermano, Carlos?

—¿Por qué lo dices? ¿Crees que tuve algo que ver con su muerte?

Empiezo a notar su intranquilidad. Noto cómo sus ojos se hincan en mí, hasta el punto de que me hace sentir incómoda y tengo que bajar la mirada.

—En absoluto, Marcos. Intento averiguar qué ocurrió esa noche.

—¡Yo no hice nada! Cuando él llegó aquí, me miraba mal, me insultaba y me trataba mal. Yo solo quería mi habitación para mí. —Empieza a mover con violencia las manos. Me está poniendo muy nerviosa, pero no quiero perder los estribos.

—Está loco, ¿no lo ve? No le va a responder nada coherente, sufre de esquizofrenia paranoide —me confirma el segurata.

—No lo insulte. —Lo fulmino con la mirada—. Quizá si pudiéramos hablar un momento a solas...

—No puedo permitirlo. No sería seguro para usted, créame.

—¿Recuerdas algo de la noche del sábado de hace una semana? —Vuelvo a preguntar a Marcos, ignorando al que parece mi guardaespaldas, porque no

se despegar ni un centímetro de mi lado.

—Ayúdanos, por favor.

Miro al guardia y lo noto incómodo. Parece que la única respuesta cuerda que ha dado no le ha gustado nada ni al seguridad ni a la directora, que lo mira con un desprecio impropio para alguien que debería cuidar a esta gente.

La monja se ausenta de la sala, pero vuelve al cabo de un rato con un papel en la mano y se acerca a mí.

—Aún no son las once. Me gustaría seguir hablando con el paciente. — Ella desoyó mis palabras, cogió otra silla y se sentó a mi lado después de haber dejado el papel encima de la mesa.

Intento echarle una mirada furtiva al documento. No logro ver nada.

—¿Por qué no vuelve con su marido y deja tranquilo a Marcos? —Le intenta acariciar la mejilla, pero él se aparta. Le tiene miedo.

—¿Cómo dice?

—Le estoy dando la oportunidad de que vuelva con su marido. Está esperándola en la puerta.

—¿¡Cómo!?! —Me levanto enfurecida y miro a la directora del centro, que no me aparta la mirada ni un segundo—. ¿Cómo se ha atrevido? ¿De qué lo conoce?

—Señora Urriaga, no pierda los nervios, siempre hacemos una ficha de nuestros internos con todos sus familiares, figuraba un cuñado entre ellos. Me puse en contacto con él en cuanto llamó al centro. Una mujer no debería venir sola a este sitio, ¿no cree?

—Esto es increíble. Si cree que esto hará que no investigue la muerte de mi hermano, se equivoca.

—En absoluto, querida, pero ¿no cree que una mujer debe estar al lado de su marido?

—Si ese marido le ha hecho daño, por supuesto que no.

—¿Sabe que pone en este papel? Es la autorización, firmada por su marido, para que la internemos en este lugar.

—No pienso irme con ese desgraciado, y usted no tiene ningún derecho a internarme aquí en contra de mi voluntad.

—Sí, lo tengo, y para su desgracia, mi paciencia se ha agotado.

La directora del hospital psiquiátrico, ante mi mirada estupefacta y mi corazón palpitante, cogió el bolígrafo, perfectamente alineado con el documento, y rubrica el mismo con su firma. Sin darle tiempo a que reaccione,

cojo mi bolso lo más rápido que puedo, aunque tiro mi sombrero y mi abrigo al suelo, y corro hacia la puerta. No me importa, solo quiero salir de aquí. Intento abrirla, pero es imposible. Tiro del pomo todo lo fuerte que puedo. Nada. Doy golpes y grito hasta desgañitar mi voz. Nadie acude en mi auxilio.

—¡¡¡SOCORRO!!! ABRID LA PUTA PUERTA. —Doy golpes fuertes, pero lo único que consigo es hacerme daño en las manos.

La monja se va acercando a mí. Su paso lento y confiado me inspira un terror en lo más profundo de mi ser. No sé qué puedo esperarme de ella. No lo pienso —soy muy impulsiva— y me abalanzo sobre ella y la sujeto contra la pared.

—¡Abra la maldita puerta!

—Me temo que ni yo, ni nadie de esta sala, tenemos la llave. Por motivos de seguridad, claro.

A través del cristal que separa el pasillo central de la sala de visitas, veo aterrorizada cómo otra mujer, que reconozco como la enfermera que me abrió esta mañana, sujeta unas llaves, con una sonrisa burlona.

La miro sin saber qué hacer ni qué decir. He soltado a la directora. No tengo fuerzas para seguir sujetándola. Sé que no tengo escapatoria de esa sala y me dejo caer sobre la pared. La monja vuelve a dirigirme la mirada con un aire de superioridad y vuelve a hablar:

—María Eugenia Valverde de Castro, ese es mi nombre.

—¿Por qué me lo dice ahora?

—Porque las almas que entran en este lugar jamás vuelven a salir de él.

Capítulo 3

Me despierto aturdida. Me asusto. Apenas puedo levantarme de la cama y abrir los ojos. Cuando logro hacerlo, miro alrededor y solo veo otra cama en frente de la mía, y una pared sucia, la que antes sería blanca. Justo a la izquierda, hay una pequeña ventana, minúscula y por donde apenas alcanza a entrar un poco de luz. Me siento débil y desorientada.

Poco a poco, me van viniendo unos recuerdos que no logro conectar entre sí: mi marido sonriéndome cuando me ve alejarme sujeta por dos enfermeras, luego, una monja mirándome fijamente mientras sus dos ayudantes me sumergen en agua y me dejan casi sin respiración. Recuerdo salir agotada, casi sin poder moverme, pero siguieron agarrándome y me colocaron de rodillas delante de la que, aun teniendo confusa la memoria, reconozco como la directora del centro.

—Bienvenida, señora Urriaga, al manicomio de Miraflores.

Después de ese momento y esas palabras de María Eugenia, mi mente no logra evocar nada más, solo oscuridad.

Siento un leve pinchazo en el brazo. Estoy segura de que me han drogado, de hecho, tengo la vista algo borrosa. Cuando intento caminar, tropiezo con un cubo que apesta. Se ha caído lo que presupongo que es la micción de alguien. Aunque me entran nauseas, consigo contener el vómito.

Estoy algo mareada y no puedo caminar sin tambalarme hacia los lados, así que, como bien puedo, intento dirigirme a la ventana para ver el exterior, sin embargo, el cristal es traslúcido y apenas distingo nada, salvo unos barrotes de metal.

«Como si alguien pudiera escapar a través de un espacio tan nimio», pienso para mí. Hace unas horas, o días, porque no tengo sensación del tiempo ahora mismo, yo estaba mirando desde el otro lado estas mismas ventanas y pensando: «¿Qué sienten las personas que están allí encerradas?». Ahora lo

sé: soledad.

Llevo solo unas horas despierta y los sentimientos de abandono, tristeza y dolor me están atravesando el corazón. He golpeado la puerta con mis manos hasta que he tenido que parar porque me dolía demasiado; lo mismo me ha pasado con mi voz, he gritado hasta que mi garganta me ha suplicado que parase. Pienso en todo el tiempo que estuvo mi hermano y esos sentimientos se incrementan y se hacen insoportables. Tenía que haber estado a su lado, podía haberlo ayudado, y ahora no estaría muerto.

Escucho unos pasos, se van acercando tan rápido que antes de darme cuenta alguien está abriendo la puerta. No lo pienso y me sitúo al lado para poder escapar, no quiero estar ni un minuto más encerrada en este lugar. Cuando veo quien acompaña a la monja, mi cuerpo se queda petrificado. Una sensación de ahogo me embarga y apenas puedo respirar. Mi corazón se acelera, hasta que puedo decir, aunque con voz trémula, unas palabras:

—Maldito hijo de puta. —Intento golpearlo, pero él sujeta mis brazos y me empuja hacia la pared del fondo.

—Tranquilízate, Marta, estás aquí por tu bien.

—¿Cómo? —Mi cara ahora mismo debe de ser la de una psicópata porque, de tener un arma con que poder hacerlo, lo mataría a él y a la puta directora.

—Señora Urriaga —la monja me mira con desprecio—, tengo que informarle de que usted se encuentra en estas dependencias para evitar que dañe a alguien más.

—¿Perdón? —Ahora sí que me la cargaría—. La única que hace daño es usted en este lugar alejado de la mano de su ingrato Dios.

—No blasfeme en mi presencia. —Me da una bofetada—. Dios no acaba aquí, solo empieza su justicia.

—¿Y yo qué he hecho para merecer tal castigo?

—Señora Urriaga, lo sabe perfectamente. Ayer asesinó a sus padres, no finja que no lo recuerda.

—¿Perdón? —Levanto la voz y me acerco de forma violenta a la monja, se interpone Alberto—. Mis padres están bien, en su casa.

—Me temo, señora Urriaga, que no es así. Tenga. —Me da un ejemplar del ABC de Sevilla—. Página cuarenta y cuatro.

Paso las hojas con rapidez, sin saber muy bien qué voy a encontrar. Esta mañana he estado con ellos, así que está claro que la directora miente. Paso

las páginas más rápido, hasta que al fin llego a la que me ha indicado. Hay varios sucesos, pero uno es el que llama mi atención:

Un matrimonio es brutalmente asesinado en pleno centro de Sevilla.

Continúo leyendo:

Los hechos han tenido lugar en la madrugada del viernes según nos relatan las autoridades. Todo parece indicar que la hija del matrimonio, que ya ha sido trasladada al hospital psiquiátrico que preside la excelentísima señora de Castro, es la responsable de ambos asesinatos. Allí se tratará de averiguar si la principal sospechosa padece algún trastorno mental.

—Esto no se refiere a mis padres. —Le devuelvo el periódico a la monja —. Debe de haber un error.

—No hay ningún error, señora Urriaga.

—¡Como le hayáis hecho algo a mis padres, juro que os mataré!

—Desde luego, se encuentra peor de lo que pensaba, señora Urriaga.

Aprovecho un momento de distracción y corro hacia la puerta. Me da igual que se interponga la monja, la tiro a un lado y huyo. No miro atrás. Al notar el suelo frío, me doy cuenta de que estoy descalza. No sé muy bien hacia dónde estoy yendo, pero necesito salir de aquí. Apenas llevo un día y van a hacer que me vuelva loca de verdad. Necesito saber si le han hecho algo a mis padres.

—¡Seguridad! —Escucho gritar a la directora.

Su voz no refleja atisbo de preocupación, solo severidad, es como si supiera que no voy a poder salir de aquí. Atravieso un inmenso pasillo, cuyas paredes tienen varias motas de sangre. No sé dónde estoy. Busco algún cartel que me señale la salida, pero no lo encuentro. Aun así, no paro de correr, es lo único que puedo hacer para escapar.

En los lados, hay puertas de metal gris con dos aperturas, una a la altura de los ojos y otra más abajo. «¿Le tirarán la comida como si fueran bestias salvajes? ¿En qué clase de lugar metieron a mi hermano?», pienso mientras sigo corriendo, ahora un poco más despacio intentando situarme para encontrar una salida que parece haber desaparecido de la misma forma que la justicia en España.

Si estuviera yendo hacia la salida, es muy probable que ya me hubiera encontrado con miembros de seguridad o con enfermeras que me detuvieran el paso, sin embargo, no puedo detenerme, debo intentar salir de aquí, sea como sea.

Al fin, veo una puerta. Cuando la atravieso, compruebo que hay al menos

veinte personas, la mayoría sentadas mirando al frente casi sin parpadear, como si su mente hubiera sido atrapada en un lugar que desconozco. A simple vista, son hombres y mujeres como yo, mas al detener mi mirada un momento, veo los detalles que me indican que son personas que les han robado la oportunidad de vivir.

En el momento en el que las puertas se cierran, muchos de ellos me miran, pero otros ni siquiera parecen haber reparado en mí. Miro alrededor, y compruebo, extrañada, que hay muchas ventanas, demasiadas para ser un hospital psiquiátrico. Hay pacientes que miran hacia arriba, y entonces reparo en ello. Se ve el cielo. Los rayos del sol entran por la inmensa cristalera que ocupa el techo. Cómo algo tan bonito, como lo es la luz de la estrella más grande del universo, puede verse reflejado con tal fuerza en esta cárcel de cristal.

—¿Sabéis cómo salir de aquí? —pregunto a una mujer cuando logro reaccionar al fin.

Ella deja de mirar por la ventana, pero no me mira a los ojos, sino que su mirada parece perdida. Tiene un pelo desaliñado, aunque su color castaño no es desagradable a la vista. Sigue sin decirme nada hasta que le toco el hombro. En un ademán que no esperaba, se aparta a un lado y me dirige unas palabras, ahora mirándome con gesto serio y amenazante:

—¿Por qué me tocas? Has venido a hacerme daño, ¿verdad? Déjame, por favor. —Empieza a gimotear.

—No te voy a hacer daño.

Noto cómo el sudor corre por mi frente, me seco con la bata que me han puesto. Han pasado solo unos segundos que se me han hecho eternos.

—¿Por qué has hecho eso? ¿A quién has avisado? Vienen a por mí... vienen a por mí...

Sigue caminando hasta que se topa con un guardia de seguridad que la aparta con brusquedad. La mujer cae al suelo, solo un chico, demasiado joven para estar aquí, acude a ayudarla.

—No puede salir de aquí, señora Urriaga —dice la directora, que acaba de entrar junto a mi marido.

—¿Por qué hacéis esto? ¡Es que nadie va a ayudarme! —grito desesperada.

Todos fingen no escucharme, la mayoría de los pacientes siguen mirando al infinito. Les han quitado la capacidad de actuar, de ayudar a otra persona que

necesita su reacción. «¿Qué es un humano cuando le robas el libre albedrío? Se convierte en un animal de la naturaleza que se dedica solo a contemplar lo que ocurre a su alrededor».

Estoy arrinconada al lado de una de las ventanas. Los internos siguen sin moverse, solo el que fue a ayudar a la señora me dedica una mirada furtiva y niega con la cabeza.

—Maldito hijo de puta.

Sin pensarlo, me abalanzo sobre mi mirado y le pego un puñetazo. Me hago daño en la mano, pero ha merecido la pena cuando veo cómo un hilo de sangre se le escapa por la nariz. Me mira con ojos furiosos. El guardia ha venido hasta mí para sujetarme y separarme de él. Si no lo hubiera hecho, es muy probable que hubiera pagado caro mi reacción.

—Está claro que necesitas tratamiento. —Se limpia la sangre con el pañuelo que lleva en su cuidado traje de rayas, sin quitarme esa mirada de odio, la misma que puso cuando me propinó la paliza con la que perdí al niño.

—Esto es porque te abandoné, ¿verdad? Me arrebataste a mi hijo y ahora pretendes quitarme la vida.

—Te equivocas. —Se acerca a mí y me habla al oído. Aún me tienen retenida—. Si hubieras aceptado la propuesta que te hizo la directora, tus padres estarían vivos, y nosotros juntos. Si hubiera querido matarte, lo hubiera hecho, quiero que sufras, que pagues por haberme abandonado.

—Espero que te pudras en el puto infierno, ¿me oyes? —grito más hasta desgañitar mi voz—. En el puto infierno.

—Tú acabas de entrar en él.... —Escucho decir al chico.

El segurata me arrastra de los brazos al pasillo sin que ninguno de los presentes haga nada, a pesar de que alzo el tono hasta quedarme sin voz. La mayoría siguen mirando por las ventanas sin importarle lo más mínimo qué va a suceder conmigo, es como si estuvieran alienados de la realidad. Solo el chico me mira con un rostro de inocencia y tristeza que me deja claro que voy a pasar mucho tiempo aquí.

Antes de llegar a la habitación, me revuelvo e intento escapar. Me es imposible hacerlo, el guardia tiene demasiada fuerza. Mis ojos se detienen en una enfermera, la misma que me abrió, y que ahora sujeta una jeringuilla. Veo cómo saca de su bata un bote y lo rellena delante de mí. Alcanzo a ver lo que pone: «Pancuronio».

Cuando se agacha a ponerme lo que sea que tenga esa jeringa, consigo

librarme de las sujeciones del segurata y le propino una patada en su cara, marcada por las arrugas y por su sonrisa diabólica, hasta enviarla contra la pared.

—¡AYUDA! ¡AYUDA! Suéltame, joder.

—Quédate quieta o te haré más daño —me dice llevándome los brazos hacia atrás y esposándome para luego poder sujetarme las piernas con sus brazos—. Ponle la puta inyección ya.

Cuando noto el pinchazo en el glúteo derecho, mis músculos empiezan a relajarse. Aunque estoy intentando reaccionar, no puedo, ni mis piernas ni mis brazos reaccionan a mis órdenes. Lo único que puedo mover son los ojos. Entonces, veo cómo vuelve la directora a paso firme.

—Encerradla en su habitación.

Sin poder articular un músculo, y con la vista borrosa, producto del fármaco o de que mi cuerpo no soporta más tensión, me sientan en la cama. María Eugenia es la única que se queda delante de mí, parece que le gusta observar a la gente que tiene bajo su control y asegurarse de que es dueña de su presente y su futuro.

—¿Sabe? Su hermano tuvo suerte de acabar aquí. —Quiero responderle, pero apenas puedo mover los labios—. A aquellos que mancillan el cuerpo humano con prácticas sodomitas son enviados a campos de concentración, hasta que su piel se abrasa con los rayos solares o su cuerpo se debilita tanto que caen extenuados por el calor. —Se sienta a mi lado—. ¿Conoce Tefía? Un lugar en el que podía haber acabado su hermano si lo hubiera conocido hace diez años, una verdadera pena que lo cerraran. Nosotros le dimos una cama dentro de nuestros muros, un sitio en el que cobijarse y un lugar en el que curar su depravada enfermedad, enfermedad que avergüenza a la especie humana, pues pone al hombre como sumiso y le arrebató la virilidad con la que Dios lo dotó.

—¿Qu... qué...? —No puedo decir nada más.

—No se moleste en intentar hablar, el Pancuronio es un fármaco muy útil para personas tan nerviosas como usted. No ponga las cosas más difíciles, Marta. —Es la primera vez que me llama por mi nombre, y lo hace con una sonrisa que me provoca escalofríos.

Se levanta y mira por la ventana, aunque apenas verá nada más allá de la cárcel que ella misma dirige, a todas luces con la mano de hierro que solo una mujer sin escrúpulos, sin ningún aprecio a la vida humana, podría.

Pasados unos minutos de un silencio turbador, creía que ya había acabado un monólogo que se me antojaba insufrible, y a la vez que hacía que mi ira fuera *in crescendo*. Mis esperanzas de no escuchar más unas palabras delirantes, y llenas de odio a una persona tan buena como lo había sido mi hermano, se acaban cuando se da la vuelta y vuelve a hablar:

—Si vuelve a intentar escapar, se le aplicará un correctivo. Después de unos días, podrá relacionarse con los demás pacientes, incluso podrá salir al patio interior a tomar el aire. ¿No cree que eso le vendrá bien? Para ello, tendrá que comportarse como es debido. Le aseguro que lo pasará muy mal aquí si vuelve a desafiarme.

—¿Por... por... qué? —intento seguir hablando, aunque tengo que esforzarme demasiado, hasta el punto de que se me cae saliva por la boca. La directora me las seca con un pañuelo que ha sacado de su hábito, a pesar de que intento retirarme porque no quiero que me toque— ¿Por... ha... ha... ce esto?

—Porque es la voluntad de Dios. Ha cometido muchos pecados, señora Urriaga, es mi deber sagrado que no queden sin castigo.

—Dé... déjeme salir, por... por... favor.

La monja se dirige a la puerta, la abre y mira hacia atrás. Antes de irse, pronuncia una frase que, a pesar del relajante muscular que me han inyectado, consigue que tenga la sensación de que mi corazón late mucho más rápido.

—Póngase cómoda, porque Miraflores será su nuevo hogar. Bienvenida.

La puerta se cierra con un portazo. Los candados resuenan en mi cabeza como las cadenas que aprisionan a un animal que ansía vivir en libertad.

Trato de tumbarme, me es difícil debido al relajante, pero logro hacerlo. Pese a que lucho por mantenerme despierta, Orfeo acude a mí. Acepto su llamada en un intento de que todo esto sea algo quimérico y haya olvidado la realidad de la que un día fui dueña.

Capítulo 4

Ya he pasado varios días en este lugar, ni siquiera sabría decir cuántos. Contar cada vez que la oscuridad se vuelve a adueñar de este sitio, se me hace tan difícil como combatir la certeza de que voy a pasar mucho tiempo aquí.

Echo de menos pasear por el Retiro, acariciar las flores, sentir su tacto entre mis manos, y notar el frío viento golpear en mi rostro, a la vez que lucho para que mi pequeño sombrero verde no se me vuele. Lo que más añoro es la mirada de adulación de Juan y sus bromas pesadas, pero cargadas de humor, con las que siempre me sacaba una sonrisa, hasta en los peores momentos. Extraño trabajar en el sótano de la madre de Juan para publicar las noticias que el Estado oculta a sus ciudadanos, esa satisfacción es... era única.

Cuando me introdujeron en esta celda, creía que lo peor iba a ser compartirla con alguno de los pacientes que conocí en la habitación a la que, a partir de ese día, me referiría como cárcel de cristal, no solo por las ventanas que ocupan buena parte de la misma, sino porque es la mejor representación de lo que significa estar en este manicomio. La mente es similar al vidrio de esas ventanas, puede parecer fuerte, robusto y estable, pero si logras someterlo a una presión constante, se destruye. Como el cristal, la mente puede desmoronarse con una facilidad de la que solo nos damos cuenta cuando empieza a ser demasiado tarde. Sin embargo, lo peor de estas cuatro malditas paredes es la soledad. Estoy encerrada veinte cuatro horas diarias, con el hedor de mis propias micciones y deposiciones hasta que, cuando ya caigo rendida por el aburrimiento y la desesperanza, alguien viene, lo recoge y se va sin dirigirme la palabra.

Durante mis primeros días —al menos recuerdo que fueron dos—, ni siquiera me dieron de comer, solo me tiraban un cazo con agua fría para que bebiera como si fuera un perro. Supongo que lo hacen para debilitarme o para regocijarse en el placer que les causa hacer daño a otro ser humano.

Cuando creí que se habían olvidado de mí, pues en toda la mañana no me trajeron el cazo de agua que ya comenzaba a echar de menos, una enfermera depositó un pequeño plato de gachas secas y pasadas en el suelo. Solo entreabrió ligeramente la puerta, por lo que ni siquiera pude verle la cara. No tenían muy buen aspecto, pero mi estómago rugía por comer algo, así que no duraron más de unos minutos. Después de que, aunque con dificultad, consiguiera digerirlas, pensé en que podían estar envenenadas con algún tipo de sustancia, pero me dio igual, de hecho, hasta hubiera deseado acabar mi vida con eso y no pasar más horas en este lugar. La muerte aquí es un regalo.

Cuando estoy en mi pequeña litera mirando el techo, puesto que es el único entretenimiento que puedo tener aquí, veo cómo la puerta se abre, después de que alguien hubiera levantado los cierres de seguridad.

—Señora Urriaga, confío en que ya esté lista para compartir tiempo con los demás pacientes —me dice la monja con su habitual tono severo—. Es bueno para los internos relacionarse.

Me reclino sobre la cama y la miro de reojo. Odio cuando pone esa sonrisa de victoria. Le reventaría la boca, pero quién sabe qué me harían después. Si aquí soy tan impulsiva como suelo ser, no creo que dure mucho. Además, es verdad que necesito relacionarme, de lo contrario, acabaré igual que muchos de los que están aquí encerrados: no sabiendo qué es la realidad y qué es producto de mi imaginación. No sé ni cuántas semanas llevo sola ahí metida.

—Por supuesto, directora. —Finjo una sonrisa y me encamino hacia ella.

Mi cuerpo está muy débil, llevo muchos días comiendo solo una vez y un plato de unas gachas insípidas o un potaje que apenas sabe a nada. Desde luego, el cocinero no se esmera en la mierda de platos que nos sirve.

—Se ha adaptado mejor de lo que esperaba, señora Urriaga.

«Hija de puta», pienso para mí en este momento. Ella camina erguida y muy ligera mientras yo lucho por mantenerme en pie, sin tener que apoyarme contra la pared, e ir a su paso. Estamos en la maldita cuarta planta, así que supongo que su sala de entretenimiento es mi cárcel de cristal.

—En la sala hay juegos de mesa. Con Miguel siempre puedes echar una partida al ajedrez, es su obsesión —me dice antes de dejarme sola en aquel lugar y dirigirse a la otra puerta. Me fijo en que la abre con llave. Supongo que es la puerta que conduce a las otras plantas.

Apenas tengo fuerzas para echar una mirada rápida y ver cómo las

personas están observando de nuevo a través de las ventanas y de la enorme cristalera que abre la puerta al cielo, como si ver el paisaje les deparara algún gozo para sus vidas o fuera el canto de libertad que necesitan para no consumirse en su propia celda mental.

—¿Puedo jugar? —le pregunto al paciente del que la directora me ha hecho saber su nombre.

—Claro, mi amigo Marcos hace mucho que no viene. Jugar solo es aburrido.

—¿Marcos, el chico que compartía habitación con Carlos?

—Carlos no compartía habitación con nadie.

—¿Cómo que no? —pregunto con un tono más alto del que hubiera querido—. Estuve hablando con Marcos. Él mismo y la directora me confirmaron que era su compañero.

—Probablemente la directora le ordenara que dijera eso. ¿Acaso confías en un loco y en su carcelera? —No le respondo. Algo me dice que Miguel no está mintiendo—. ¿De qué conoces a Carlos?

—Era mi hermano.

—Mmmm, interesante. ¿Comenzamos la partida?

—Claro. —Me siento y veo cómo coloca las fichas del ajedrez para comenzar una nueva partida.

«¿Por qué alguien querría jugar solo si no es para liberar su mente, aunque sea solo unos minutos en una farsa absurda?».

—Empiezan las blancas, por favor —me dice a la vez que me dedica una sonrisa.

Muevo el peón a la casilla C3, y él, un caballo a la F6. Es una táctica agresiva pero arriesgada cuando pones una de las fichas más importantes del juego en primera línea. Siempre se ha dicho que los peones son los primeros que debes sacrificar, claro que, si los salvas, pueden ser la esperanza que arrebatte la victoria al que ya se creía ganador.

—No sé por qué tengo la sensación de que eres de las pocas personas normales de este lugar.

—Quizá la normalidad sea lo extraño aquí, ¿no crees? Te toca. —Me incita a mover ficha con otra sonrisa.

En los juegos soy prudente, mucho más que en la vida real, así que muevo otro peón, esta vez dos casillas, a la H4. Él imita mi movimiento, pero con el que protege a la reina. Desde luego sabe jugar muy bien, sino no lo haría de

esa forma.

—Bloquear el paso a los enemigos a veces es la mejor respuesta, ¿no crees? —Asiento y muevo mi peón para ponerlo en frente del suyo. Él responde con su alfil a la casilla F5.

Dudo qué pieza mover.

Miguel se mantiene impertérrito, solo me dedica algunas sonrisas y responde con evasivas a mis preguntas. Quizá él sea el único que pueda aclararme qué le pasó a mi hermano, así que tengo que ganarme su confianza.

Al final, me decanto por mover la torre a la casilla H3, aun a riesgo de que él me coma la ficha con su alfil, como así pasa. Yo hago lo mismo con uno de mis peones. Como he dicho, estos pueden salvar la partida cuando todo lo demás falla.

—Esto se pone interesante, ¿verdad, Marta?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Hablé bastante con tu hermano como para saber ese insignificante dato.

—Tú no estás aquí por problemas mentales. Eres demasiado —dudo en volver a decirlo— normal.

—Ya hemos comentado el concepto de normalidad en este lugar, pero si te refieres al exterior, tienes razón.

—¿Por qué estás aquí?

—Te lo explicaré en el momento adecuado, cuando nos conozcamos un poco más. Total, aquí tiempo nos sobra. ¿Continuamos?

—Por supuesto.

La partida se desarrolla durante un momento en silencio. Los peones y varias fichas ya han caído en una batalla en la que Miguel está siendo más que un digno contrincante. Hacía mucho que no jugaba al ajedrez, y la falta de experiencia me ha pasado factura.

—Jaque mate —me dice sacándome de mis ensimismamientos. Cuando vuelvo a la realidad, veo cómo tumba la pieza de mi rey con la única torre que le quedaba en juego.

—¿Podemos hablar de mi hermano? —le pregunto cuando vuelve a colocar las fichas, supongo que para una nueva partida.

—Carlos era muy buen chico. —Baja la mirada—. No merecía lo que le hacían.

—¿Qué es lo que le hicieron?

—Este sitio no es mejor que las cárceles ni los campos de trabajo. —

Esquiva mi pregunta—. Las familias los envían aquí porque creen que no los torturarán ni lo pasarán tan mal como sí, si trabajaran de sol a sol, pero lo que no saben es que aquí se hacen cosas peores que unos simples latigazos en la espalda, o una simple amenaza por no hacer el saludo fascista o por no rezar a las horas ordenadas por los sacerdotes. Esto es mucho peor, aunque ellos no sean conscientes hasta que es demasiado tarde para dar marcha atrás.

—¿Tu familia no viene a verte?

—No tengo familia. ¿Tú venías a ver a tu hermano? —Bajo la mirada.

—Venían mis padres y nunca me comentaron que les dijera nada. ¿Por qué nadie iba a denunciar todo esto?

—Porque no hay nada que denunciar. Esto es lo que quiere el Estado y muchas familias de los pobres desgraciados de aquí; reeducar socialmente lo llaman, aunque eso suponga tener que enfrentarnos a la mano de hierro de esa mujer. Nuestra única esperanza de salir de aquí es que el Régimen caiga y llegue otro menos malo. Solo si la dictadura católica llega a su fin, se clausurarán lugares como este.

—Mis padres no hubieran permitido eso de saberlo...

—¿No? ¿Estás segura? La puta Iglesia —baja un poco más el tono para que nadie lo escuche— ha lavado tanto el cerebro que muchos padres han encerrado aquí a sus únicos hijos por el mero hecho de querer a otro hombre.

Me niego a pensar que mis padres supieran algo de lo que pasaba en este lugar y no trataran de sacar a mi hermano, es algo que no podría soportar.

—¿Sabes qué le hicieron a mi hermano? —insisto.

—No, pero me atrevería a decir a que se pasaron con el electroshock y buscaron una... solución. ¿Sabes? Ese tratamiento debe aplicarse con anestesia y sedantes musculares, pero aquí no hacen eso. Sigues consciente y ves cómo la puta enfermera te pone el protector bucal y los electrodos en ambos lados de la cabeza, hasta que llega la corriente. Tu cuerpo trata de aguantar la fuerza cada vez mayor hasta que no soportas más y caes rendido. Siendo sincero, lo más probable es que a tu hermano le diera un paro cardíaco.

—Así que tienes claro que no se suicidó, ¿verdad?

—Suicidarse no es algo sencillo, muchos lo intentan a diario y la mayoría de las veces no sale «bien». —Pone una mueca—. ¿Por qué te crees que nos tienen aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Estamos rodeados de ventanas. —Mira a su alrededor—. Algunas de esas personas llevan más de cinco años aquí, otros ni siquiera saben cuándo los internaron. ¿Acaso no sería más fácil coger el pomo de una de las ventanas, abrirlo cuando la enfermera, más atenta a sus revistas que a nosotros, no mirara y acabar con todo el sufrimiento que este lugar encierra?

—¿Y por qué no lo hacen según tú?

—Los menos porque aún tienen la esperanza de salir de este infierno. Otros porque no se atreven a poner punto y final a sus vidas, por muy lamentable que estas sean. La mayoría porque sus mentes están tan destruidas que ignoran que esas ventanas pueden ser su salvación, la vía de escape que los conduzca a una paz que ansían, pero no encuentran. —Hace una pausa mientras me mira sin pestañear—. A pesar de ello, hay más personas de las que tú consideras «normales», con las que poder hablar y hacer que esas ganas de quitarte de en medio no sean inevitables. ¿Te los presento?

—Sí.

Capítulo 5

Ana es una paciente más, como tantos otros, que pasan buena parte de su tiempo «libre» mirando por la ventana. Esto es lo único que puede hacer alguien a quien le han arrebatado su proyecto vital, quien vive en un sitio que no es el suyo y cuyas ropas son unas simples batas prestadas. El no ser nada, el no ser nadie, en definitiva, el no tener un futuro son las cosas más duras a las que puede enfrentarse un ser humano dotado de algo de racionalidad.

Me produce tristeza ver su rostro escuálido —sin duda debido a la comida que nos dan, comida que tenemos que degustar con nuestras propias manos porque no se dignan ni siquiera a darnos cubiertos—. Sus rasgos me dicen que antes de estar aquí debió de ser una mujer hermosa. La salud mental tiene su plasmación en el exterior, y este sitio es el claro ejemplo de cómo se puede destrozarse a una persona sin ni siquiera ponerle la mano encima.

Miguel se dirige a ella y le toca el hombro con delicadeza, supongo que para evitar que se asuste, o algo peor. Solo entonces gira la mirada hacia nosotros. Por un momento, me parece ver cómo sus labios se curvan en una sonrisa contenida, aunque no de alegría. Sus ojos vidriosos delatan su tristeza.

—¿Por qué estás aquí? —me pregunta tras presentarnos.

—Vine para saber qué le había ocurrido a mi hermano. —Respiro hondo y miro a Miguel—. No sé ni qué les ha pasado a mis padres. Necesito salir de este maldito lugar.

—No eres la única que cree que no debería estar aquí.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué? —me pregunta, con semblante huraño.

—¿Cómo has acabado aquí? —le reitero la pregunta.

—Lo mío es largo de contar.

—Ana, ya sabes que es bueno hablar, te ayuda a controlar tu problema.

—También la mierda de pastillas que me dan y no las tomo con una puta

sonrisa en la boca, joder.

—La diferencia estriba en que el litio te provoca nefropatía...

—Dios, odio cuando te pones con tus malditas jergas médicas. Ya no eres médico.

—Vómitos —continúa, ignorando las palabras de Ana—, ese temblor en tu mano derecha que no puedes controlar —me fijo en que la esconde detrás de su espalda—, tus mareos casi a diario...

—Cállate ya, tú ganas.

En su decimosexto cumpleaños, el único regalo que marcó a Ana fue ver cómo su padre propinaba un guantazo a su madre y la tumbaba al suelo. Durante años, había visto cómo su progenitor alzaba la voz y vociferaba unas palabras malsonantes, pero nunca le había pegado, no al menos delante de ella. El 25 de noviembre de 1958 fue diferente.

Por entonces, ya se había convertido en una mujer adulta como para darse cuenta de que ese día no había sido el único golpe, de que su madre no se cubría el cuello, incluso cuando llegaba el calor, porque tuviera frío, sino porque su padre se lo ordenaba. Lo hacía para tapar la ignominia que suponía para él que alguien viera que había tenido que demostrar su superioridad física contra una mujer que desobedeció el orden natural defendido por los varones.

Cuando su padre fue a trabajar al día siguiente, su madre acompañó a Ana a clase, como cualquier otra jornada, sin embargo, en ese momento los ojos de la joven deslumbraban la tristeza de alguien cuya realidad se le ha venido encima, con un peso que es incapaz de soportar. Conocía la verdad de una familia que de cara al exterior era normal, sin problemas: una familia feliz.

En clase, después de hacer el típico saludo fascista y dedicar horas a ensalzar la madre patria, la vuelta a casa se hizo aún más dura. El almuerzo fue tenso. Ninguna de las dos se atrevió a articular más palabras que las necesarias, hasta que Ana se decidió a hablar:

—¿Por qué te pegó papá?

—No hablemos de eso, hija, y cómete tu merienda.

—Ya no soy una niña, madre. —Aparta el bocadillo de tortilla.

—No digas tonterías, tienes solo dieciséis años...

—Dime por qué te pegó, hostia. —Da un puñetazo en la mesa.

—Lo lleva haciendo desde que nos casamos. —María se echa a llorar—.

Antes eran solo insultos, amenazas, pero nunca llegaba a nada más...

—¿Por qué se lo permites?

—Porque estamos casados, hija, y porque no tenemos a dónde ir.

—Si te vuelve a poner una mano encima, no voy a quedarme quieta, madre.

—Por favor, hija, tú no intervengas.

Los días pasaron sin que volviera a producirse el hecho tan lamentable que marcaría a Ana de por vida. Sus sueños no solo eran nublados por el nefasto recuerdo de su madre en el suelo, sino también por incontables situaciones que no había vivido, pero que su mente recreaba con tal realismo que era imposible discernir que era verdad y que no. Muchas noches en las que se despertaba debido a esas pesadillas, podía escuchar cómo su madre sollozaba en la cama que compartía con la misma persona que le provocaba ese lamento.

Muchos días trascurrieron con la normalidad que se le presupone a una familia, incluso hubo días felices en los que las comidas y las cenas pasaban entre conversaciones joviales. No todos fueron así, a medida que Ana iba convirtiéndose en una mujer adulta, empezó a enfrentarse a su padre.

Pasados los años, todo fue a peor. Ana fue perdiendo los nervios cada vez más rápido y de manera más descontrolada, no solo en casa, sino también en la calle; cuando alguien la miraba y sonreía, creía que se burlaban de ella y empezaba a insultarlos. Su padre, lejos de ayudarla, se alteraba con facilidad y provocaba justo la reacción contraria a la que quería.

Dos personas inestables, descontroladas y guiadas por una ira que no pueden controlar, a veces, provocan cosas que ninguna de las dos deseaba hacer. Después de una de las habituales discusiones, lo último que Ana vio fue a su madre caer por las escaleras abajo, su cuello roto y sus ojos mirando al techo, que ahora se dibujaba en un infinito que solo está destinado para aquellos que atraviesan la laguna Estigia junto al barquero de Hades.

—Lamento que hayas pasado por todo eso —le digo después de secarme las lágrimas.

—No me conoces de nada, ¿qué coño vas a lamentar?

—Tómate la medicación, Ana —le dice Miguel mientras me retira un poco, supongo que por miedo a que me agrede.

—¿La puta mierda esta? —Coge un vaso con una mano y la pastilla con la otra—. ¿La misma basura que nos dabas tú? ¿Eh? —Se lo tira todo a la cara. El agua me salpica, y su medicación cae en una mesa que está justo a mi lado.

—Por favor, Ana, ya lo hemos hablado. Si interrumpes el tratamiento, podría ser peor. Si no tomas la medicación, estas charlas no te servirán de nada.

—No sé en qué puede ayudarme contar mis mierdas a una desconocida. — Me siento algo intimidada con la mirada que me dedica.

La enfermera nos mira. Está a punto de levantarse, pero luego vuelve a volcar su mirada sobre sus revistas y se enciende un cigarro. Cuando me ve mirarla, pone un gesto grosero nada disimulado. Necesito un cigarro y creo que se ha dado cuenta.

—¿Por qué no supervisan que se tomen las medicinas? —Aparto la mirada de la enfermera y me dirijo a Miguel.

—¿Te crees que estamos aquí porque le importamos a alguien? Si un paciente no se toma la medicación y desobedece alguna norma, la que sea, te castigan. Eso les divierte más que un paciente estable. —Se levanta un poco la camisa blanca.

Su zona abdominal está cubierta por hematomas. Acercó mi mano derecha, aunque dudo si tocarlo.

—¿Por qué te hicieron esto?

—Es una historia larga de contar.

Antes de decir nada más, recojo la pastilla de Ana y voy a por un vaso de agua. Ella me mira de reojo, sé que no confía en mí. Es normal, soy nueva. Yo misma no me fío de nadie de este lugar.

—¿Qué medicamento es? —le pregunto a Miguel, puesto que parece tener conocimientos médicos.

—Depakine.

—¿Para qué sirve?

—Es un antiepiléptico. Ana ha tenido varios episodios y lo necesita para controlar sus impulsos.

—¿Qué le pasa? —le susurro en un tono más bajo para que no me escuche.

—Presenta un trastorno explosivo intermitente, es decir, a menudo sufre episodios de ira descontrolada.

Aunque con cierta reticencia, me acerco a Ana para darle la pastilla. Si no la toma, las consecuencias podrían ser mucho peores para ella. Si puedo hacer algo por los pacientes mientras esté aquí, lo voy a hacer. Mi conciencia no me permitiría dejar de lado a esta pobre gente. Quién sabe, quizá saque algo positivo de este lugar.

—Ana, tómate la medicación, por favor. —Le ofrezco la pastilla y el vaso.

—¿A ti qué te importa que me la tome o no? No me conoces de nada.

—No te tengo que conocer para saber que no quiero que te hagan daño. —

Dejo la pastilla y el vaso en la mesa de al lado—. No llevo mucho tiempo aquí, pero sí lo suficiente como para saber que los actos tienen consecuencias.

—¿Me hablas a mí de las consecuencias? —Se pone en frente de mí—.

Llevo dos putos años aquí y ya no me reconozco cuando estoy delante de mi propio reflejo. Me miro y veo una persona diferente. Me han golpeado hasta que mi nariz sangrara sin parar, y sumergido en agua para ver cuánto aguantaba sin arrodillarme a rendirle sumisión a la puta directora, que luego sonreía mientras yo me humillaba. —Eleva aún más el tono—. ¿Crees que no sé las malditas consecuencias de no tomarme esa porquería? Estoy harta de estar aquí.

Antes de darme tiempo a responderle, rebusca en el bolsillo derecho de la chaquetilla roja que lleva por encima de la bata y me enseña una fotografía. Es una joven hermosa, con el pelo largo, parece muy bien cuidado, y con una sonrisa que consigue eclipsar lo bonito del paisaje del mar. A su lado, hay un hombre, mayor que ella, pero también atractivo, besándole la mejilla. Es una escena que me encantaría compartir con Juan algún día.

—Así era hace solo dos años. La tengo para recordarme que un día fui feliz, que mi enfermedad no supuso un impedimento para estar con un hombre maravilloso, que pude vivir fuera de aquí sin que mi problema supusiera un riesgo para nadie, al contrario de lo que se empeñan en hacerme creer aquí. Es la única razón por la que aún no me he tirado por esa ventana. —Mira hacia atrás y vuelve a dirigirse hacia mí, ahora con los ojos cristalinos por la emoción.

—¿Qué pasó con él? —pregunto.

—Viene a verme de vez en cuando. —Se sienta y me invita a hacer lo mismo, parece que se ha tranquilizado—. Él trabaja en Galicia, me visita cuando puede. Gracias a él aún sigo viva. Ha intentado sacarme de aquí muchas veces, pero nunca lo ha conseguido. Cuando pasó lo de mi madre, me fui de casa. Creía que podría huir toda la vida, pero al final me encontraron, y aquí estoy.

—¿Cómo se llama?

—Sergio —me responde con los ojos llorosos y con un tono algo rojo por contenerse unas lágrimas que luchan por salir.

—Saldremos de aquí y volverás a ver a Sergio. —La agarro de la mano y la aprieto con la mía—. Te prometo que saldrás de aquí, aunque sea lo último que haga.

Me ha emocionado la historia de Ana, tanto que me cuesta contener la emoción a mí también. Ella tampoco debería de estar aquí, no en estas condiciones, alejada de la única persona que le importa y que la puede ayudar de verdad, sin sustancias químicas ni torturas propias de otros siglos. Lo único que necesita es hablar con alguien, tener una distracción más allá de mirar al infinito por una ventana que refleja su propia cárcel. Estar aquí le ha arrebatado esa sonrisa preciosa de la foto, al igual que la belleza propia de una joven que tenía toda la vida por delante. Su cabello, largo y con unas ondulaciones preciosas, ahora está desaliñado, más corto y sin rastro de ese rizado que le hacía una carita redonda e inocente.

—Vaya, veo que he hecho bien en presentaros —interviene Miguel cuando ve a Ana tomarse la pastilla.

—No digas tonterías, sabes que la hubiera tomado igual.

—Pero te hubiera costado un poco más —le responde Miguel con media sonrisa.

Cuando estamos sentados los tres, ellos empiezan a hablar mientras yo contemplo el horizonte en silencio a través de las ventanas. Debe de ser mediodía a juzgar por la luz solar que entra. Pensaba que no servía para nada, pero quizá, mirar por esa ventana a la libertad me aporte la tranquilidad y la paz que necesito en el espacio de guerra que libra mi mente cada minuto para no perder la cabeza en este lugar.

Capítulo 6

Una de las enfermeras nos ha bajado a la primera planta, puesto que el comedor se encuentra allí. Supongo que solo a los internos de nueva entrada los aíslan durante sus primeros días para ver cómo se avezan a su nueva situación. Ahora, podré disfrutar de la mierda de comida en compañía de otras personas. Al menos, ya no siento esa soledad que te atraviesa todo el cuerpo cuando estás sola en una de esas habitaciones.

—Bienvenida al comedor, señora Urriaga. —Me saluda la directora, con su habitual rostro de superioridad—. Debe saber que un tal Juan vino preguntando por usted. Naturalmente, le expliqué los motivos por los que se encuentra aquí.

—¿Juan ha venido? ¿Está aquí? —Miro hacia atrás, con la ilusión de encontrarme con su rostro y ver la mirada de cariño que tanto necesito.

—Ya no, querida. ¿Acaso cree que a una perturbada asesina podría llegar a quererla alguien? —me pregunta con una sonrisa maliciosa—. Vaya a comer si no quiere que vuelva a encerrarla.

Voy directa hacia ella, no mueve ni un párpado. Sabe que no puedo hacer nada, no al menos con los dos guardias de seguridad que vigilan el comedor.

Durante varios minutos, o segundos que a mí se me hicieron eternos, nos quedamos mirándonos una a la otra. Mi respiración es entrecortada, la suya segura de que no le va a pasar nada.

—Cuando salga de aquí, juro que pagaré por todo lo que está haciendo.

—La única manera de que atraviese estos muros será que lo haga de la misma forma de cómo lo hizo su hermano. —Endurece su rostro—. Vaya con Miguel, le presentará a su nuevo compañero de habitación. —Me hace un gesto con las manos.

Miguel me ha reservado un sitio a su lado.

No sé por qué la directora muestra tanto interés en que haga lazos con él.

¿Es posible que tenga que ver algo con ella? Aunque si es así, ¿por qué iba a estar ingresado? En mi cabeza hay tantas conjeturas que ni siquiera sé ponerlas en orden. Quizá me esté volviendo loca de verdad.

Los días que me mantuvieron encerrada sola tenía que combatir a diario la descabellada idea de que yo hubiera podido asesinar a mis padres. Sé que no fui yo, pero algunas veces mi propia cabeza jugaba, y juega, conmigo en un intento de buscar una explicación al porqué de mi condena en este lugar. La mente puede ser nuestro peor enemigo, crear realidades de las que nunca fuimos partícipes y culparnos de algo de lo que no tenemos responsabilidad.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta Miguel cuando me siento a su lado.

—Que ha venido Juan.

—¿Quién?

—Es el director del periódico en el que trabajo.

—¿Se ha molestado en venir hasta aquí solo por una empleada?

—Ha venido desde Madrid. No solo colaboraba en su diario, éramos amigos.

—¿Éramos? —me pregunta extrañado.

—Después de lo que le ha contado, no creo que quiera saber nada más de mí. —Me entran ganas de llorar—. Es cierto eso que dicen de que no se valora a quienes tienes cerca hasta que los pierdes.

—Parece que eráis algo más que amigos. —Me mira fijamente—. ¿Y por qué crees que Juan creería a esa bastarda? ¿Tan ingenuo es?

—Ya nada importa, seguro que volverá a Madrid, si no lo ha hecho ya.

—Eso no lo sabes —me dice con el ceño fruncido.

—Esta comida huele a mierda. —Meto la cuchara de plástico en el potaje y apenas salen dos pequeños trozos de patatas y dos garbanzos, uno de ellos negro. Todo lo demás no es más que un caldo insípido—. Y sabe peor.

Me entran arcadas. Esta vez no puedo contener el vómito y echo lo poco que he comido. Una de las enfermeras, la más fuerte, viene con semblante serio y, sin darme tiempo a reaccionar, me propina una bofetada y me tira un rollo de papel.

—¿Qué te esperabas? ¿caviar? —me espeta moviendo los ojos hacia arriba en un gesto de desaire—. Me acerca un cubo de basura, donde tiro los papeles que contienen mi emesis.

—Tu cuerpo se acabará acostumbrando a la comida de aquí.

Sé que tengo que comer si no quiero morir en este maldito lugar, así que

trato de hacer un esfuerzo para que mi estómago no esté vacío. Admiro que los otros la digieran con facilidad.

—Marta, tienes en frente a tu nuevo compañero de habitación —me dice Miguel después de haber acabado, sorprendentemente rápido, el plato—. Se llama Óscar.

—¿Es peligroso? —le susurro a Miguel al ver que mi nuevo compañero no hace ni el menor gesto para interactuar conmigo.

—Puede serlo, sufre un desorden de personalidad múltiple. Ha acabado con la vida de dos personas. —Trago saliva y lo miro de reajo—. Ha pasado muchos años en la cárcel, pero su comportamiento era demasiado inestable y lo trajeron aquí. Tuvo suerte de que no lo fusilaran.

—Tendré cuidado con él.

—Solo tenlo cuando aparezca su personalidad número tres, es la más agresiva, violenta e inestable. Si alguna vez lo escuchas decir que se llama Álex, es mejor que te alejes lo más rápido posible.

—¿Cómo es que sabes todo eso?

—Te lo contaré. Tenemos por delante muchos días, por desgracia para nosotros.

—¿Me contarás la historia de Óscar?

—Por supuesto. —Da un bocado a la manzana—. De hecho, quizá te ayude para controlarlo cuando aparezca su personalidad más depresiva y evitar un escenario más desagradable para ti.

—Cuando salga de aquí, quiero contar sus historias al mundo. Las de todos ellos.

Observo mi alrededor y veo a decenas de personas comiendo la misma porquería. Muchos están solos y miran, desconfiados, a su alrededor. Otros apenas prueban bocado y se dedican a remover el cocido mientras sus ojos observan un horizonte que no está claro.

—Eres demasiado idealista para estar aquí. —Come el último bocado de la manzana de la que ya apenas queda nada—. A nadie le importan. Sus historias caerán en el olvido, como las de muchos que aquí ya han muerto y nadie se acordó de ellos para ir a su entierro. Ahora, sus huesos ni siquiera están en un lugar reservado para ellos.

—Me encargaré de combatir el olvido por medio de la palabra. Lucharé para que se haga justicia, y que de algún modo, su memoria perdure.

Me levanto de la mesa ante la atenta mirada de Miguel y Ana. Camino en

dirección a otra de las enfermeras, esta con un gesto más amable. Al menos parece una mujer con la que poder hablar.

—Perdona, ¿podrías darme papel y algo con lo que escribir? —le pregunto.

—La directora nos prohíbe daros utensilios que puedan ser peligrosos, lo siento.

—Necesito algo para no volverme loca en este lugar. —Me pongo frente a ella cuando iba a esquivarme, y proyecto en mi mente la imagen de mis padres y mi hermano, con la que consigo que varias lágrimas se escapen por mis ojos cristalinos—. Solo necesito un lápiz y papel, por favor —le ruego entre llantos.

—Está bien. —Sus labios se curvan en una sonrisa cómplice—. Espérame aquí, pero no se lo digas a la directora.

—No ganaría nada diciéndoselo.

La joven se aleja del comedor a paso ligero. Su sonrisa, y especialmente su mirada, es muy diferente al resto del personal que he visto aquí. Parece la única con corazón y con algo de empatía como para brindarle a una mujer algo de la esperanza que necesita. Espero no equivocarme.

Para una periodista, un simple lápiz y un papel pueden convertirse en armas muy poderosas. Quizá no me ayude a salir de aquí hoy ni mañana, ni siquiera sé si servirá para que paguen por sus crímenes, pero la gente conocerá sus nombres. El mundo sabrá qué se hacía en el manicomio de Miraflores.

Después de un rato, la mujer llega con algo guardado en su bolsillo y se acerca a mí, no sin antes asegurarse de que nadie del personal la ha visto.

—Toma. —Me entrega una agenda de color marrón, en cuya portada pueden verse unas bonitas filigranas y un dibujo de una pluma de la que se desprenden siluetas de pájaros volando.

—Es preciosa.

—Era mía. Tenía la esperanza de escribir algo interesante en ella y publicarlo algún día, pero supongo que este lugar mata cualquier atisbo de inspiración. —Pone una sonrisa forzada—. En fin, toma también el lápiz. Haz lo posible para que la directora no te vea con él.

—Gracias. Al menos alguien aquí tiene corazón. —Me mira con los ojos entristecidos y agacha un poco la cabeza.

—Algunas no tenemos más opción que estar aquí. —Se va de nuevo a

vigilar los diferentes pasillos del comedor.

—Siempre hay elección —digo en voz baja, aunque ella ya no pueda oírme.

Cuando volvemos a la última planta, Miguel, Ana y yo nos sentamos juntos. Estoy deseando que me cuente la historia de mi nuevo compañero. A partir de ahora, quizá el único entretenimiento que tenga sea este: coger un lápiz y escribir para no volverme loca, si es que no me estoy volviendo ya.

—Debes de ser muy persuasiva como para convencer a Rosa de darte eso, todo el mundo aquí teme a la directora. Ella es la que debería estar internada —me dice Miguel.

—No ha sido difícil. Quizá no solo los pacientes estamos aquí contra nuestra voluntad.

—Y una mierda, esos cabrones disfrutan teniéndonos aquí. —Eleva el tono—. Si pudiera, les clavaría ese puto lápiz en los ojos.

—No te alteres, Ana —le sugiere Miguel.

—Venga, cuéntale lo que sabes de Óscar. Y luego lo tuyo, que Marta seguro que está encantadísima de escucharte. —Pone una sonrisa que me eriza la piel.

A pesar de que me muero por preguntar, dejo que Miguel inicie la historia de Óscar. Luego habrá tiempo de preguntarle.

Óscar hacía lo mismo que otros jóvenes de su edad: salía a la calle a jugar con los niños del barrio, ayudaba en lo que podía a sus padres y hacía el saludo fascista cada vez que empezaba la clase con la seño, a quien sus progenitores conocían de toda la vida. Sin embargo, la educación católica, con la que había sido inculcado desde su nacimiento, con el sagrado bautismo, lo condicionó para uno de los actos que perturbaría toda su vida. No fue el único, y solo sería uno de una larga lista que muchos conocían, pero todos callaban.

Una mañana de hace más de veinte años, un hombre, vestido con sotana y predicador de palabras vacías y llenas de mentira, acabó con su bondad, con su inocencia, y lo más importante, le arrebataron la vida digna y prometedora que quería cuando soñaba con ser profesor de literatura. Nunca lo consiguió. Alguien que no tenía ese derecho le quitó su sueño.

Tras sufrir la violación por el párroco del pueblo, el mismo que había casado a sus padres y el que lo había bautizado, nunca volvió a ser el niño alegre y dicharachero que era. Jamás se lo contó a nadie hasta que llegó al

manicomio, pero su entorno supo que había pasado algo, aunque nunca llegaron a saber el qué ni en qué momento. Lo único que comprobaron, con resignación y sufrimiento, es que, a medida que iba creciendo, no quería salir a jugar con sus compañeros.

En clase, la situación no era mucho mejor. Las notas fueron bajando y empezó a tener algunos comportamientos extraños para un niño de quince años. En el recreo, se aislaba de todo el mundo y se quedaba allí donde nadie pudiera molestarlo, hasta que una profesora dio con él.

—¿Por qué no vas a jugar con tus compañeros? —le dice la señorita Ana con una sonrisa.

—Si quiere jugar tanto, hágalo usted.

—No me hables así, Óscar. Soy tu maestra. —Le toca en el hombro—. Mírame cuando te estoy hablando.

—¿Por qué no me deja en paz? —El niño se da la vuelta. Puede verse un rostro cansado, impropio de un niño de su edad. Unas ojeras prominentes, realizadas aún más por la luz del sol, le ocupan buena parte de la zona periocular.

—Si sigues así, voy a tener que hablar con tus padres.

—¿Por qué? —La mira con ojos entristecidos—. Si no he hecho nada, señorita Ana.

—No me tomes el pelo, Óscar. —La señorita se marcha hacia el interior del colegio visiblemente enfadada.

Todo el mundo asumió su actitud a la de un niño rebelde, sin profundizar en el problema que a él lo había llevado a crear tantas personalidades para ocultar lo que le había pasado cuando era más pequeño. Nadie podía imaginar que Óscar no era solo uno, que dentro de su *psique* había cuatro personas más que iban desarrollándose igual de rápido que él, que luchaban por salir cada minuto. Un combate sin cuartel que ha estado librando durante muchos años él solo.

—Ayer me amenazó, Roberto. Si no llego a irme quién sabe lo que me hubiera hecho. Tengo miedo de mi propio hijo. —Sus ojos llorosos rompen en lágrimas.

—Hay que hacer algo con él, antes de que sea demasiado tarde. —Le pasa el brazo y le pone la cabeza en su pecho.

—Podemos intentar otra vez lo del psicólogo —confiesa, sollozando, Laura.

—Siéntate, cariño. —Roberto hace lo propio—. No puedo arriesgarme a que te haga daño. Eres lo más importante en mi vida. —Le acaricia la mejilla—. Tenemos que ingresarlo en algún sitio.

—¿Ingresar a nuestro hijo? Solo tiene quince años.

—Sabes que es lo mejor para él y para nosotros.

—¿Seguro? —le pregunta, con las dudas que toda madre tiene por el devenir y el destino incierto de su hijo.

—Sí, cielo. Podría hacer algo que lo llevara a un sitio mucho peor. Hay que ponerle freno.

—De acuerdo, lo haremos.

—Es importante que él no sepa nada hasta el momento en el que nos lo llevemos. —Aunque creían que Óscar ya dormía, lo cierto es que unos ojos marrones claros observaban la escena desde el pasillo.

Pasadas dos semanas, y con todo listo ya para ir supuestamente de vacaciones de verano, todo se torció.

—¿Sabéis? —La voz del joven sonó más grave de lo normal—. Óscar me ha contado que me ibais a llevar a un sitio muy desagradable.

Roberto, que iba conduciendo, torció el gesto. Laura había optado por no ir, no soportaba la idea de ver a su hijo entrar en un sitio del que no sabía si saldría algún día. La excusa que puso fue que tenía mucho trabajo.

—¿Nos espiaste?

—Fue Óscar, no yo.

—¿Qué coño dices? Tú eres Óscar. —El sudor le empapa la frente, pero procura no perder el control del vehículo.

—¿De verdad crees que ese niño haría esto? —pregunta a la vez que coge unas tijeras y corta el cinturón de Roberto.

—¿Qué haces? Suelta eso, Óscar.

—Mi nombre es Alex. —Su mirada es de profundo odio a su padre. Sus ojeras, aún muy severas, hacen que tenga un aspecto aterrador.

Antes de que pudiera frenar, el hombre, con aspecto de niño, le clava en el costado las tijeras. Roberto pierde el control del coche, que se sale de la calzada y se desliza terraplén abajo, llevándose arbusto y piedras por delante. Al final, un árbol hace que se detenga. Roberto impacta contra el volante mientras que la sangre sigue brotando por su herida.

Después de despertarse, Óscar mira asustado a su alrededor sin saber qué ha pasado. Suelta las tijeras que porta en su mano derecha al ver que están

manchadas de sangre.

—Papá, papá. —Lo zarandea de un lado a otro, pero no responde. Nunca más lo hizo.

—El resto te lo puedes imaginar. Fue a parar a un centro de internamiento, pero cuando creció, se hizo demasiado inestable para estar ahí. Es el más joven, solo tiene veinte años. Acabó aquí después de asesinar a un funcionario. Al menos tuvo suerte y no acabó en el paredón, como otros muchos.

—¿Dices que estar aquí es suerte? —pregunta, irritada, Ana—. Yo preferiría que me pegaran un tiro a estar en esta puta mierda de lugar.

—Pero de elegir eso, no tendría vuelta atrás. Salir de aquí quizá no sea imposible.

—Si se pudiera, ¿no lo habiéramos intentado antes? —pregunta Ana con gesto serio.

—Antes no contábamos con Marta, además ya no me tienen tan vigilado como antes.

La sonrisa de Miguel me invita a la esperanza.

Capítulo 7

La media hora de la ducha es la que más odio, detesto estar desnuda delante de todo el mundo. Siento mil ojos observándome y procuro ser lo más rápida que puedo para enjabonar mi, cada vez más, escuálido cuerpo. Sin embargo, que solo nos dejen rozar nuestra piel con el agua un día a la semana hace que quiera aprovechar cada segundo del tiempo que nos dan. Digo quiero porque no puedo, ya que el agua suele caer tan fría que mi cuerpo empieza a tiritar minutos después.

Hoy ha sido uno de esos días en los que parece que han preferido darnos un momento de intimidad y aún no he visto al guardia de seguridad que a veces se pasea por aquí. A pesar de que ducharnos con otras veinte personas al lado haga de eso un imposible, dos pacientes han aprovechado para sacar a la luz su lado más salvaje.

—Como se entere de Castro, lo van a pasar muy mal —me dice Miguel, ya tapada su parte inferior con una toalla.

Yo me ruborizo. Aún estaba dándome los últimos chorros de agua cuando vino a mi lado y comenzó a hablarme. Corro a por una toalla blanca. Esta tiene varias manchas marrones y de otros colores. Aquí la limpieza no es algo que se tomen muy en serio.

—Ella parece que está disfrutando. —Echo una mirada furtiva y veo cómo, después de acabar, se besan con pasión. Es bonito que hasta en lugares como este surja el amor—. Supongo que a la jefa le molestará mucho que follen porque ella no puede.

—Jajaja, no hay mucha gente que tenga la fuerza de voluntad para bromear aquí.

—No me la han quitado, aún.

—Tengo que presentarte a dos personas más para que conozcas a todos.

—¿A todos?

—Solo falta que te presente a María y Daniel, aunque ya los has visto en las duchas.

—¿Son los que estoy pensando?

—Sí.

—Debes entender que te estoy presentando a las personas de mi estricta confianza y solo a aquellas con las que veo capaz salir de aquí —me dice mientras se quita la toalla y empieza a vestirse delante de mí. Aún me cuesta estar así sin ruborizarme, sin embargo, aquí parece lo más normal. Supongo que les han hecho perder toda clase de vergüenza, y lo más triste, les han arrebatado su propia dignidad—. Hay personas que están muy enfermas, tanto que ni siquiera las has visto en las duchas o en la sala de descanso porque no pueden moverse. Otras están encerradas a cal y canto y atadas a sus camas porque se consideran demasiado peligrosas. Aquí he visto cosas que pondrían los pelos de punta a los mismísimos miembros de la Falange y de la Guardia Civil.

—Va a ser muy difícil escapar de aquí —le susurro.

—Si se actúa coordinadamente, no. Los demás miembros ya lo saben, ahora te toca a ti. A mediodía, los martes, tres guardias de seguridad se marchan, dos se quedan vigilando la puerta y otro pasea por el edificio. La única manera de poder salir de aquí es acabar con ellos.

—¿Y qué hay de las enfermeras o de la directora?

—Ahí es donde entras tú. No hay demasiadas enfermeras, no confíes en ninguna. —Pienso en Rosa, la que me dio la agenda. Parecía maja, pero supongo que tiene razón. No puedo fiarme de nadie—. Son fáciles de esquivar y la única arma que tendrán serán sedantes. Si conseguimos quitárselos...

—Qué bien me ha sentado el agua —interrumpo a Miguel hablando más alto que él para que no lo escuche el guardia que acaba de entrar en los baños.

—¡Vamos! Se acabó el tiempo —nos grita a los únicos dos que estamos ahí.

Viendo que ya estábamos vestidos, nos empuja hacia fuera del servicio. Yo, debido a la humedad del suelo, pierdo el equilibrio y caigo al suelo. Si hubiera resbalado unos centímetros a la derecha, me hubiera golpeado contra el lavabo, con un resultado fatal.

—Mueve el culo, joder —me dice el guardia mientras me levanta de malos modos.

—Damián, no la trates así. ¿Tú nunca te has caído? —Miguel me ayuda a

ponerme en pie—. ¿Te has hecho daño?

—No, tranquilo, solo un poco en el pie. Estoy bien, gracias. —Fulmino con la mirada al guardia de seguridad que Miguel parece conocer.

Después de la ducha, siempre nos dejan una hora de descanso en el que se ha convertido en nuestro salón de reunión. Allí nos dan las medicinas. Cuando está Rosa, se asegura de que tomemos la medicación adecuada, es la única que se preocupa de verdad por los pacientes. A diferencia del resto, no les grita cuando consideran que hacen algo mal, no les pega cuando se niegan a tomar las pastillas ni les pone un mal gesto al hablar con ellos. No sé cómo puede haber acabado aquí, pero es la luz que alumbra la oscuridad de este lugar.

—Tienes que tomarte la pastilla, Sara. —Escucho decirle a una señora mayor.

—¡No quiero! Me estáis envenenando con esa porquería. —Le pega un manotazo en la mano y tira la pastilla al suelo.

Al ver eso, un guardia que vigila la sala se acerca rápidamente, pero Rosa le indica con la mano que se detenga.

—No pasa nada, Javi. Está todo bien. —Vuelve a dirigirse a la señora mayor—. Yo nunca te daría algo que te sentara mal, es la medicación para tu artrosis.

La señora, aunque con reticencias, y con mano temblorosa, recoge al final la otra pastilla que tenía preparada ya Rosa. No debe de ser la primera vez que le tira la medicación.

—Muy bien, Sara. —Le hace una caricia en el rostro a la señora, que le responde con una mirada de desconfianza.

—Sara tiene delirio megalomaniaco —manifiesta Ana—. A veces cree que es una reina francesa del siglo XVIII y nos trata como a sus sirvientes. Parece una vieja simpática, pero cuando le dan esas paranoias, puede ser una pelleja insoportable.

—Lo debe de estar pasándolo mal aquí, sin los cuidados que necesita. —La miro, entristecida.

—Parece buena enfermera, pero no confíes en ella. Me traicionó —me confiesa Miguel al ver que observo a Rosa y Sara con un gesto de complicidad.

—Quiero saber tu historia ya. Si vamos a intentar escapar, necesito confiar en ti.

—Está bien. —Coge su vaso de agua y bebe un largo trago—. Espero que

lo que te voy a contar no influya en nuestro plan.

Hasta hace dos meses y catorce días, Miguel era un médico que había estado trabajando en el manicomio de Miraflores durante tres años y cinco meses. En el lugar había cinco enfermeras y tan solo dos médicos para sesenta y cuatro pacientes. Un número muy bajo. Pronto entendió por qué. Los internos no les importaban una mierda, de hecho, muchas veces tomaban la medicación equivocada y solo él se encargaba de corregirles el tratamiento.

Los meses pasaron y vio cosas de las que sintió verdadero horror: golpes a pacientes, torturas con electroshocks sin anestesia, incluso varias muertes en extrañas circunstancias de las que la dirección del centro jamás se responsabilizó. No obstante, él nunca se marchó porque creía que ayudaba más dentro de lo que podría hacer fuera, ya que tenía claros indicios de que las autoridades estaban al tanto de todo lo que ocurría allí.

Después de tres años trabajando, entró una nueva enfermera con la que hizo una amistad. Ya en los primeros días, se dio cuenta de que Rosa no era como las otras enfermeras: limpiaba a los pacientes cuando, por sus problemas mentales, se les escurría la comida por la boca, no les reñía, sino que los entendía y los hacía recapacitar si rechazaban tomar las medicaciones. Jamás la vio golpear ni amenazar a uno, y su tono siempre fue amable y delicado. Por eso confió en ella.

—Rosa, necesito hablar contigo.

—Claro, dime, Miguel.

—Preferiría que habláramos fuera de este lugar. —Mira alrededor—. ¿Nos vemos a la salida?

—Por supuesto. —Rosa le toca en el hombro, parece nervioso.

Después de las cuatro horas de trabajo de tarde, Miguel salía del manicomio, una vez más, con un sentimiento amargo. Sabía que ayudaba a los internos, hacía que su estancia mejorara en un lugar destinado a morir entre sufrimiento, pero no era suficiente para irse de allí con una sonrisa. Es imposible mostrarla cuando tu trabajo es ver gente sufriendo, personas que han huido de la realidad, porque la fantasía y los sueños es el único momento en el que pueden tener algo de felicidad, aunque esta sea una mentira que se deshace como el papel en el fuego.

Tal y como habían quedado, Rosa lo esperaba, cigarrillo en mano, en frente del manicomio.

—¿Un pitillo? —Se lo ofrece.

—No, gracias, no fumo desde hace mucho tiempo.

—¿De qué querías hablar?

—Hay un paciente en la cuarta planta, en la habitación 54, que me ha pedido ayuda.

—¿Carlos?

—Sí. ¿Recuerdas que entró al mismo tiempo que otro chico? —Duda un momento—. Mario, creo que se llamaba.

—Sí. ¿Qué pasó con él? No lo he vuelto a ver.

—Fue trasladado. Cuando se enteraron sus padres de que Carlos estaba aquí también, se lo llevaron a otro lugar. Precisamente de eso quería hablarte, ha pedido que lo saquemos del manicomio para poder ir a buscarlo.

—¿Te has vuelto loco? Sabes que no podemos hacer eso.

—¿Yo? ¿Acaso no ves lo que hacen en este puto sitio? No puedo dejar que se consuma como lo está haciendo, está volviéndose loco, joder. Solo habla conmigo. Ya tiene hasta miedo a salir de su habitación.

Carlos empieza a caminar para distanciarse del recinto. Rosa lo sigue de cerca, pero ninguno se ha dado cuenta de que la directora los observa atentamente desde la ventana de su despacho.

—No creo que podamos hacer nada, por mucho que queramos, Miguel.

—Si no lo intentamos, nunca lo sabremos.

—¿Por qué? ¿Por qué él?

—Porque me recuerda a mi sobrino. No puedo evitar ponerle su cara cuando lo veo, no puedo contener las lágrimas cuando hablo con él. Han pasado cinco días desde que confió en mí para pedir una ayuda que gritaba en silencio. No sabía a quién acudir. Ni siquiera sé si hago bien contándotelo a ti. Si me traicionas y se lo confiesas a María Eugenia, no sé dónde ni cómo acabaré. —La emoción hace que los ojos de Miguel se quiebren en una multitud infinita de lágrimas que empieza a correr por su rostro.

—Puedes confiar en mí, jamás se lo contaría a esa mujer. —Traga saliva—. Sé de lo que es capaz.

—¿Me ayudarás? —le pregunta con un rostro marcado por la emoción.

—Haré lo que pueda.

—Está bien.

Ambos caminaron durante una hora por las ajetreadas calles de Sevilla antes de despedirse. Compartían su animadversión hacia María Eugenia por su

mano de hierro al dirigir el centro, pero mucho más hacia las otras enfermeras y al médico que tratan con crueldad inhumana a los internos.

Durante dos semanas, planearon cómo sacar a Carlos. A la única conclusión que llegaron es que solo había una forma de liberarlo sin que la directora se enterara. La misma frase que les había dicho cuando entraron a trabajar allí, era la que había conseguido disipar las dudas de su plan: «Solo si un paciente deja de respirar, saldrá de estos muros».

—Hay una forma de sacarte de aquí, pero no va a ser agradable. —Miguel pone gesto serio.

—Qu... quiero salir de aquí. Como sea, por favor. —Carlos, sentado en una esquina, mira nervioso alrededor de la habitación. Tiene el rostro de alguien que se ha dejado llevar por la locura. Sus ojos no miran a ninguna parte concreta, y su cabello está desaliñado y sucio.

—Voy a inyectarte esto. —Le enseña un bote donde puede leerse: «adenosina»—. Esto reducirá al mínimo tus pulsaciones cardíacas. No debes moverte, no debes hacer ni un solo gesto. Cuando se lo comunique a María Eugenia, vendré a por tu cuerpo y te sacaré de aquí.

—¿Es peligroso?

—Sí. — Miguel lo mira compungido—. Carlos, no puedo asegurarte de que nada de esto salga bien.

—No podemos saberlo si no lo intentamos. —Se remanga la bata para que le inyecte el fármaco.

—Antes de hacerlo, debo advertirte una cosa. Nadie puede saber esto. Tus padres, tu hermana, tus amigos... todo el mundo tiene que creer que has muerto, de lo contrario, estarías arriesgando sus vidas.

—Así que tengo que dejar de existir. —Mira hacia abajo.

—No, te estoy pidiendo que inicies una nueva vida, lejos de aquí.

—Está bien, hazlo.

Miguel inicia el procedimiento para la inyección y relaja el músculo. Poco a poco, el líquido va introduciéndose en las venas. Los nervios hacen que Carlos empiece a sudar y sus pulsaciones aumenten antes de que el fármaco actúe.

—Túmbate en la cama y cierra los ojos. Voy a dar el aviso.

La directora acudió a la habitación a los pocos minutos.

—¿Cómo ha sucedido? —pregunta mientras mira seria, sin rastro de preocupación por el paciente, que yacía en el camastro sin hacer ningún

movimiento.

—Parece que se ha suicidado. —Recoge varias pastillas del suelo—. Ha ingerido demasiadas.

—¿Cómo es posible que haya tenido acceso a esa medicación?

—Lo más probable es que no las haya tomado y las haya ido guardando hasta precipitar este trágico final. —Miguel mira el cuerpo mientras su gesto se arruga en uno contrito por la tristeza.

—En fin —mira el cuerpo con desprecio—, encárgate de todo.

—Así lo haré, directora.

Miguel había dispuesto todo para que nadie, salvo Rosa y él, tuvieran acceso al cuerpo de Carlos. Miguel entregó el acta de defunción a la Guardia Civil, en el que constaba que un brote vírico de sarampión era el responsable de la muerte, por lo que se desaconsejaba exponer el cadáver para evitar posibles riesgos. La funeraria se haría cargo de todo, y un amigo de Miguel, militante del PCE, se encargaría de ponerlo a salvo.

—Espera, espera —interrumpo a Miguel y dejo mi agenda y el lápiz en la mesa, sin peligro porque ahora es Rosa la que está con nosotros en la sala—. ¿Qué estás diciendo? ¿Mi hermano sigue vivo? —Mi tono de voz es más alto del que hubiera deseado, pero no puedo contener mi sorpresa.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

«¿Y si fuera todo mentira? Miguel es con la persona con la que más hablo, pero qué me hace pensar que puedo confiar en él, de hecho, fue la propia María Eugenia quien me invitó a conocerlo. ¿Y si ambos están jugando conmigo? Pero él está aquí encerrado también, ¿habrán pactado algo?». Las preguntas se agolpan en mi cabeza como una cadena sin fin. A pesar de querer mantener mi mente clara, no puedo evitar pensar que algo está pasando en mi cabeza.

Ahora mismo, no sé si dudar de quien me ayudó o seguir en la realidad que me ha llevado hasta aquí. No puedo creer que todo lo que he pasado haya sido en vano, que mi hermano haya escapado de este lugar y no se haya puesto en contacto conmigo. Tengo tantas preguntas que no sé si un día llegaré a darles respuesta, quizá antes pierda la batalla que mi mente está librando cada día para no desmoronarse.

Capítulo 8

Sigo mirando impertérrita a Miguel. Han pasado varios minutos desde su revelación, pero no he conseguido pronunciar ni una sola palabra. Ana me agarra del brazo y me dice, con gesto serio:

—¿Estás bien?

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —le pregunto a Miguel. Ignoro a Ana y miro a los ojos de Miguel. Él baja la cabeza.

—¿Acaso hubieras creído a un desconocido? ¿No me hubieras tomado por otro perturbado que te dice exactamente lo que quieres oír? Tenías que confiar en mí, y yo en ti. Es así de fácil.

—Voy a acabar volviéndome loca en este puto sitio.

—No lo harás, porque pronto estaremos fuera.

—Si tú estás aquí, es porque el truco con mi hermano no salió del todo bien, ¿me equivoco?

—Confíe en la persona equivocada. —Mira de reojo a Rosa, quien agacha la cabeza—. No volveré a cometer el mismo error.

—¿Has vuelto a hablar con ella?

—No, no quiero saber nada de ella.

—Entonces, ¿cómo sabes que te traicionó?

—Cuando la directora se enteró, ¿sabes qué hizo? Dos guardias me arrastraron a la sala 74. Allí no hay nada más que una cama, con un colchón lleno de agujeros, roído por las ratas, y con un olor putrefacto. Me ataron de pies y manos y me acercaron una máquina. Al principio, no sabía para qué era, no alcanzaba a verla bien. En el tiempo que llevaba, nunca había estado presente cuando un paciente era llevado a esa sala, de hecho, creía que era una habitación de aislamiento, y que los gritos que, a menudo se proferían en ella, no eran más que uno de los signos de locura que azotan este lugar alejado de Dios.

»Cuando me pusieron los electrodos, llegué a pensar que a partir de ese momento nunca más volvería a ser el mismo; que cuando me mirara al espejo no me reconocería; que si alguien se acercaba, en vez de hablarle, huiría corriendo por temor a que me hiciera algo. ¿Conoces la sensación de temer a morir en vida? Ese fue mi mayor miedo, vivir en un cuerpo con una mente desquiciada.

»Nunca olvidaré su mirada, ni los ojos de odio con los que la directora, esa que viste los hábitos para dejar a un lado su alma corrupta y diabólica, me miraba. Se quedó observando hasta el último momento, viendo cómo me retorció de dolor y gritaba. Grité todo lo que pude, aunque sabía que nadie me ayudaría. Lo que más tristeza me causó fue ver que Rosa acompañaba a María Eugenia Valverde de Castro, de pie, contemplando la escena. Cuando la vi, sentí cómo un puñal me desgarraba el corazón.

—Lo siento mucho —le digo con voz temblorosa—. Estás aquí por haber ayudado a mi hermano...

No puedo evitar sentirme culpable por la situación de Miguel. Desde que conseguí el trabajo con Juan, desatendí a mi familia y a mi propio hermano. Si hubiera estado en Sevilla, podría haber hecho algo para que nada de esto ocurriera. Sin embargo, ahora que empiezo a creer que mi hermano está vivo, tengo un objetivo: luchar con todas mis fuerzas para encontrarlo.

—Fui yo quien decidió ayudarlo, asumí las consecuencias en su momento —me dice, con gesto serio.

—Escuchadme. —Una de las enfermas, de la que ni siquiera sé su nombre, entra acompañada por la directora—. La excelentísima señora de Castro os permite salir al patio para que os dé el aire.

—Si se repite lo que pasó hace un mes —interviene María Eugenia— seréis de nuevo castigados con la reclusión por un periodo, no de quince días como esta vez, sino de treinta. Espero que la poca cordura que os queda —pone una sonrisa que me eriza la piel— sirva para que controléis a quienes quieren privaros del placer de la luz del sol, o de las caricias del agua rozando vuestra piel cuando llueva. Insensateces como las de Julián serán duramente reprimidas. —Hace una pausa antes de irse—. Se castigará a quien las haga y a quien las permita.

—Bajad por las escaleras en orden y sin alboroto —dice la enfermera, que no se despega del lado de la directora.

Al contrario de mis compañeros, corro hacia las escaleras para bajar la

primera. Siento que desde hace meses la luz del sol no abraza mi piel. Tengo la necesidad de que me envuelva con sus rayos solares, de que me atrape y de que, por un momento, me olvide de que estoy en una jaula de la que nadie puede escapar, no al menos sin distraer al despiadado carcelero.

Cuando abren la puerta que conduce al patio, una luz me ciega los ojos y tengo que cerrarlos varias veces hasta que se acostumbran a volver a verla. No es igual observar el paisaje desde una ventana traslúcida que desde aquí. La sensación ahora es maravillosa, aunque agri dulce.

No es un patio muy grande y está bastante descuidado, las hierbas crecen en los entresijos del suelo y estamos rodeados por unas verjas como las de la entrada, con arbustos que las cubren y no dejan ver más allá. Han puesto varias mesas de madera en la mitad del patio, y hay varios juegos de mesa sobre ellas. Con toda probabilidad, haya sido un detalle de Rosa, a quien veo que nos atiende desde la puerta de acceso. Su mirada de complicidad, su sonrisa al verme sonreír y dar vueltas alrededor de mí misma, como si estar aquí significara mi libertad, hace que la mire con otros ojos. No creo que sea mala persona, menos aún una traidora. Sin embargo, tampoco puedo dejar llevarme por mi ingenuidad, pues las apariencias suelen engañarnos más de lo que desearíamos.

Durante un momento, abro todo lo que puedo los brazos e inhalo la máxima cantidad de aire para luego expulsarlo por la boca. No recordaba la sensación de respirar el aire puro y limpio. Solo el que haya sido privado de la libertad durante semanas, sin que la brisa del aire golpee su rostro ni una sola vez, lograría entender esta sensación.

—Te está mirando todo el mundo —me dice Ana, con gesto arisco.

—¿Sabes cuánto tiempo hacía que no salía?

—Sí, el mismo que nosotros.

—Disfrutad de esta brisa y del sol de Sevilla —digo en voz alta mientras paseo, como una niña que acaba de aprender a andar. Mi cabello vuela al son del movimiento y del aire.

—Ten cuidado, Marta. ¿Sabes por qué nos dejan salir?

—No. —Cambio el gesto al ver el rostro serio de Miguel.

—¿Qué haces cuando quieres darle fruta a un niño, y él quiere gominolas?

—Hace un silencio. No sé si espera que le responda, pero no sé a dónde quiere llegar, así que opto por mantenerme callada—. Conviertes la gominola en un premio, ¿verdad? Esto es lo mismo.

—No entiendo qué quieres decir.

—Venir aquí es un premio por habernos portado bien —me explica Ana—. Nos tratan como a putos críos. Si alguien se porta mal, nos dejan sin el premio a todos. ¿No te das cuenta? El miedo a perder ese premio es lo que hace que nadie se revele contra la directora. Han convencido a todos de que, si siguen sus directrices y traicionan a sus compañeros, tendrán ventajas: más comida en el almuerzo, una cama que no esté casi más dura que la mierda del suelo...

—Por eso no habláis con nadie más... —Miro a mi alrededor y veo a decenas de personas solitarias. Se miran, pero no se acercan a mantener una conversación. Se cruzan, mas sus mentes parecen ir por separado a sus cuerpos—. No parecen personas —pienso en voz alta.

—Lo fueron en su momento —interrumpe una voz extraña, aunque cuando lo miro reconozco que es Daniel, el chico de las duchas—. Cada una de las personas que ves, con el tratamiento correcto, podrían haber sido personas como tú y como yo, como él y como ella. —Mira a Miguel y a Ana—. Este lugar los transforma.

—¿Ves a José? —me pregunta Miguel—. Es ese chico de ahí, el que está sentado en las escaleras. —Lo veo mirando cabizbajo al suelo—. Antes era como nosotros. Hablaba. Se reía de sus propios chistes. Era de los pocos que aquí ponían una sonrisa, pese a estar en un lugar que nos condena a la tristeza perpetua.

—¿Qué le ocurrió?

—Tiene esquizofrenia paranoide y ha ido a peor. Un día se descontroló tanto que hirió a una de las enfermeras. Él dice que vio una sombra en la puerta y que iba a por él, que quería matarlo. Intentó escapar por todos los medios. Cuando vio que no tenía escapatoria, se encaró con un guardia, cogió su pipa y casi se vuela la cabeza. Por suerte, no supo quitarle el seguro —me contesta Miguel.

—Pues yo hubiera preferido que esa pistola me reventara la cabeza a que luego me frieran el cerebro con sus mierdas —le replica Ana echando una mirada, con gesto de amargura, a José.

—El doctor Pellicer es más sádico que la directora —responde Daniel.

—¿Quién es el doctor Pellicer? —pregunto.

—Era mi superior —me contesta Miguel—. Cuando empecé a trabajar aquí, creí que todo lo que me contaron de él era algo así como leyendas y exageraciones, pero un día vi una escena que se me quedó grabada para

siempre.

El primer día que Miguel entró a trabajar en el manicomio de Miraflores fue cuando conoció al doctor encargado del centro. Parecía un tipo agradable, incluso gracioso a veces. Un hombre ya con el pelo de la barba canoso, en la cabeza no tenía ni rastro de cabello, se presentó como el doctor Pellicer, el que sería el superior directo del nuevo médico.

—Usted debe de ser Miguel. —Le extendió la mano—. ¿Es la primera vez que trabaja en un manicomio?

—Sí.

—Se encargará de supervisar la medicación de los pacientes y comunicarles a las enfermeras cualquier cambio. De ese modo, se ocupará de los tratamientos ordinarios, y yo podré dedicarme a mis investigaciones.

—¿Sobre qué está investigando?

—Es confidencial. —Pone una sonrisa mostrando sus dientes, algo amarillentos debido, sin duda, a su hábito de fumar una caja diaria de cigarrillos—. Tenga —le entrega una montaña de papeles—, aquí tiene las fichas de los pacientes, la medicación que toman y su historial clínico.

—De acuerdo, hoy mismo lo revisaré, doctor.

Cuando llegó a su casa, ya con la luz del sol desapareciendo y el alumbrado encendiéndose, encendió el gas para hacerse la sopa que, desde hacía días había querido degustar para recordar los momentos en los que su madre, ya fallecida, se la servía de pequeño.

A la luz de una lámpara, igual de vieja que la casa, empezó a revisar los documentos mientras catava su cena, más salada de lo que le hubiera gustado.

—No puede ser. —Fue pasando los papeles mientras negaba con la cabeza—. Les están dando medicamentos contraindicados —pensaba en voz alta para sí mismo.

No en todos, pero sí en la mayoría de los documentos tuvo que hacer anotaciones: tachar los fármacos para poner otros que sí fueran los adecuados. No entendía cómo en un manicomio, supervisado por un doctor como el señor Pellicer, se había permitido que tantos pacientes tomaran una medicación desaconsejada, e incluso contraindicada.

Durante toda la noche, se encargó de elaborar un informe, con los medicamentos que necesitaba cada paciente y con las recomendaciones que debían seguir las enfermeras para atenderlos de una forma adecuada.

—Doctor —Miguel fue a su despacho nada más llegar al manicomio—, he encontrado irregularidades en los expedientes clínicos. Hay apartados sin rellenar y medicamentos que, desde hace años, están siendo sustituidos por otros mejores.

—Pues comuníquese a las enfermeras y encargue los nuevos. Para eso lo hemos contratado. —Se levanta de su mesa y me invita a salir—. He de proseguir con mis investigaciones.

—De acuerdo, doctor.

A pesar de la resistencia de la enfermera jefe, Miguel consiguió ir sustituyendo los medicamentos adecuados para los pacientes, salvo los que tenían un precio muy elevado, puesto que, según Montse, no había presupuesto para ellos.

Ir al manicomio se había convertido en una rutina. Iba cada mañana a las ocho, salía para comer, volvía a las cuatro y se iba a las siete y media. Todo fue igual, salvo un día que, por azar del destino o de la imprudencia, entró buscando al doctor a su despacho. Antes de irse, vio al fondo una luz titilante que se veía a través de una puerta entreabierta, como si el que la hubiera querido cerrar tuviera tanta premura que se hubiera olvidado de hacerlo.

Escuchó unos gemidos, pero no supo qué era hasta que, por desgracia para su memoria, vio la escena más horrible que sus pupilas habían contemplado nunca. El doctor estaba practicando una lobotomía mientras la paciente, una joven de no más de treinta de años, intentaba zafarse. Las correas que la ataban de pies y manos a la silla eran más fuertes que ella. La mordaza impedía que pidiera la ayuda que necesitaba.

Quiso entrar en la habitación, pero el miedo lo amarró al suelo. Quiso gritar, mas sus cuerdas vocales no fueron lo bastante hercúleas como para vencer a una mente aterrada.

—Tranquila, te curaré tu malsana obsesión hacia las mujeres —le susurró el doctor mientras las pupilas de la mujer no sabían dónde fijarse, y su sudor recorría su frente y su rostro.

Miguel no pudo mirar cómo el doctor introdujo el objeto metálico a través de la órbita ocular. Era consciente de lo que estaba haciendo y no podía verlo. Le era imposible. Fue alejándose de la puerta lo más sigilosamente que pudo para salir del despacho, con los ojos enrojecidos, quizá por la tristeza, quizá porque fue un momento del que se arrepentirá toda su vida por haber sido tan cobarde.

Desde ese día, aprendió que los monstruos a veces se disfrazan de rostros sonrientes, que un ser abominable también puede reír y ser, incluso, agradable. Detrás de una careta con la que poder engañar a familiares y amigos, se ocultaba el verdadero rostro de alguien a quien no le importa lo más mínimo que sufra otro ser humano. Un monstruo.

—Eso es horrible. —Alcanzo a decir, aunque con voz trémula, después de que haya acabado de contar lo que le ocurrió.

—De no haber sacado a tu hermano de aquí, hubiera acabado como la mujer que yo no me atreví a salvar. Quizá, ahora entiendas por qué me arriesgué tanto con tu hermano. No me hubiera perdonado volver a mirar hacia otro lado.

—¿Sabes qué le ocurrió a la mujer?

—Nunca más la volví a ver, así que me temo lo peor...

—Por hoy —habla en voz alta una de las enfermeras—, se ha acabado vuestro tiempo de recreo. Volved adentro, que no os lo tenga que repetir.

La mayoría de los pacientes obedecen a la enfermera. Tiene un gesto duro y unas considerables dimensiones que provocan que los internos la respeten y no discutan sus decisiones.

Mis compañeros ya casi están en la puerta de entrada. Yo, en cambio, me quedo un instante sola mirando el edificio en el que de nuevo seré encerrada. Necesito unos segundos más de este aire liberador, de esta melodía que suena a libertad en mi cabeza. Por un momento, me imagino fumando un pitillo y viendo cómo el humo se evapora según lo golpean las delicadas brisas de Sevilla.

Es liberador hasta que la enfermera me interrumpe:

—¿Estás sorda o qué? —Me agarra del brazo y me lleva hasta la puerta—. Te he dicho dos veces que entraras.

—Me hace daño. —Le intento quitar su grasienta mano de mi brazo, pero sigue apretando con la misma fuerza.

—Así, para otra vez obedecerás.

Cuando vamos a entrar, me empuja con tal virulencia que caigo al suelo.

Al abrir los ojos, lo primero que veo son unos zapatos negros, con una delgada línea de tacón, lo justo para que suene al caminar. Al mirar hacia arriba, veo el rostro de la mujer que me ha encerrado aquí.

—¿Ha ocurrido algo, Montse?

—Nada importante, directora. No se enteraba de que había acabado el recreo.

Logro incorporarme y camino unos pasos hasta colocarme en frente de la directora. La enfermera se coloca con rapidez a mi lado y me sujeta antes de poder hacer nada.

—¿Quería algo, señora Urriaga?

Aprieto los dientes y el puño todo lo que puedo, hasta que mis nervios consiguen superar mi deseada, pero no conseguida, cautela:

—¡Te mataré, juro que te mataré!

—No es la primera que me dice eso. —Se acerca más a mí y me agarra el mentón con su mano derecha—. Y le aseguro que no será la última, señora Urriaga. Llévala a su habitación.

Capítulo 9

No sé cuánto tiempo llevo aquí ya. Puede que no haya pasado ni un año, aunque a mí desde luego me lo ha parecido. He perdido algo de peso, pero me he acostumbrado a la mierda de comida que sirven, así que no estoy tan esquelética como otras internas que, aunque lleven mucho más que yo, parece que aún siguen esperando que les pongan un manjar, como si a las enfermeras les importara que dejaran la mitad en los platos.

Apenas me queda ya lápiz para escribir en la agenda que me dio Rosa. Hace días, María y Dani, como me ha dicho que prefiere que lo llame, me contaron su historia y no he podido anotarla. Ni siquiera sé por qué pongo tanto empeño en escribir las historias de gente que casi no conozco. Supongo que es la única manera de no volverme loca, al menos no más.

Llevo varias semanas, o meses, compartiendo habitación con Óscar. Es un chico agradable y aún no he tenido ningún problema a causa de su trastorno. Tenemos la misma relación que dos compañeros de piso, con la excepción de que aquí solo compartimos una habitación minúscula y no hay nada que hacer, salvo rogar piedad a un Dios que nos ha abandonado o que, como llevo años pensando, no existe nada superior que pueda acabar con la maldad que solo el ser humano es capaz de demostrar.

—Tienes que haberlo pasado muy mal —interrumpo el incómodo silencio que se había creado después de venir del desayuno.

Hubiera deseado compartir habitación con Miguel o con Ana para tener a alguien con quien poder hablar de verdad, y no conversaciones artificiales que ni siquiera impiden la condena del aburrimiento.

—Todos los que estamos aquí lo hemos pasado mal en algún momento. Al menos aquí no hago daño a nadie. —Se tumba en la cama. Yo estoy sentada en la mía, justo en frente de él.

—¿Crees que es bueno para ti estar aquí?

—No es el mejor lugar, pero no estoy preparado para salir al mundo real. Podría ser peligroso para los demás.

Apenas me dirige la mirada cuando hablamos.

—En este sitio nos tratan peor que a animales.

—¿No es lo que somos? —Acaba tajante la conversación girándose al lado. Es su forma más sincera de decirme que no quiere seguir hablando.

—Es en lo que quieren convertirnos —digo en voz alta, aunque es más un pensamiento para mí misma.

Después de varias horas, en las que mi único entretenimiento ha sido mirar el techo, ha venido una enfermera a avisarnos de que teníamos que ir al comedor. Aquí la vida se reduce a eso: comer y dormir. Ni siquiera sabemos qué hora es. Nadie es capaz de controlar el tiempo, pero aún peor es no saber nada de él. Es una de las peores sensaciones que he experimentado en toda mi vida.

Antes de reunirme con mis amigos, si es que pueden llamarse así, veo a Rosa en la puerta de entrada al comedor y voy a hablar con ella.

—Necesito otro lápiz —le susurro en voz baja—. Ya no me queda punta.

—Está bien. Ve a comer y ahora te lo llevo. —Pone una media sonrisa.

Sé que se está jugando mucho por algo tan banal como un lápiz, pero es mi salvación. Ella es consciente de eso.

—Gracias.

Después de comer, hoy hemos tenido suerte y nos han dado algo de fruta en buen estado, nos dejan un tiempo en la sala de recreo. Rosa, cuidándose de que nadie la viera, me entrega otro lápiz, sin embargo, sus ojos se abren de par en par cuando escucha a una interna:

—¡Le ha dado algo! —grita histérica mientras se acerca señalándome con el dedo índice, en un gesto casi amenazante—. ¡Esta enfermera le ha dado algo! Yo también lo quiero.

Sigue avanzando hasta que se coloca delante de mí y me zarandea mientras insiste en que le dé lo que me ha dado Rosa.

—¡Seguridad! —Rosa intenta separarla, pero tiene demasiada fuerza. Me está haciendo daño, sin embargo, no puedo dejar que más gente vea lo que me ha dado. No puedo hacerle eso a quien me está haciendo la vida un poco más fácil en este lugar—. Montse, joder, llama al de seguridad.

—Tú —la enfermera se dirige a Miguel, que quería venir a ayudarme—, siéntate.

Montse, a quien reconozco como la sanitaria que me agarró del brazo aquel día en el patio, se acerca, aparta a Rosa y agarra del brazo, con virulencia, a la paciente que me estaba zarandeando.

—Pero le ha dado algo. Le ha dado algo —insiste la mujer, que sigue desquiciada y apuntándome con el dedo.

Montse, sin tener en cuenta la probable esquizofrenia que sufre la chica, le propina un guantazo que la obliga a retroceder y a apoyarse en una de las mesas para no caer al suelo. Empieza a llorar, como si se tratara de una niña pequeña, y corre a una esquina para quedarse agazapada en ella.

—Si vuelves a gritar, te daré más fuerte. Tú —se gira y me dirige una mirada airada—, ¿qué tienes ahí detrás?

La miro asustada. No sé qué hacer.

—No tengo nada, de verdad.

—Enséñame las manos de una puta vez.

Es la primera vez que mi cuerpo entero tiembla al mirar a una mujer, incluso siento la sensación de querer miccionar. Resisto, pero sus ojos, copados por una rabia inhumana, me provocan un terror que nunca había vivido. Opto por enseñarle las manos.

—¿Te crees que soy idiota? —Me mete la mano por dentro de las mangas de los brazos y las sacude boca abajo.

Mi corazón se paraliza cuando veo caer el lápiz que me ha dado Rosa. El ruido al golpear el suelo repetidas ocasiones me retumba en los oídos, como un estridente sonido que no puedo parar en mi cabeza.

Nunca he tenido miedo a romper las reglas que rigen esta sociedad autoritaria e intransigente, esta vez, es diferente. Mis ojos empiezan a enrojecerse y me caen algunas lágrimas mientras miro con rabia a la mujer que me ha dejado vendida. Trato de decirme a mí misma que ella no ha tenido la culpa, mas parece que mi cuerpo no quiere atender a ello, y corro hacia la interna que me ha delatado.

—¿Por qué has tenido que hacer eso? —le grito a la cara, la levanto del suelo y la pongo contra la pared.

Cuando me doy cuenta, veo el rostro de una mujer enloquecida, no el de ella, sino el mío. Sus pupilas me permiten ver la cara de alguien que ha perdido parte de su alma, de su cordura.

—Basta ya —grita Montse, que me empuja hacia donde está Rosa—. ¿Se lo has dado tú? —le pregunta después de haberlo recogido.

—Sí... sí... ella se lo hizo. Yo lo he visto. —Vuelve a interceder la interna ante la atenta mirada de todos los demás, que enmudecen mientras contemplan la escena.

—Responde, Rosa.

—Sí, se lo di. —Agacha la cabeza.

—Sabes que están prohibidos, joder. —Rompe el lápiz por la mitad—. Tengo que informar a la directora.

—Montse, no lo hagas, por favor. —Rosa la agarra del brazo y se lo vuelve a pedir—. No le digas nada.

—Tengo que hacerlo, lo sabes.

Cuando menos lo espero, Rosa se funde conmigo en un abrazo y se derrite en lágrimas. Puede parecer un detalle risorio el de dar un lápiz a una interna, pero en este sitio nunca se sabe. Quebrantar una ley puede suponer un castigo tan severo que prefieras morir a seguir viviendo.

—Lo... lo siento... lo siento. —Apenas puedo articular palabra sin que me tiemble la voz.

—No es culpa tuya. —Trata de recomponerse y se separa de mí. Su gesto, el de secarme las lágrimas con su dedo pulgar, me conmueve—. Cuando nos llame la directora, haz lo que te diga, sin rechistar, de lo contrario, será mucho peor.

—Está bien.

—Prométeme que harás todo lo que diga.

—¿Por qué? ¿Qué me pedirá?

—Prométemelo, por favor.

—La directora os espera en su despacho. —Montse no tardó ni siquiera diez minutos en volver, un tiempo insuficiente para asimilar las consecuencias de nuestros actos.

Bajamos las escaleras lo más despacio que podemos. Aun así, no tardamos más de unos segundos en llegar a la segunda planta, donde se encuentra el despacho de la directora. Recorrer el pasillo se me hace eterno, supongo que es la misma sensación que tiene un condenado a ser fusilado, en esos minutos previos a que una bala atraviese su cuerpo y le arrebatase su vida.

Llegamos a la puerta y un extraño escalofrío recorre mi cuerpo desde la cabeza hasta los pies, vestidos con unas pantuflas que apenas protegen al pie de la dureza del suelo.

Rosa llama dos veces a la puerta.

—Adelante —responde con voz grave.

—Buenas tardes, María Eugenia.

—Buenas tardes —contesta y se levanta mientras se coloca su hábito—. No sé por qué me imaginaba que el problema lo habría causado usted, señora Urriaga.

—No hemos hecho nada. —Sé que no servirá, pero no puedo evitar responder. Es innato a mí—. ¿Tener un lápiz es delito?

—Las normas es lo que rige el mundo de los hombres, y en este sitio, las normas son fundamentales para mantener el orden.

—¿Mentir no es pecado? —le pregunto mirándola directamente a los ojos—. Todo lo que me contó Marcos, lo del suicidio... fue una puta patraña para ocultar que un interno había escapado de aquí.

—He cometido muchos pecados, señora Urriaga, pero todos han sido para salvaguardar el legado de Dios y la seguridad de esta institución. —Se adelanta unos pasos hasta ponerse en frente de nosotras—. ¿Rosa fue quien le dio el lápiz?

—Sí. —Rosa se adelanta a mi contestación—. Me lo pidió y se lo di junto con una agenda. No debí hacerlo, lo siento.

—Creía que ya habías aprendido las normas de este sitio. —La directora se dirige a un armario. Veo, con ojos atónitos, que tiene una serie de varas ordenadas de menor a mayor grosor—. ¿Cuál crees que sería la adecuada esta vez?

—Por favor, no lo haga. —Rosa me aprieta la mano con fuerza mientras mira con estupor a la monja acercarse con la vara de grosor medio en la mano.

—Aún no estás preparada para trabajar en este lugar. Sigues tratando a esos enfermos como personas normales. —Alza la voz y se coloca detrás de su escritorio con las manos apoyadas sobre él. Ha dejado la vara en frente de nosotros—. ¿No ves que son aberraciones que han sido castigadas por nuestro Señor?

—Son problemas mentales... —responde en voz baja y mirando al suelo.

—Toma. —Le pasa la vara a Rosa—. Cógela.

—¿Para qué?

—Para castigar a la interna que ha incumplido una de las normas, por supuesto.

—Sabe que no puedo hacerlo.

—¿Prefieres que os castigue a las dos?

—Hazlo —le ordeno.

Mi mirada de odio hacia la directora contrasta con la suya, parece que está disfrutando de la situación. Rosa, con la mano temblorosa, me obedece y coge la vara.

—Con la derecha —le ordena con gesto serio la directora.

—No puedo. —La tira al suelo.

—Hazlo, joder. —Recojo la vara y se la doy—. Fue culpa mía, no tuya.

—Entrañable. Tienes diez segundos. Diez, nueve, ocho...

—¡Hazlo ya! —insisto, casi gritando.

—Cinco, cuatro...

Al fin, Rosa consigue golpearme con la vara hasta tres veces. Lo hace sollozando, pero la directora ya tiene lo que quería, su sonrisa de satisfacción lo demuestra.

—¿Ya? —le pregunta con voz rota.

—No, sabes que mínimo son diez. Y tienen que ser más fuerte, así que vuelve a empezar.

—De acuerdo, directora.

—«No tengas en poco la disciplina del Señor —empieza a recitar un pasaje de la Biblia, mientras camina por el despacho, a la vez que se regocija del sonido de la vara al golpear en mis glúteos—, ni te desanimas al ser reprendido por él, porque el Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Es para vuestra corrección que sufrís. Dios os trata como a hijos porque ¿qué hijo hay a quien su padre no discipline?».

—¿Conoce las Sagradas Escrituras, señora Urriaga?

—Nunca fui demasiado religiosa —le digo apretando los dientes y fingiendo una sonrisa. No quiero que me vea sufrir. No quiero darle ese placer, aunque no puedo evitar que se me escape una lágrima, que va a parar al escritorio de la directora.

—Ya está —asegura Rosa y arroja la vara al suelo, como si estuviera sujetando el mismísimo fuego de Prometeo.

—Yo he contado solo nueve. —Aun siéndole algo complicado por su hábito, María Eugenia se agacha, recoge su vara y la lleva a su armario, donde la coloca con sumo cuidado.

—Fueron diez, directora.

—Me temo que el último será más doloroso por querer engañarme. — Ignora las palabras de Rosa y roza con su mano derecha el resto de las varas.

Coge una de las más gruesas—. Esta servirá.

—¡Han sido diez! —grita Rosa con todas sus fuerzas. Yo me encuentro mal, mareada y algo aturdida. Si no me sujeta Rosa, me hubiera desplomado al suelo—. No aguantará otro golpe.

—Está bien. Igual que Dios, yo también sé perdonar. No obstante, si vuelve a repetirse, el castigo será mucho peor —hace una pausa y nos mira a las dos— para ambas. Espero —ahora se dirige a Rosa— que esta vez hayas aprendido que aquí las normas se respetan. Siempre.

Apenas puedo escuchar las últimas palabras de Rosa porque caigo desplomada al instante. Esta vez, no le ha dado tiempo a sujetarme y mi cuerpo no ha soportado más la tensión.

Después de un momento, no sé cuánto tiempo, puedo abrir los ojos, aunque tengo un dolor intenso en la cabeza, no sé si fruto del golpe o de alguna medicación. No siento dolor en los glúteos, pero sí noto un pinchazo en el brazo. No puedo saber qué me han dado, pero agradezco dejar de sentir ese dolor tan intenso.

Estoy en una sala desconocida para mí. No es mi habitación. Solo hay una ventana por la que entraría la luz, si no tuvieran las persianas bajadas del todo. Dos grandes lámparas alumbran la estancia. Me recuerda al despacho de la directora, pero es un poco más pequeño y no está adornado por los tantísimos crucifijos de María Eugenia.

—¿Hola? —pregunto con voz trémula.

—Te has despertado antes de lo que esperaba. —El hombre, con unas ojeras muy marcadas, ha salido de una sala adyacente del despacho.

—¿Dónde estoy? —Trato de levantarme, pero mis piernas flaquean.

—No hagas esfuerzos todavía. —Me sujeta y me ayuda a sentarme. Vuelvo a sentir una pequeña molestia en el brazo derecho—. La medicación tardará unos minutos en hacer efecto.

—¿Qué me has dado? ¿Quién eres? —pregunto asustada.

—Tranquilízate, te he dado solo un simple nolotil inyectable. —Se sienta en su silla en frente de mí.

—Respóndeme, ¿quién eres?

—Soy el médico jefe del manicomio de Miraflores, el doctor Pellicer.

Capítulo 10

Por un momento, mis ojos se clavan en un punto fijo y contengo el aliento. El silencio inunda la sala. Él pone una sonrisa fingida y no deja de mirarme, a pesar de que es obvio que me hace sentir incómoda.

—¿Te ocurre algo?

—No, pero quisiera irme a mi habitación para descansar.

—¿Por qué no hablamos un poco? No nos conocemos. —Se levanta y cierra la puerta del despacho.

—No quiero hablar. —Consigo ponerme en pie y me dirijo hacia la salida.

—Siéntate. —Endurece el tono—. Puedo ser menos agradable. Claro que... no me gustaría con una mujer tan hermosa como tú. —Me agarra del brazo, sin apretar demasiado fuerte, y me señala la silla.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunto mientras me vuelvo a sentar.

—Hablar un rato. En este sitio, rodeado siempre de perturbados, es imposible mantener una conversación civilizada con alguien. Tú eres diferente. Lo noté la primera vez que te vi, con ese cabello pelirrojo tan bonito y con esa cara redonda, propia de las españolas más guapas. No puedes ser igual que la escoria...

—¿De qué quieres hablar? —Lo corto en seco y me aparto un poco para que me deje de tocar el pelo y la mejilla con sus dedos marcados por las arrugas de los años. Me produce náuseas—. ¿Rosa sabe que estoy aquí?

—Tu pelo ha crecido demasiado, deberían recortarlo y rizarlo para dejártelo como cuando entraste aquí. —Acerca su cara y me huele el cabello. Luego, vuelve a sentarse en su silla—. Por supuesto, ella fue la que te trajo para que te hiciera un chequeo. Se lo ordenó la directora.

—¿Qué me pasó?

—Tenías mucha fiebre. Además, es probable que la hermana María Eugenia se pasara con su castigo y provocara tu desvanecimiento. Nada grave,

tranquila.

—Gracias por atenderme. ¿Podría irme ya?

—¿Por qué tanta prisa? ¿Acaso tienes algo más importante que hacer? —
Suelta varias carcajadas. Yo finjo una sonrisa

—No, pero no me agrada tu compañía.

—¿Y eso por qué, querida? —Se ajusta bien la pajarita, de un horrendo color azul claro, a su camisa blanca de cuadros.

—Me han contado cosas de ti.

—¿Quién? ¿Miguel?

—Sí, y otros.

—Te aseguro que no debes creer nada de lo que digan. Este lugar puede hacer que las mentes inventen cosas que jamás han existido, crear historias donde nunca hubo nada. Miguel te habrá hablado de la habitación 74, ¿verdad?

—¿Cómo sabes eso?

—Porque lo ha contado tantas veces que al final ha hecho que todo el mundo se lo crea.

—¿Y a quién se supone que tengo que creer? ¿A ti, un doctor a las órdenes de una perturbada que me ha encerrado aquí sin ninguna orden judicial y sin tener ninguna enfermedad?

—Mataste a tus padres, Marta, no lo olvides. Ni siquiera recordabas que lo habías hecho, pero había demasiadas pruebas que te incriminaban.

—¡Yo no maté a mis padres! —grito, encolerizada.

—Apareció ropa tuya con sangre. —Saca de un cajón unos papeles y los tira delante de mí. Se ven varias fotografías con un pantalón y una camiseta mía con manchas de sangre—. Además, un testigo asegura que fuiste la última en ver a tus padres con vida.

—No es verdad, yo no hice nada de eso.

—A veces, no somos dueños de nuestros actos. Este lugar es el mejor ejemplo de ello. Muchos de los internos te dirán que no cometieron los delitos de los que se les acusa, algunos, incluso, negarán su propia enfermedad. ¿Sabes? La locura, la pérdida de la razón con la que Dios nos dotó, es la gran debilidad del ser humano. Creer que estás bien cuando tu cerebro ha sido capaz de destruir la realidad, de deformarla tanto que vives en un mundo ajeno al de tus semejantes. Tu mente puede ser una cárcel aún peor que este lugar.

—No, fui mi marido quien preparó todo esto. Él quiso chantajearme. ¡Fue él, joder! —Me estoy volviendo a poner demasiado nerviosa, tanto que noto

cómo la temperatura de mi cuerpo empiece a subir otra vez.

—Tu marido nunca ha venido a este lugar. Es probable que ni sepa que estás aquí.

—Él firmó el documento de entrada.

El doctor se levanta y camina unos pocos pasos, haciendo resonar sus zapatos, con un ligero tacón, hasta llegar a su archivador. Pasa varias carpetas hasta dar con la que le interesa, de ella, extrae un delgado papel verde.

Me lo entrega y comienzo a leer:

—«Su señoría, don Blas Piñar, autoriza el ingreso en el manicomio de Miraflores de doña Marta Urriaga Sánchez, por presentar claros signos de locura y otros indicios de enfermedades mentales, que tendrán que ser diagnosticadas y tratadas en dicha institución, presidido por la excelentísima María Eugenia Valverde de Castro».

—¿Quién firma el documento? —Me incita a seguir leyendo.

—«Firmado por el juez Blas Piñar y el doctor Pellicer» —leo en voz alta.

—¿Ves? Tu marido nunca ha estado aquí. Te lo aseguro.

—Es... esto no puede ser cierto.

—¿Para qué te iba a mentir? —Pone una mueca.

—Quiero irme. —Me levanto de la silla y me dirijo hacia la puerta.

—Es una lástima que hayas acabado aquí. —Me abre la puerta y me invita a salir—. Hablaremos más veces.

Después de salir, veo a Rosa en el pasillo. Tiene cara de preocupación y parece nerviosa, el movimiento constante en su pierna derecha la delata.

—¿Me esperabas? —le pregunto.

—Sí, quería saber cómo estabas.

—Solo fue un desmayo, nada grave.

—Me alegro de que no haya sido nada. Te acompaño a tu habitación, debes descansar.

Recorremos el pasillo en silencio hasta las escaleras que conducen a mi planta. No dejo de pensar en los documentos que me ha enseñado el doctor y en sus palabras. «¿Cómo alguien va a matar a otra persona y no acordarse? ¿Y si hubiera pasado, por qué le iba a hacer daño a mis padres?», pienso para mí.

—Te ha dicho algo el doctor sobre Miguel, ¿verdad?

—Sí, y sobre mí.

—No confíes en él —me dice en voz baja—. Miguel es la mejor persona que he conocido nunca.

—Él no dice lo mismo de ti.

—Lo sé. No creo que nunca pueda perdonarme que esté encerrado en este lugar. Aquí el miedo puede hacer que traiciones a la persona a la que quieres. A veces, no nos queda otra opción.

—Siempre hay más opciones, pero pueden ser mucho peores, como hace un instante. Hay que elegir la menos mala, aunque luego siempre pensemos que es la peor. —Hay un silencio—. Me han quitado la agenda, ¿verdad? —le pregunto cuando ya estamos llegando a la habitación.

—Sí, lo siento, no he podido hacer nada.

—No te preocupes. He tenido mucho tiempo de leer lo mismo una y otra vez, así que lo tengo grabado en mi cabeza. Cuando salga, escribiré todo lo que ha ocurrido aquí para que la verdad y la memoria de las víctimas perdure.

—Me recuerdas mucho a mí. —Me acaricia el hombro—. A las ocho te traeré la cena para que puedas descansar.

—Gracias, Rosa. —Le pongo una sonrisa forzada.

Las horas pasan muy lentas. Antes podía escribir y leer lo que yo misma había redactado, ahora esa burbuja de libertad se había esfumado. Aunque fuera repetitivo, era más divertido que estar mirando al techo o dormir, no por cansancio, sino porque no tienes otra cosa que hacer.

—¡A cenar! —Escucho decir a una de las enfermeras al otro lado de la puerta. Después, veo cómo la abre sin dedicarnos ni siquiera una mirada. No somos nada para ellos.

A los pocos minutos, oigo los pasos de otra persona. Debe de ser Rosa.

—Hola, Marta, te traigo la cena. Les he dicho que te echaran un poco más para que recuperaras fuerzas. —Me da la bandeja, esta vez con una ración de cerezas, algo que no me esperaba en invierno—. Sé que no es gran cosa...

—¿En qué mes estamos?

—Estamos a quince de mayo, ¿por qué?

—¿Mayo ya? Llevo cinco meses aquí metida... —Remuevo la sopa con la cuchara. No tengo ganas de comer nada, pero necesito meter algo en el estómago.

—Quería contarte algo.

—¿El qué?

—Juan ha venido varias veces al manicomio para verte.

—¿Cómo? —Le agarro las manos.

Rosa muestra una sonrisa tierna al ver mi reacción, mis ojos han debido de

recuperar algo de su brillo natural.

—Le han estado dando largas, pero ya no podrán hacerlo mucho más tiempo. Viene cada dos sábados, a las once. Voy a intentar convencer a la directora de que podría ser peor no dejar veros.

—¿Pero y si te hace algo? ¿Te vas a arriesgar por mí otra vez?

—Marta —se sienta a mi lado—, hace varios meses decidí ser cobarde y que el miedo hablara por mí, no puedo permitir que vuelva a pasar otra vez. Soy, o al menos lo intento, una buena persona. Y tienes razón, siempre hay opciones, la vida consiste en elegir la menos mala.

—¿Por qué conmigo y no con otros?

—La mayoría de los internos, como tu compañero, han cometido errores y causado tanto daño que pienso que están mejor aquí y no en la calle. En lo que puedo, procuro hacerles la vida un poco más fácil, pero tú —niega con la cabeza a la vez que cierra los ojos y se le escapa una lágrima—, tú no deberías estar encerrada.

—¿No crees que matara a mis padres?

—Claro que no. —Hace un ademán de carcajada mientras limpia sus ojos llorosos con un pañuelo que saca de su bata—. Tienes un buen corazón. Sé reconocer a alguien cuya alma se ha ennegrecido, y no es tu caso, ni siquiera estando aquí encerrada serías capaz de hacer algo tan horrible.

—Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias. —Trato de comer otra cucharada de sopa, aunque con desgana.

—Dios ha elegido estas, por desgracia.

—A veces no creo que seas enfermera en este lugar. Eres tan... diferente al resto.

—Las que eran como yo se fueron de aquí hace mucho. Otras supongo que han cambiado a lo largo de los años. Montse es a la que mejor conozco, y estoy segura de que antes no era como la ves ahora.

—¿Qué la hizo ser así?

—Una compañera me contó que un interno mató a su hija. También era enfermera y murió muy joven.

—Eso es horrible.

—Me han dicho que desde entonces trata mucho peor a los pacientes y su carácter se ha endurecido, demasiado.

—Supongo que hasta los malvados tienen su historia.

—Todo el mundo la tenemos, la diferencia está en si esa historia nos

cambia a mejor o a peor. Me tengo que ir ya. —Se levanta de la cama y me coge la bandeja, ya vacía—. No quiero que la directora sospeche nada raro.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Necesitaba una conversación así, mi compañero no es que hable mucho. —Le sonrío.

—Nunca pierdas esa sonrisa, es preciosa y sincera. —Cuando se dispone a cerrar la puerta, se frena en seco y se me queda mirando un momento—. ¿Podrías decirle algo a Miguel? Me esquivo desde que pasó lo que ya sabes.

—Por supuesto.

—Dile que no dejo de pensar en el día de año nuevo.

—Lo haré. Las cerezas estaban riquísimas. —Le lanzo la indirecta con otra sonrisa.

—Te traeré más, al menos me dan la libertad de hacer eso.

Varios días seguidos, las enfermeras me traen las comidas a mi habitación. Ninguna es tan amable y atenta como Rosa, solo quieren que acabe rápido para dejarme sola otra vez y llevarse su preciada bandeja.

Una tarde, después de que ya se hubieran dado las cenas y Óscar estuviera en la habitación, la puerta se entreabre y alguien deja un papel sobre el que hay una buena ración de cerezas. Con gusto, las comparto con mi compañero, que devora casi todas, como si hiciera años que no las hubiera probado, cosa muy probable. Podría decirse que se han convertido en el manjar de los condenados.

Al día siguiente, el doctor Pellicer da el visto bueno para que salga de la habitación y así puedo ir al patio por la tarde. Tenía más ganas que nunca de que el viento, aunque sea ya caliente y pegajoso, me diera en la cara. Siempre me gustó más la noche y la oscuridad, pero ahora lo que más aprecio es el sol y su preciosa luz.

—¿Qué te pasó? —me pregunta Miguel—. Llevábamos días sin saber de ti.

—He tenido fiebre y me recomendaron no salir de la habitación.

—Ya estás bien, ¿no? No quiero que me lo pegues —me dice Ana, que se coloca detrás de Miguel y hace el típico gesto de ponerse la mano en la nariz.

—No te burles de ella —le reprende Miguel con un gesto burlón.

Antes de que nos unamos a Dani y María, aparto un poco a Miguel y le

cuento lo que me dijo Rosa el otro día. Sin embargo, ignora mis palabras, como si le hubiera hablado de un fantasma del pasado, y se marcha a la mesa donde están los demás. Dani y María están jugando a la brisca.

—¿Ya sabéis cómo vamos a escapar de aquí? —pregunto directamente.

—Joder, la nueva va directa al grano.

—¿Nueva? Llevo ya cinco meses metida en este puto sitio.

—Dani y yo llevamos casi tres años.

—Tres años por tener sexo en público, qué barbaridad —dice Dani, con los ojos mirando al cielo—. Doy gracias de que no me hayan castrado con mierdas de fármacos, al menos no tanto como para que no se me levante.

—Callaos ya —les corta Ana.

—Hemos pensado hacerlo la semana que viene —confiesa al final Miguel mientras reparte las cartas para empezar otra partida—. El martes, como hablamos.

—¿Tan rápido?

—¿Quieres pasarte otro mes aquí? —me pregunta Ana.

—Por supuesto que no —le respondo.

—Quizá tengamos que acabar con la vida de varias personas, Marta. — Ana me mira con gesto serio—. ¿Crees que podrás con ello?

—Por salir de aquí, haré cualquier cosa —contesto, segura de mis palabras, a pesar de que mi corazón grita un rotundo y ensordecedor no.

Nunca me había planteado la necesidad de matar a otra persona. Cuando un asesino aprieta el gatillo, o penetra su cuchillo en lo más profundo del cuello de su víctima, no piensa en su familia, en la posibilidad de que al día siguiente haya un niño o una niña que se van a quedar huérfanos, sin nadie que los proteja de un mundo despiadado para los inocentes. No quiero convertirme en ese tipo de personas, la verdad es que no sé si lo soportaría.

Solo la naturaleza debería decidir quién vive y quién muere, sin embargo, llegado el momento, quién sabe en qué podemos convertirnos cada uno de nosotros si en juego está nuestra supervivencia... o nuestra libertad.

Capítulo 11

La noche del lunes ha llegado muy pronto, al menos eso pienso ahora que ya estamos en ella. Quizá sean los nervios, pero lo cierto es que no puedo dejar de pensar en si lo de mañana saldrá bien.

No sé cómo está la vida ahí fuera, hace meses que no puedo leer ni siquiera un periódico. Echo de menos levantarme cada mañana, ojear la prensa, desayunar mi café, con mucha más leche que café, tomarme un buen *croissant* con su mantequilla e ir a trabajar a la «redacción» con Juan. Si salgo de aquí, quizá nunca más lo vea, puesto que me estarán buscando y lo último que desearía es ponerlo en peligro.

—Me estás poniendo nervioso con tantas vueltas —me reprocha mi compañero, lo dice en un tono mucho más serio al que estoy acostumbrada.

—No puedo dormir.

—Pareces nerviosa.

—No lo estoy.

—Pues estás sudando y no dejas de dar vueltas.

—Déjame en paz, Óscar, no estoy de humor.

—¿Quién cojones es Óscar? —me pregunta, se sienta en la cama y se queda mirando con los ojos fijos en mí. Yo hago lo mismo.

—Tú te llamas Óscar.

—Mi nombre es Álex. Deja de llamarme Óscar, maldita zorra.

Cuando escucho ese nombre, me levanto de la cama alterada y me dirijo hacia la puerta. Sé que está cerrada con un cerrojo y que nadie podría abrirla desde aquí fuera, pero si necesito ayuda, puedo golpearla y espero que alguien me oiga.

—¿Qué coño hacemos aquí? —Se levanta él también—. ¿Me has encerrado tú?

—Óscar, por favor, tranquilízate.

—No sé quién es ese Óscar, pero como lo encuentre voy a matarlo, como a ti.

—Está bien, Álex. Tranquilízate y sentémonos en la cama.

—Tú no me das órdenes. —Me acorralla poniendo sus dos brazos paralelamente a mi cabeza. Está muy cerca y no puedo hacer nada, ni siquiera golpear la puerta lo bastante fuerte como para que alguien me escuchara—. ¿No quieres pasarlo bien?

Pasa su lengua, con un aliento más que desagradable —aunque el mío debe de ser igual, ya que solo nos dejan lavarnos los dientes a mediodía—, por mi mejilla derecha. Estoy a punto de llorar, sin embargo, logro decirme a mí misma que nadie va a ayudarme, que debo ser yo quien me salve.

—Sí, claro. En este lugar no he podido hacer nunca nada. —Lo llevo hacia la cama, aunque él me sigue sujetando los brazos con virulencia.

—¿Te apetece jugar, nena?

—Claro. —Le guiño el ojo derecho.

Lo tumbo en el camastro y le quito la bata. Él me agarra los glúteos, aún siento un leve dolor cuando me toca ahí. Álex cierra los ojos cuando empiezo a rozar su pecho con mis labios. Aprovechando ese momento, cojo el cojín de la derecha y lo voy acercando con cuidado hasta llegar a su cabeza. Se revuelve todo lo que puede, pero no puede evitar que presione la almohada hasta que sus brazos dejan de moverse.

En el momento en el que me doy cuenta de que estoy a salvo, me levanto y me quedo observando el cuerpo sin movimiento de Álex. Creo que está inconsciente, lo prefiero así hasta que recobre su personalidad normal.

Me tumbo en mi cama y espero alrededor de veinte minutos a que se despierte. Apenas parpadeo, y me levanto cuando veo girar la cabeza de Álex hacia mí. Me fijo en que tiene los ojos cerrados.

«No puede ser —pienso para mí misma—. Tiene que estar vivo».

—Álex... Óscar... —Le doy unos golpes en la mejilla, pero no hay ninguna reacción.

Trato de mantenerme serena y le cojo el brazo derecho para tomarle el pulso, sin embargo, cuando mi dedo índice y corazón se colocan en la parte interna de la muñeca, es mi corazón el que empieza a latir más rápido a cada segundo, hasta el punto de que tengo que sentarme para no caerme al suelo a causa del mareo.

«He matado a una persona».

«He matado a una persona».

«He matado a una persona».

«He matado a una persona».

No dejo de repetir la misma frase una y otra vez en mi cabeza ni de mirar el cuerpo inerte de mi compañero.

«Tenía que hacerlo, de lo contrario iba a violarme».

«Iba a violarme».

—Dios, lo he matado —digo en voz alta.

Estoy en *shock*, pero tengo que hacer algo, de lo contrario, pagaré las consecuencias de esto. Nadie me creerá cuando les diga lo que ocurrió, me acusarán de asesinato y a saber con qué diabólica tortura me condena la directora.

Con la cabeza fría, vuelvo a acercarme al cuerpo y le coloco la bata. Aunque me lleva más tiempo del que creía —colocarle la ropa a un muerto puede ser una tarea costosa—, consigo hacerlo y ponerlo mirando a la pared. No quiero dormir, si es que puedo hacerlo, mientras un cadáver está fijándose en mí.

Mañana será otro día y pensaré con calma lo que ha pasado.

Después de varias horas, me despierto con el corazón palpitante y con dolor por toda la frente, probablemente a causa del estrés y la ansiedad.

Intento levantarme de la cama, pero hay algo que me sujeta las piernas y no puedo moverlas, tampoco los brazos. Sí puedo elevar ligeramente la cabeza, y entonces veo que mis extremidades están amarradas por unas correas. No sé cuándo las han puesto ahí ni quién ha podido hacerlo, con tanto cuidado de no despertarme. Quizá, quién quiera que haya sido, me haya sedado.

—Por fin te has despertado. —Escucho una voz, me recuerda a la de Óscar, pero con un matiz extraño—. Tú has matado a Álex.

—¿Estás vivo? —Giro mi cabeza a la izquierda, y veo el cuerpo de Óscar, aún con los ojos cerrados y con un tono de piel más propio de quienes ya habitan el reino de los muertos—. ¡Quítame esto! —Me revuelvo, pese a que sé que mi intento va a ser en vano.

—A Rubén no le hiciste nada. —Abre los ojos de repente.

Mi piel se eriza, y siento un sudor frío recorriéndome la frente y cayendo a la almohada. Está empapada, como si llevara dormida días enteros y no hubiera podido levantarme ni ser consciente de lo que ocurría a mi alrededor.

—¿Quién es Rubén?

—Yo soy Rubén.

El hombre se incorpora y se queda mirándome un rato. Intento revolverme, pero las ataduras están muy fuertes, demasiado para mí.

—¿Qué tienes ahí? —Sujeta algo metálico y brillante en su mano.

—¿Esto? Una pequeña navaja, obsequio de la directora.

—No puede ser, eso va contra las reglas.

—También intentar escapar, como lo vais a hacer mañana. ¿Me equivoco?

—¿Cómo sabes eso?

—No es de tu incumbencia.

Se agacha para estar a la altura de la cama y recorre milímetro a milímetro mi rostro con su navaja. Estoy sudando y taquicárdica. Si no me mata él, lo hará un infarto.

—¡SOCORRO! ¡AYUDA! —Consigo gritar antes de que él me ponga la mano en la boca.

—Shhhh. —Me hace el gesto de silencio con el dedo índice—. Nadie va a ayudarte, no hagas más desagradable esto.

«Tiene que ser un maldito sueño, solo eso. Un sueño, eso es», me digo a mí misma, con la esperanza de convertir la realidad en fantasía, y el miedo en un espejismo.

—No eres real.

—¿Y esto lo es? —La afilada cuchilla recorre la parte interna de mi antebrazo. Grito todo lo fuerte que puedo mientras las gotas de sangre empiezan a caer al suelo—. ¿Ves cómo el dolor sí es real? —Se ríe.

—Por favor, no me hagas daño.

—Tú no quitaste la almohada cuando Álex ya no podía hacerte nada, seguiste presionando hasta que su cerebro se quedó sin oxígeno. Eres una asesina y no mereces vivir. ¿Qué sientes al haberte convertido en lo que odias?

—No soy una asesina, fue en defensa propia.

—Lo engañaste y lo mataste.

Rubén se pone encima de mí y sigue jugando con su arma, esta vez por todo mi cuerpo. Intento resistirme, pero es inútil con estas malditas correas. Quizá, morir así sea mucho mejor que pasar más tiempo en este lugar maldito. Empiezo a asimilar que hoy es mi último día de vida.

Por suerte, mis gritos han dado la voz de alarma y alguien está abriendo el

cerrojo de la puerta. Cuando creía que había encontrado la salvación, veo cómo la persona que ha entrado no corre para quitarme a Rubén de encima, sino que cierra la puerta tras de sí con su llave.

—Ayúdeme, por favor.

La mujer que ha entrado avanza unos pasos hasta colocarse a mi izquierda, es entonces cuando veo los hábitos de monja de la directora. Observo su rostro, con sus ojos castaños clavados en mí. Le da igual que Rubén esté con una navaja en mi cuello a punto de degollarme.

—Le advertí, señora Urriaga, de que solo hay una forma de salir de mi manicomio. Como tiene tantas ganas, así será. —Se da la vuelta hacia la puerta.

—¿¿Para qué ha venido?? —le grito antes de que se vaya.

Gira su rostro y me dice, con una sonrisa:

—Quería verla por última vez antes de que muriera.

—Al menos, moriré sabiendo que mi hermano está vivo, que consiguió escapar de sus garras.

—¿Y qué le hace pensar que Carlos sigue con vida? —Me dirige una sonrisa victoriosa—. Mátala.

Cuando veo el cuchillo clavarse en mi abdomen, todo se vuelve oscuro. Escucho una voz extraña, como si viniera de más allá de los muros de mi habitación.

—Moved el culo e id a las duchas y luego a desayunar.

Mis ojos se van abriendo, aunque con dificultad. Lo primero que hago es comprobar que Óscar, Álex, o como quiera que se llame, está donde lo dejé anoche. Al verlo, siento alivio y tristeza a la vez. Ha sido una puta pesadilla tan real que aún estoy chorreando de sudor. Mi pelo está asqueroso y grasiento, ahora sí que necesito una ducha de verdad.

—¡Mi compañero no se mueve! —le digo, nerviosa, a la enfermera cuando salgo de la habitación.

—¿Qué ha pasado?

—Le habrá dado un infarto o qué sé yo —le contesto.

Me hago la asustada, me llevo mi mano derecha a la boca y empiezo a moverme sin parar. Tiro de la enfermera para que se dé prisa y vaya a atender a una persona sin esperanzas de salvarse.

He traspasado la línea que ayer mismo ni siquiera me planteaba. He

matado a una persona sin que me importe si tiene familia o si ha sufrido mientras presionaba con la almohada. No me ha importado, solo he pensado en mi propia supervivencia.

—Voy a ver, tú ve a la ducha y a desayunar.

—Hoy —empieza su discurso la directora, durante el desayuno—, hemos perdido a un miembro de nuestra familia. Debemos orar para que Dios guarde su alma. —Sube el escalón y abre un libro que coloca en el altar, colocado delante de ella—. Repetid conmigo: Adorado padre celestial, escucha nuestra plegaria, porque nuestras almas están consternadas por la irremediable pérdida de Óscar. Dale la calma necesaria a su alma para que se eleve espiritualmente y llegue al reino de los cielos.

Todos repetimos lo mismo dos veces al unísono.

—Ahora tendrás la habitación para ti sola.

—Joder, Ana, cómo te pasas, Óscar era un compañero —le reprocha Miguel.

—Al que no conocía de nada. Me importa un bledo si san Pedro le abre las puertas del Paraíso o si arde en el putito infierno durante mil años.

—No era mala persona. —Cojo la taza de leche con la mano aún temblorosa—. Que Dios lo acoja en su seno y proteja su alma.

—¿Desde cuándo crees en Dios? —me dice Miguel.

—Ya no sé ni en qué creer. —Mi temblor provoca que se me caiga parte de la leche sobre la mesa.

—Te noto mal, Marta. ¿Es que os habíais hecho amiguitos? —me pregunta Ana con sorna y guiñándome el ojo.

—No —le corto tajante—, es solo que me da pena.

—El doctor Pellicer —nos interrumpe Montse— quiere verte, Marta.

—¿Para qué?

—Ahora te lo dirá él. —Endurece el rostro.

«Y si sabe que lo maté?», pienso para mí mientras trato de mantener la compostura en el largo camino hasta llegar al despacho del doctor, acompañada por la enfermera. En ningún momento nos dirigimos la palabra.

Montse toca dos veces la puerta y abre.

—Le traigo a la interna.

—Dígale que pase.

El doctor me invita a pasar a su despacho. Acto seguido, cierra la puerta.

En medio de la sala hay una camilla con una sábana blanca que cubre un cuerpo, a juzgar por su forma.

—¿Qu... qué quería, doctor?

—Te noto más nerviosa que cuando hablamos la primera vez, y eso que aquel día no sabías ni cómo habías llegado a mi despacho.

—Estoy conmocionada por la muerte de mi compañero.

—Qué raro. —Se acerca a la camilla y destapa la sábana. Como me esperaba, está el cuerpo de Óscar—. Yo creía que era por si descubría que lo habías matado tú.

—Yo no he matado a nadie. —Retrocedo para alejarme de la camilla.

—Tranquila, tranquila, nadie más lo sabe. —Me rodea con su brazo y me lleva otra vez junto al cadáver—. Cualquiera médico mediocre se daría cuenta de que no ha sido un infarto.

—No sé nada.

—¿Ves el desgaste en las uñas y las heridas en las yemas de la mano izquierda? —Insiste y levanta la mano para que las pueda ver mejor.

—Sí.

—Puso resistencia mientras acababas con él. —Sigue inspeccionando el cuerpo—. Mírale los labios, presenta lesiones yugales. Y sus ojos —se los abre— tienen midriasis, pupilas dilatadas. Todos los síntomas propios de una asfixia por sofocación.

—Él intentó violarme, no me quedó otra opción. ¿Se lo dirás a la directora? —pregunto atacada por los nervios.

—¿Con qué fue? ¿Con una almohada? No parece que fuera con tus propias manos.

—¿Se lo dirás a la puta directora o no?

—Shhh, no hables tan alto, no queremos que nadie más se entere.

—¿Entonces no se lo contarás? —Persisto en mi pregunta.

—Será nuestro pequeño secreto.

—¿Por qué?

—Me pareces una mujer hermosa. La directora tiende a extralimitarse y no quiero que ese precioso rostro —me acaricia la mejilla— sufra magulladuras.

—Gracias.

—Me gustan las mujeres valientes como tú, Marta. —Vuelve a poner la sábana sobre el cuerpo—. Ya puedes marcharte.

Antes de irme, me doy la vuelta, quizá sea la última vez que vea al doctor

Pellicer. No puedo resistirme a preguntarle algo que lleva atormentando mi cabeza demasiados días.

—Podrías decirme algo con sinceridad.

—Por supuesto, Marta.

—¿Es verdad que has tratado a los pacientes homosexuales del hospital?

—Endurezco el tono—. ¿Llegaste a hacer alguno de tus experimentos con mi hermano?

—Por desgracia, no tuve la fortuna de hacer la terapia con tu hermano.

—¿Terapia? ¿No querrás decir tortura?

—Es ciencia, señora Urriaga, ciencia. —Muestra sus afilados colmillos en una sonrisa que me eriza la piel.

—Si lo hubieras hecho con mi hermano, te aseguro que acabarías arrepintiéndote. Me das asco.

Salgo decidida del despacho, dejando al doctor con el rostro desencajado. Me he dado cuenta de que las personas que dirigen este lugar no tienen sentimientos, no conocen la sensibilidad —me ha estado mostrando el cuerpo de un fallecido como si fuera un esqueleto del puto colegio, joder—, ni merecen el perdón de Dios ni de ninguna de las personas que está aquí internada.

No son humanos, son monstruos.

Capítulo 12

El reloj marca la una en punto cuando nos sentamos a comer. El comedor, en el que comemos todos —casi todos, mejor dicho, puesto que varios internos están encerrados y encadenados, bien por considerarlos demasiado peligrosos o bien porque han hecho algo que no debían— está en la primera planta, así que, si hay un buen momento para intentar escapar, es este.

El guardia de seguridad está en la puerta del comedor observándonos, igual que Montse, aunque ella está más preocupada por devorar su comida. Seguro que la de ella sí está sabrosa y rica, no como la bazofia que nos sirven a nosotros.

Los cinco instigadores del plan de fuga nos miramos y asentimos con la cabeza.

—¿Me has robado el pan, cabrón? —El compañero que está justo al lado de Ana se queda mirándola sin saber qué decir—. ¡No te quedes ahí mirándome y devuélvemelo!

Ana le propina un puñetazo y lo tira de la silla. Los internos se alborotan y un ruido, en forma de gritos y voces, se levanta por toda la sala.

—Pelea, pelea —gritan varios de los pacientes con movimientos histriónicos. Algunos hasta se acercan a la escena y forman un círculo alrededor.

—¿Qué cojones pasa aquí?

Cuando el guardia de seguridad se acerca justo a la posición que queríamos, Dani le propina un golpe en la nuca haciendo que caiga. Lo ha dejado inconsciente.

—Cógele el arma, rápido —le ordena a María, pero otro interno, al que reconozco como José, se ha adelantado.

Mis pupilas se quedan clavadas en un punto fijo cuando escucho el sonido de un disparo. Me quedo inmóvil al ver cómo el interno ha puesto su pistola en

la boca, quitado el seguro y apretado el gatillo en cuestión de segundos. Estoy paralizada y llena de sangre, al igual que el resto de mis compañeros.

Todo pasa tan rápido que yo aún sigo de pie contemplando la escena. Ni siquiera escucho lo que dice Miguel. Estoy yo sola y el cadáver de un hombre delante de mí.

No veo a nadie más.

No escucho a nadie más.

—Marta, muévete, joder. —Miguel me agarra del brazo y me tira de él hacia la salida del comedor.

Los pacientes se han descontrolado. Muy pocos están sentados en su asiento, la mayoría está yendo hacia la puerta, otros no saben ni qué hacer y están dando vueltas alrededor de las mesas y gritando cosas que no alcanzo a entender.

—Él... él... no sabía disparar —digo echando una última mirada atrás y viendo el charco de sangre que se ha creado alrededor del cuerpo.

Es una escena horrible. No me imagino qué le estaría pasando por su cabeza para que no haya dudado ni un segundo en apretar el gatillo, y que una bala atravesara su boca y le destrozara la cabeza.

—*A él no lo mataste, a mí sí* —me susurra una voz.

—¿Óscar?

—*Me mataste, Marta.* —Vuelvo a girarme hacia atrás y lo veo mirándose sin parpadear, con los ojos en blanco y con cianosis por el rostro.

—¡No quise hacerlo, no quise hacerlo!

—*Podrías haber parado, pero no lo hiciste* —me dice mientras se acerca a mí.

—¡Déjame!

—¿Qué te pasa? —me pregunta Miguel—. Tenemos que largarnos de aquí. ¡Ya!

Montse ha ido corriendo en dirección contraria a donde estamos. Mis ojos lo ven a cámara rápida, aunque en mi mente parecen minutos, demasiados minutos de tensión, de empujones y de estridentes ruidos alrededor.

De repente, una sirena empieza a sonar de forma estruendosa e intermitente. Montse ha dado la alarma. Además, me ha parecido escuchar varios disparos a lo lejos.

—A la derecha —me dice Miguel.

La mayoría de los internos se han quedado en el comedor aturdidos por el

sonido de la alarma, que se escucha por el edificio, y con toda seguridad, a varios kilómetros fuera de él.

Seguimos corriendo despavoridos hacia la salida, pero nos encontramos a Ana en el suelo, llorando y tapándose una herida en el abdomen. Sus manos están llenas de sangre.

Los guardias están controlando a la masa, y con disparos al aire, logran que se vayan hacia atrás. Alguien ha huido, porque las puertas están abiertas y de fondo veo a dos personas saltar la verja. Creo que son Dani y María.

Todas las enfermeras están atendiendo a los internos y sedando a los más nerviosos. Solo Rosa se fija en Ana y va corriendo a buscar el botiquín de primeros auxilios.

—¡No te duermas! —Escucho gritar. Me agacho junto a Miguel. Él está tranquilo, sereno, como si hubiera hecho esto antes—. No sale aire, así que el pulmón no está perforado —piensa en voz alta.

Me siento impotente por no poder ayudar a Ana, pero Miguel parece tenerlo todo controlado. Sin perder ni un minuto, rasga la bata de Ana y la coloca de tal manera que parece una gasa. La presiona sobre la herida para evitar que salga más sangre.

—Tranquila, Ana. Te vas a poner bien y volverás a meterte con nosotros.

Intento tranquilizarla acariciándole el rostro y gastándole bromas para evitar que cierre los ojos y se duerma. Ella me mira y sonrío un poco, se le escapa sangre por los labios.

—Sigue hablándole —me dice Miguel—. Ha perdido mucha sangre.

—¿Qué necesitas? —pregunta Rosa, que se arrodilla junto a nosotros.

—Dale antibióticos y pásame una pinza. Cuando pare la hemorragia, intentaré sacarle la bala.

—Mañana jugaremos a las cartas. —Le toco la cara y la giro hacia mí, trato de volver a sonreír, a pesar de estar hecha un manojo de nervios. No quiero que mire la herida para que no se ponga más nerviosa.

—T... te da... daré —le cuesta hablar. Vuelve a expulsar sangre por la boca, pero acaba la frase— una paliza.

—Siempre lo haces. —Intento mostrarle una sonrisa, aunque se me escapa una lágrima cuando veo la herida y a Miguel intentando extraer la bala.

—Eres una blandengue. Tendría que estar llorando yo, que este cabrón me está haciendo daño. —A pesar del dolor, es capaz de levantar la cabeza y mirar a Miguel.

—Podría haber sido mucho peor, así que no te quejes.

—¿Qué le ha pasado? —La directora baja con un bastón y aporrea el suelo tres veces hasta que Rosa le presta atención.

—Ha habido un motín y le han disparado.

—Bien, así aprenderá. —Baja otro escalón golpeando el suelo con su báculo—. Escuché la alarma, y por recomendación de Montse, he permanecido en mi despacho hasta que se pasara todo este alboroto. —Se dirige al guardia que queda en la puerta, ni siquiera le dirige una mirada de compasión a Ana—. ¿Alguien ha escapado?

—Al menos cuatro internos han logrado saltar la valla. Ya hemos dado el aviso a la Guardia Civil, directora.

—Lleved a todos los internos al comedor. Rosa llevará a Ana a su habitación y luego el doctor Pellicer la tratará como es debido.

Mientras tanto, Miguel ya está acabando de coser la herida de Ana. El casquillo de bala está a su lado, empapado en sangre.

—Ya la habéis oído. —El guardia se dirige a Miguel y a mí.

—Quiero quedarme con ella —le digo al guardia con una mirada desafiante.

—O vas al comedor o te llevo a la fuerza. —Saca la porra—. Decide.

—Tranquila, Marta, ve con él. —Rosa se coloca en medio—. Traeré una camilla y la llevaremos a su habitación. No le pasará nada, te lo prometo.

Ya en el comedor, veo a todos los internos sentados. Algunos están medio dormidos debido a la medicación que les han dado para tranquilizarlos, pero siguen conscientes, lo suficiente al menos para escuchar las palabras de María Eugenia:

—Son tiempos difíciles en los que vivimos, no cabe duda. Me han llegado rumores de que nuestro Caudillo, el generalísimo Francisco Franco, ha caído gravemente enfermo y su salud peligrará. No en vano, yo he de velar para que esta institución se mantenga fuerte y perviva en el tiempo. —Golpea el suelo con el bastón para acallar los susurros—. Hoy habéis traicionado mi confianza y violado las normas por las que se rige este lugar. Una instigadora de tal acto ya ha sido castigada por Dios y ahora camina en un fino velo entre la vida y la muerte. No obstante, tal acto desmedido debe tener consecuencias para todos.

Los chascarrillos se vuelven a propagar por la sala hasta que la directora golpea el suelo de nuevo y vuelve a hablar:

—Como dice la Sagrada Biblia: «todos los que han pecado conociendo la

ley, por la ley serán juzgados». Así pues, durante treinta días no cenaréis ni saldréis al patio. ¡Silencio! —Golpea el bastón contra el suelo cuando escucha el revuelo que han causado sus palabras—. El tiempo libre en cada una de las salas de recreo se reducirá a solo media hora durante tres semanas. Durante la mayor parte de las horas, permaneceréis en vuestras habitaciones para reflexionar en lo que ha pasado hoy. Un compañero yace entre nosotros, muerto por su propia locura, y otra permanece gravemente herida. Si algo de esto vuelve a pasar, me encargaré de provocaros más dolor del que puede causar una bala. Os aseguro que puedo hacerlo.

—Eso no es justo —grita un paciente en voz alta.

—Yo decido qué es justo y qué no. Id a vuestras habitaciones.

La directora, con el bastón en la mano, se marcha hacia su despacho.

Los sucesivos días trascurrieron en calma y con una profunda desesperanza para Miguel y para mí, puesto que el plan de fuga no había salido como queríamos. Apenas hablamos, al menos no como antes. Es probable que me culpe de que sigamos encerrados en este lugar, y puede que tenga razón. Si no me hubiera quedado parada durante esos segundos, quizá ni hubieran disparado a Ana ni seguiríamos viéndonos en esta puta sala, jugando una y otra vez la misma partida de ajedrez que parece no tener fin.

—No es tu culpa.

—¿Qué? —Muevo otra ficha.

—Nada de lo que pasó hace dos semanas es culpa tuya.

—Si no lo hubiera visto, si no me hubiera quedado bloqueada, quizá no estaríamos aquí...

—Marta, no es tu culpa, podría haber acabado mucho peor. Además, Dani y María lograron escapar.

—Maté a Óscar —le espeto sin rodeos. Se hace un silencio incómodo, así que opto por continuar—: Lo vi, vi su rostro con la piel azulada, me miraba y me culpaba por haber acabado con su vida, por haberlo asfixiado.

Me miro las manos. Me tiemblan.

La partida se ha detenido. No sería la primera, ni será la última, que dejamos sin acabar. Por raro que parezca, esta era la única vez que le llevaba la delantera a Miguel, y en tres movimientos, hubiera logrado el deseado jaque mate.

—¿Por qué lo hiciste?

—Salió su otra personalidad, me acorraló e intentó violarme.

Realizo el primer movimiento de mi ofensiva. Ya casi solo me quedan peones, pero, como siempre digo, estos pueden convertirse en las piezas fundamentales si sabes guiarlas.

—Entonces, hiciste lo correcto.

—¿Sabes lo peor? En el fondo no me siento culpable. Lo volvería a hacer otra vez. Sentí cómo su vida se deshacía en mis manos, cómo su aliento iba consumiéndose y cómo su deseo por hacerme daño se iba convirtiendo en una súplica de auxilio.

Hago el segundo movimiento, mis peones y mis dos caballos tienen acorralado a su rey.

—No dejes que este lugar te cambie, Marta. Tú no eres así.

—¡A las habitaciones! —grita Montse, una vez transcurrida la media hora que nos ha concedido la directora.

—Mucho me temo que ya me ha cambiado. —Me levanto, pero antes nuevo la ficha clave—. Jaque mate.

La pieza del rey cae derribada por el movimiento implacable de mi caballo.

Estoy otra vez sola en mi habitación. No puedo decir que eche de menos la compañía de Óscar, no hablamos del mejor interlocutor para mantener una conversación más o menos distendida. En cambio, sí añoro tener unos ojos a los que poder mirar y unos oídos que me escucharan de vez en cuando.

—¿Qué es esto? —Veo que algo sobresale debajo de la almohada.

Cuando cojo el cojín, se me vienen a la cabeza los recuerdos de ese momento y una lágrima cae sobre él. Sin embargo, al descubrir por completo el objeto que hay, una sensación de alegría y esperanza invade mi corazón. Es la agenda que me regaló Rosa. La agarro y la presiono contra mi pecho. Echaba de menos su tacto, su olor, y sobre todo, la libertad que desprende el poder escribir lo que quieras.

No tardo más de dos segundos en sentarme en la cama y abrir la agenda; es como respirar el aire fresco que te aporta ese libro que ya has leído en varias ocasiones. Ese olor jamás se desvanece.

La primera página tiene un mensaje firmado por Rosa. Lo leo en voz alta:

«Pellicer me ha dicho que Óscar no murió a causa de un infarto como ha puesto en su informe. Solo él y yo sabemos la verdadera causa. La mujer con la sonrisa que vi jamás habría sido capaz de matar a alguien. Sean cuales sean

los motivos, te devuelvo esta agenda para que esa mujer, de ojos y sonrisa brillante, vuelva otra vez. Este lugar es capaz de pervertir los corazones puros y transformar a las buenas personas en gente irreconocible. Mantente fuerte. Todo esto acabará algún día. No acabes con Marta, no dejes que muera.

»P. D. Esconde la agenda y el bolígrafo siempre en tu habitación. No los saques nunca de ahí. Fdo: Rosa».

El mensaje hace que vuelva a recordar. Todas las imágenes del cadáver, las explicaciones del doctor Pellicer y la escena asfixiándolo se agolpan en mi mente, sucediéndose sin parar, sin dar tregua a una mujer atormentada por el dolor de volverse irreconocible.

Mi cuerpo tiembla de la emoción y vuelvo a apretar la agenda contra mi pecho para que no le caigan las lágrimas que brotan de mis ojos.

Cada vez que abra la agenda, me acordaré del mensaje de Rosa. Tiene una letra hermosa y cuidada, digna de cualquier escritora.

Capítulo 13

Como muchos en la España de bandos, en la que familias acabaron destrozadas y hermanos enfrentados, Dani fue hijo de uno de esos hombres que en la posguerra murieron de espaldas mientras cinco hombres lo apuntaban con sus armas, y disparaban a la vez al oír esa palabra que demasiadas veces se había escuchado ya: «¡Fuego!». No importaba si tenías mujer o un hijo al que ver crecer, solo eras un enemigo al que abatir. Luego, te convertías en un cuerpo al que arrastrar hasta un remolque, lo bastante grande para almacenar a los fusilados del día, y eras arrojado a alguna cuneta para que ni siquiera pudieras ser honrado por quien te quiso en vida.

El único delito de Dani fue buscar durante años la chaqueta marrón que llevaba su padre el día que lo sacaron a rastras mientras su esposa, embarazada del segundo hijo, lloraba desconsolada delante de unos hombres, cuyo semblante estaba manchado con la sangre de cada una de sus víctimas.

Julia gritó hasta que su voz se rompió por el dolor. No sirvió de nada. Sus palabras no hicieron mella en esos asesinos contratados por el Estado, cuyo corazón estaba envuelto por una coraza más gélida que la Siberia de la URSS.

—Te encontraré, padre.

Dani nunca olvidó esas palabras. A pesar de ser un niño aún, sabía que su padre formaba parte de la denominada resistencia, y conocía las consecuencias de ello.

Cinco meses después, Julia dio a luz un niño precioso al que bautizaría como Juan en honor a su padre. Nunca iba a conocerlo, pero desde que salió del vientre le habló de él y de cuánto había luchado por mantener a salvo a su familia.

—No es justo que te lo hayan arrebatado tan pronto —le susurraba al pequeño cada noche. Juan sonreía, con esos ojos cristalinos, característicos de las criaturas más puras e inocentes de este mundo. Aún no podía entender el

significado de esas palabras, mas era seguro que sí notaba el dolor de su madre al pronunciarlas.

A medida que Dani fue haciéndose adulto y pudiendo dejar a Juan solo, emprendió un camino, quizá hacia la locura de la que nunca escaparía, que lo llevó a excavar tierras donde se decía que habían podido enterrar a su padre. Sin embargo, en ninguna de ellas encontró la chaqueta marrón con coderas tan característica de Juan.

En sus viajes, encontró cientos de cuerpos, algunos casi desnudos, otros con varios tiros, señal de que la primera vez habían errado el disparo, pero ninguno era él. Lo que sí recibió fueron insultos, empujones y amenazas de aquellos que sí tenían un lugar en el que depositar flores para sus seres queridos.

Durante años, lo buscó, se alejó de su madre y su hermano, a los que un amigo de la familia llevó a México, puesto que allí Julia y su hijo podrían labrarse un futuro lleno de esperanza, y no sembrado con las amargas experiencias del pasado y del presente.

Dani se quedó en Sevilla y pudo trabajar como maestro particular, hasta que un día no llegó a dar su clase. Después de tanto tiempo excavando fosas y volviéndolas a cubrir, se había dado cuenta de que, aunque fuera uno de esos esqueletos su padre, jamás lo sabría. La chaqueta se habría desintegrado y con ella sus esperanzas.

Sus fuerzas se habían agotado y se quedó llorando de rodillas al lado de una fosa, de la que solo había excavado una mínima parte. Eso le costó que un miembro de esos hombres manchados con la sangre de inocentes lo detuviera, y un juez, de esos que visten toga pero desconocen el valor de la palabra justicia, lo sentenciara al manicomio de Miraflores por ser un demente y por, según las propias palabras del magistrado del Tribunal de Orden Público, «tener inculcados los valores del comunismo que atentan contra la seguridad de la Patria y porque, de acuerdo con los constatados problemas mentales del acusado, constituye un grave problema para la seguridad de los españoles».

Así es como Dani acabó aquí, por buscar un sueño que nunca...

Escucho pasos cerca de mi habitación, aún me cuesta llamarla cárcel. Es más acogedor denominarla así y prefiero seguir viendo las cárceles como aquellos lugares donde están los delincuentes de verdad. España no tiene demasiadas, más bien, son centros de represión para castigar al enemigo. La

finalidad de reinserción que ya defendían Howard y Beccaria en el siglo XVIII tampoco ha llegado para los presos «comunes». A veces cuestiono que la República haya sido tan mala como enseñan en las escuelas, no me imagino algo peor a esto.

Me levanto apresurada para guardar la agenda y el bolígrafo en un rincón de debajo de la cama.

Los pasos continúan hasta que se detienen en mi puerta. Cuando esta se entreabre, veo los hábitos de quien no podía ser otra que la directora de este espantoso lugar.

—Buenos días, señora Urriaga.

—Buenos días, directora, ¿a qué se debe el honor de esta visita?

—Dejémonos de cortesías. El insoportable de Juan ha vuelto, así que su insistencia ha hecho que no me quede más remedio que concederle una visita.

—Mis labios se curvan en una sonrisa de esperanza. Ella lo nota—. No se ría tanto, será solo media hora. Luego, regresará a esta habitación donde se pudrirá hasta que su ya maltrecho cuerpo no resista más.

—Me provoca una sonrisa mayor que ya tenga que usar un bastón para mantenerse en pie. Ni su maldad puede mantener joven a una zorra como usted.

—Le mantengo la mirada desafiante. Ella me responde con un golpe en el estómago con su bastón, con el que casi me tumba al suelo.

—Creía que le habíamos enseñado modales, señora Urriaga. —Abre del todo la puerta—. Adelante.

—Muy amable. —Le sonrío.

El dolor abdominal es insoportable, pero me he acostumbrado a fingir esas sonrisas que son capaces de irritar e inquietar a las peores personas de este mundo.

Bajo las escaleras, seguida por la directora y ese bastón que resuena con cada escalón que desciende. Cuando llego a la sala de espera, me fijo en la hora que marca el reloj. Las once en punto, cómo no. Su obsesión por la puntualidad es enfermiza. Seguro que ha tenido a Juan esperando mientras me pudría en la puta habitación yo sola.

—Hola, Marta.

—Hola, Juan.

—El guardia estará en la puerta, por si la interna se alterara. Es muy habitual entre nuestros pacientes que haya situaciones así, por eso, entenderá que limitemos mucho las visitas.

«Será puta», pienso para mí misma mientras la veo alejarse con su bastón hacia la salida. Otras tareas requerirán su presencia, porque si no fuera así, estoy segura de que se quedaría aquí escuchando cada palabra que digo.

—¿Te han pegado? Te veo mala cara —me pregunta cuando me ve.

—Juan, no sé qué te habrán contado —hiperventilo y lo eludo—, pero créeme, no fui yo quien mató a mis padres. Sabes que yo nunca haría eso —le digo apresurada.

Tengo miedo de que en cualquier momento el guardia venga e interrumpa la visita con cualquier excusa. Hace demasiado tiempo que no puedo hablar con nadie del exterior. A veces, siento que ya nunca más podré relacionarme fuera de este lugar.

—Tranquila, te creo. —Me coge las dos manos con las suyas para tranquilizarme.

Me eriza la piel cuando me acaricia las manos. Hace tanto tiempo que no siento el cariño de un hombre, en realidad, hace mucho que no tengo el cariño de nadie, demasiado incluso para saber cómo responder a un estímulo que ya para mí es extraño. De hecho, mi primer impulso había sido retirar las manos, pero he conseguido resistirme, y la verdad, lo agradezco.

—¿De verdad? —le pregunto después de unos segundos de silencio en los que disfruto del contacto de sus manos.

—Te conozco desde hace años, sé que serías incapaz de hacerle daño a alguien, mucho menos a tus padres. —Cierro los ojos y se me agolpan de nuevo las imágenes de Óscar. Mis ojos vuelven a empaparse con las lágrimas que combaten por permanecer ocultas y no salir al aire—. Sé quién lo hizo.

—¿Cómo? ¿Quién? —Me seco mis ojos con mi dedo corazón. Lo miro sin parpadear.

—Fue tu marido, Marta. Una testigo lo vio entrar en tu casa la noche que el forense certificó sus muertes.

—¿¿Por qué no declaró??

—Sí declaró. Eres periodista igual que yo, ambos sabemos cómo funciona esto. Paga a un profesional y te dirá exactamente lo que quieres oír en un juicio. Amenaza a una mujer y confesará haberte visto empapada de sangre si es lo que quieres oír.

—¿La amenazó?

—Él no. Tu marido tiene amigos muy influyentes en la Guardia Civil. Digamos que le hicieron un interrogatorio y la presionaron para que le dijera

al juez la versión que te incriminaba.

—Cabrones.

—Marta, quiero ayudarte a salir de aquí.

—No hay forma. Hemos intentado huir y no lo hemos conseguido. Además, un juez jamás me sacará de aquí teniendo a la Guardia Civil en contra.

—El Régimen no aguantará mucho. La resistencia se hace cada vez más fuerte y corren rumores del estado de salud de Franco. Si muere, la dictadura no aguantará.

—¿Y qué te hace pensar que si muere Franco no llegará al poder alguien peor?

—No pasará, confía en mí. Tengo información, la gente del PCE está infiltrándose en muchos lugares de influencia. Cuando todo esto acabe, te podré sacar de aquí, te lo prometo, pero necesito algo.

—¿El qué?

—Supe que había habido cuatro fugas del manicomio, conseguí hablar con dos de ellos.

—¿Cómo se llaman? ¿Están bien?

—Dani y María, y tranquila, que están a salvo. Irán a México donde comenzarán una nueva vida. Les dije que te conocía y me contaron todo acerca de este sitio. Necesito que recabes información, documentos, fotografías... todo lo que tenga valor probatorio de lo que se ha hecho y se está haciendo aquí.

—¿De qué servirá? Las autoridades saben lo que ocurre aquí y lo permiten.

—Servirán cuando caiga el Régimen y podamos llevar a juicio a todos estos malnacidos. Si esperamos, destruirán la documentación. Haz que todo esto merezca la pena.

—¿No será que tú quieres la puta exclusiva para cuando llegue la democracia que tanto quieres? —Alzo la voz sin darme cuenta.

—Quiero que pague la gente que te ha hecho esto. Me importa una mierda el periódico si tú no estás conmigo. La Marta que yo quería jamás hubiera renunciado a la mínima esperanza de condenar a los culpables de todo esto.

—Lo haré porque confío en ti, aunque me temo que la Marta que conocías ha muerto.

El reloj marca ya las once y media y la directora, con escrupulosa puntualidad, abre la puerta de la sala de visitas para comunicarnos que el

tiempo ha expirado.

—Volveré el sábado que viene.

Juan se despide con un abrazo cariñoso, aunque lo noto más frío que antes de que me encerraran aquí. Es muy probable que durante mi ausencia ya haya conocido a otras mujeres, incluso se haya acostado con varias. En las películas y en los libros el hombre espera a la mujer, lucha por ella y hasta entiende su dolor; la realidad, en cambio, es diferente. Además, es un hombre guapo, con una barba poblada y con unos ojos verdosos que conquistarían a cualquier mujer.

«Quizá no haya reconocido a la Marta de la que se enamoró —reflexiono para mí—. Ni siquiera yo lo haría si me mirara a un espejo. Debo de estar horrible. Eso o me estoy volviendo loca preocupándome por un abrazo, en vez de estar disfrutando de su olor y su contacto, aunque no haya sido dónde toda mujer encerrada aquí querría para sentirse del sexo femenino otra vez, y no solo un deshecho que han tirado a la basura de la sociedad».

Cuando llega la hora de comer, yo y los demás devoramos casi en segundos la comida, ya que el desayuno es solo un vaso de leche con cuatro galletas, y aún siguen sin darnos nada para cenar.

—Joder, ¿ya os lo habéis acabado? Como si esa puta mierda estuviera buena, si a veces nos traen galletas con moho.

—¡Ana! —Me levanto sorprendida por verla y corro a abrazarla.

—Cuidado, aún me duele.

—Perdona. —Me separo de ella—. Me alegro de que estés mejor.

Miguel viene a abrazarla también, aunque lo hace con más delicadeza, siendo consciente de que aún tiene dolores.

—La enfermera me decía que tenía que seguir en reposo, pero si seguía un día más sin salir de la puta cárcel esa iba a acabar matando a alguien, aunque no sería tan mala idea si es una de esas enfermeras hijas de puta.

—Aún no me has agradecido que te salvara la vida —le dice con sorna Miguel después de sentarnos los tres.

—¿Qué te hace pensar que no quería estar muerta en vez de encerrada en esta mierda? Quizá debería matarte yo a ti.

—Tranquila, Ana. —Le acaricio el brazo—. Come algo, te vendrá bien.

—Tiene razón, nuestro plan falló. Sería mejor la muerte —reconoce Miguel con gesto afligido.

—Escuchad, vosotros lleváis más tiempo que yo aquí...

—Gracias por recordárnoslo —me interrumpe Ana.

—Necesito que me digáis si el doctor tiene documentación acerca de sus... experimentos.

—¿Para qué?

—Ha venido Juan a verme.

—¿La directora le ha permitido una visita? —pregunta Ana con sorna—. Qué generosa por su parte.

—Sí. Me ha dicho que hay rumores de que el Régimen está llegando a su fin. A lo mejor Franco no aguanta ni un año más. —Intento ser positiva, no por mí, sino por ellos. Si ellos están fuertes, yo también lo estaré. Si tienen esperanza, quizá yo también llegue a tenerla.

—¿Y? Si muere ese cabrón, otro lo sustituirá.

—La oposición es muy fuerte, Ana. Las democracias no permitirán que siga un Régimen así. Si conseguimos pruebas de lo que se ha hecho aquí, los responsables tendrán que asumir las consecuencias de sus delitos —le contesto.

Intento estar segura de mis palabras, aunque una parte de mí no las crea. Quizá le esté dando falsas esperanzas a alguien que está condenado de por vida. España lleva casi cuarenta años en una dictadura y con un Estado criminal, que ha encerrado, asesinado y torturado a miles de personas. No estoy segura de que vaya a venir algo mejor, ni siquiera sé si saldremos de aquí, pero si queremos seguir viviendo un día más, necesitamos creer en ello con todas las fuerzas que aún nos quedan.

—¿Las mismas democracias que metieron a España en la ONU sin poner ni una pega a cambio de combatir el comunismo ahora se van a oponer a la dictadura? Marta, no seas ingenua.

—Miguel, necesito que tengáis esperanzas. Juan me ha dado un motivo para vivir, quiero creer en él.

—En el mueble de su habitación anexa al despacho es donde guarda toda la documentación de las pruebas, de los casos fallidos... Todo lo que quieres lo encontrarás allí.

—Gracias, Miguel. Necesitaré vuestra ayuda.

—Yo no creo que pueda ayudar demasiado. —Ana pone una mueca de dolor cuando se toca la herida.

—Tranquila, sé cómo me ayudarás. —Le muestro una media sonrisa.

Capítulo 14

Alguien podría creer que el amor de un padre o una madre supera cualquier problema, sin embargo, cuando es cuestión de ideología, España ha creado personas incapaces de perdonar y respetar la del contrario.

Todos, o casi todos, nos hemos enamorado alguna vez de alguien que no les gustaba a nuestros padres, eso le ocurrió a María hace más de seis años.

—Lo tuyo con ese chico tiene que acabar antes de que se entere tu padre —le repetía la madre de María una y otra vez, casi todos los días.

—No voy a dejar a Luis, madre. Díselo si quieres a papá, pero haré lo que pueda para estar con él.

—Es hijo de un guerrillero antifranquista, que ha sido detenido y acusado de haber matado a dos soldados. ¿Te das cuenta de lo que podría pasar si alguien te ve con él?

—Solo somos dos jóvenes que están conociéndose.

—¿No habréis...?

—¿Tan malo sería que me hubiera acostado con él?

Carmen le propina un guantazo, pero su hija la reta manteniéndole la mirada. Su mejilla ha adquirido un color rojizo, fruto del fuerte golpe. Aguanta el dolor. No es la primera vez que le pega ni será la última.

—No te eduqué para que te acostaras con el primer hombre que se cruza en tu camino.

—Si tanto te preocupa saberlo, no, no me he acostado con él.

—Estás poniendo en peligro la reputación de nuestra familia.

—Es mejor fusilar a gente inocente, ¿verdad? ¿Le has preguntado cuántos van hoy? ¿Tres? ¿Diez?

—Es su trabajo lo que mantiene esta casa y lo que te da de comer todos los días, deberías tenerle más respeto. Se acabará enterando, lo sabes, y entonces no sé qué pasará.

Carmen no se equivocaba, y a los pocos días de esa conversación, su padre, un general reputado de la Guardia Civil, se acabó enterando de que María salía con el hijo de un hombre detenido por participar en la resistencia antifranquista y pertenecer al PCE. Su madre le juró que no le había dicho nada, pero nunca la creyó. Sus palabras fueron inútiles, como lo fue su pasividad cuando dejó que su padre la arrastrara hasta el manicomio, donde la reeducarían en los ideales por los que tanta sangre había derramado el general de Castillo.

Pocas semanas después, se enteró de que Luis, el único hombre en su vida que la había hecho feliz alguna vez, apareció fusilado por un supuesto intento de atentar contra la autoridad.

El padre de Luis apareció muerto en la celda. Aún no se sabe cómo acabó así.

—Te advertí, hija, de que no íbamos a perder todo lo que tenemos por una niña estúpida y egoísta como tú. —Es la única frase que le dirigió Carmen antes de despedirse de ella después de que su padre la llevara al manicomio.

Nunca más volvió a verla.

«Qué paradójico que una hija de un general franquista haya acabado aquí. Los responsables de la mayoría de las muertes orquestadas por el Estado están viviendo una vida de caviar, oro y ocio mientras que aquellos con una vida humilde estamos encerrados en este puto sitio», pienso para mí misma a la vez que escondo la agenda en el lugar que le he reservado.

La historia de María me ha llevado varios días acabarla porque sus padres me han recordado demasiado a los míos. Aunque ella provenga de una familia rica, tenían los mismos ideales que la mía: conservadores, católicos y demasiado fieles a un Régimen que nos aboca al sufrimiento y a la desesperanza. Siento impotencia y rabia cada vez que recuerdo que por culpa de mis padres estoy aquí. Si no hubieran internado a mi hermano, nada de esto hubiera pasado. Aun así, no puedo evitar llorar su pérdida, día tras día.

Esta será otra de esas vigiliadas en las que me paso casi toda la noche en vela, llorando y golpeando las paredes hasta que mis nudillos me sangran o se quedan tan morados que me produce asco mirarme luego las manos. Trato de mantener la esperanza y ser mucho más fuerte de lo que lo era la Marta libre, sin embargo, no hay un solo día que no piense que parte de mi cordura está quedándose en estos muros.

—Doctor, esta interna ha pedido verlo. Ha vomitado dos veces por la noche.

—Qué placer tenerla otra vez aquí, Marta. Puedes retirarte, Rosa. —Le cierra la puerta y me invita a sentarme con su habitual amabilidad.

—Si no me encontrara mal, no estaría aquí, así que no es ningún placer para mí.

—Por supuesto, pero siempre es agradable charlar contigo. ¿Qué síntomas tienes?

—Dolor abdominal, ganas de vomitar otra vez y ayer tuve como escalofríos al acostarme —le digo segura de mis palabras.

—Doctor —entra corriendo Rosa—, es Ana. Tiene que venir, está sudando y convulsionando.

—Quédate aquí, ahora vuelvo —me dice con gesto serio mientras se marcha corriendo.

«Ana debe de ser una buena actriz», pienso cuando me levanto y corro a la habitación contigua que hay dentro del mismo despacho. Al entrar, no tardo en ver el mueble que me indicó Miguel.

Hay tres cajones, todos ellos con carpetas y cada uno con más folios que el anterior. Tengo que ser rápida, pero coger solo lo necesario para no levantar sospechas, y pasar desapercibida. Abro una, donde pone el nombre de Egas Moniz, celebre impulsor de lo que ha costado miles de vidas, la lobotomía. Más abajo, hay fotografías de todo el instrumental quirúrgico necesario para esta aberración de la medicina.

Hay muchísimas carpetas, más de las que querría imaginar, con multitud de nombres, la mayoría pacientes del lugar a los que no he visto nunca. En una se puede leer el nombre de Manuel Torres y al final del expediente: «Después de la lobotomía, ha presentado una crisis epiléptica. Muerto minutos después».

Otra carpeta, con el nombre de Miguel Ángel: «Al paciente se le ha administrado por vía intravenosa cloruro de potasio debido a su mala conducta. Ha sufrido un paro cardíaco».

Cojo varios folios y vuelvo a dejar todo en su sitio tal y como los encontré. Salgo corriendo a mi habitación antes de que vuelva el doctor. Tengo que esquivar a varias enfermeras, pero no me es difícil. Tantos meses estar encerrada en un lugar tiene sus ventajas, y la mejor de ellas es saberse hasta el último rincón.

—¿A dónde vas, Marta? —Cuando reconozco la voz que suena a mis espaldas, respiro aliviada—. Creía que el doctor te había dicho que esperarás en su despacho.

—A mi habitación, ya me encuentro mucho mejor. —Solo me giro ligeramente.

—¿Qué llevas ahí? —Se va acercando a mí hasta que se pone a mi lado.

—No se lo digas a nadie, Rosa, por favor.

—¿Qué ibas a hacer con esto? —Los coge y los revisa. Lo cierto es que pone la misma cara de horror que yo—. ¿De dónde los has cogido?

—Del despacho de Pellicer, se los iba a entregar a Juan mañana.

—Marta, no seas idiota, te pillarían antes siquiera de llegar a la sala de visitas.

—Tengo que intentarlo, es la única esperanza para que alguien juzgue lo que está pasando aquí.

—Está bien, Marta. Tráelos, los llevaré a tu habitación y los esconderé en el mismo lugar que la agenda. Vete inmediatamente al despacho de Pellicer, sino podría sospechar. Me ha dicho que Ana está bien, no tardará en regresar.

—Gracias.

Vuelvo corriendo al despacho. Me siento, como si no me hubiera movido de allí. Nadie me ha visto, así que procuro estar tranquila, aunque mi ritmo cardiaco se haya incrementado tanto que parece que una arteria vaya a reventar de un momento a otro.

La puerta se abre y entra Pellicer con su habitual sonrisa, en la que muestra sus dientes afilados. Me produce asco mirarlo después de saber solo una mínima parte de todas las atrocidades que ha hecho.

—Les diré a las enfermeras que no te den leche en el desayuno, y durante unos días tendrás una dieta a base de arroz y puré de patata.

—De saber que se podía elegir menú, me hubiera puesto enferma antes. —Muestro una sonrisa nerviosa. Él hace lo mismo.

—Las enfermeras serán consideradas si se lo pido. —Escribe algo en el papel, supongo que las instrucciones para ellas.

—¿Por qué me tratas diferente?

—Por la misma razón por la que no le digo a la directora que te has llevado documentación privada de mi sala. —Le mantengo la mirada sin decir una sola palabra—. Siempre cierro la puerta del todo.

Se levanta y va a cerrarla.

—Quizá te despistaste.

—No soy idiota, Marta. Sé que has venido corriendo y te has sentado en esa silla para que no sospechara. La puerta, y que no pares de mover la pierna ni siquiera en este momento, son indicios que me hacen sospechar. Me has mentido, tú provocaste el vómito.

No sé qué decirle. Estoy paralizada, salvo por mi pierna derecha, que no puedo dejar de moverla, como bien dice.

—Tranquila, no haré nada. Ya te lo dije, me gustan las mujeres fuertes.

—Dijiste valientes, no fuertes.

—¿Acaso no eres las dos? Puedes marcharte, Marta.

«¿Será tal su sensación de impunidad que le da igual que lleve toda esa documentación», pienso cuando me marchó.

Después de la comida, todos los pacientes volvemos a nuestras habitaciones. Ahora mismo, doy gracias de no tener ningún compañero, así podré revisar la documentación del doctor Pellicer con detenimiento.

Rosa escondió solo los folios debajo de mis sábanas, debió de tirar las carpetas por precaución. He cogido al menos cinco casos diferentes, espero que sean lo bastante fuerte como para que un tribunal pueda condenar y clausurar este sitio.

Reviso expediente por expediente.

«Al paciente se le han puesto fotografías de hombres besándose y se le ha aplicado un tratamiento correctivo durante veinte minutos. La técnica usada ha sido la que ya empleara el excelentísimo doctor López-Ibor, la aplicación de electroshocks cuando el paciente veía este tipo de imágenes.

»Dos meses después de la prueba, el paciente se encuentra desorientado, apenas habla y ha perdido parte de la capacidad motora. Es posible que su cerebro haya sufrido daños irreparables».

Más abajo, aparece la firma del doctor. Durante un largo instante me quedo mirando el folio, con la esperanza de que mis ojos estén engañando a mi perturbada mente.

Escondo los papeles tan rápido como puedo detrás de mí cuando siento a alguien abrir el cerrojo de la puerta.

—Tranquila, soy yo. Te he traído algo de fruta.

Al quitar el papel de aluminio, veo que hay trozos de diferentes frutas. Sigo sin comprender cómo alguien con el corazón de Rosa puede trabajar aquí, aunque supongo que allí donde haya oscuridad, siempre hay un rastro de

luz que te impide perder la esperanza.

—Me has dado un susto de muerte —le digo cuando ya ha entrado—. Al final te pillarán robando comida.

—No la he robado, la he traído de mi casa.

—He descubierto algo, Rosa. Mira quien firma el expediente. —Le paso el folio que acababa de leer.

—Miguel Hernández...

Lee el nombre en voz alta, aunque es incapaz de pronunciar el segundo apellido. Se queda inmóvil mirando el papel, hasta que interrumpo sus pensamientos:

—Deben de haber falsificado su firma, pero nadie podría demostrarlo.

—Son todos expedientes anteriores al internamiento de Miguel como paciente. Lo contrataron para eso... para que fuera un chivo expiatorio si algo salía mal, pero ¿por qué querrían hacer eso? —Se sienta a mi lado mientras observa los papeles—. Las terapias contra homosexuales están más que bien vistas por el Régimen.

—No solo ha hecho eso, Rosa, hay cosas peores. —Le entrego uno de los folios.

—«Después de estudiar los experimentos de mi colega alemán, Josef Mengele —empieza a leer en voz alta—, he querido realizar unas pruebas parecidas con un interno que sufre esquizofrenia paranoide. Le he hecho una herida en el brazo y lo he infectado solo con tétanos, y no con estreptococos. Pasados unos minutos, he tratado la herida con penicilina, y no con sulfonamida como lo hizo el Dr. Mengele, para comprobar su eficacia.

»Tras dos semanas observando al paciente todos los días, debo decir que el experimento ha sido un fracaso. El paciente sufre dolorosas contracciones en la mandíbula y en los músculos del cuello, lo que confirma que la penicilina no ha surtido efecto contra la bacteria *clostridium tetani*. Al decimotercer día, ha aparecido muerto. He intentado reanimarlo, sin embargo, no he podido hacer nada por él.

»Con un estudio del cadáver, puede apreciarse que la endotoxina del tétanos se ha expandido y ha provocado una parálisis muscular espástica. A simple vista, y a juzgar por la contracción de los músculos faciales, la muerte ha sido provocada porque el diafragma no ha podido realizar su actividad con normalidad».

Rosa se detiene y observa durante un momento largo las fotografías que

aparecen debajo de las conclusiones del ensayo clínico. Hay una de todo el cuerpo, desnudo, del hombre que tuvo que sufrir la locura de un doctor enfermo. No obstante, la que más le conmueve es la que muestra su rostro. En ella, puede verse la cara de un chico joven, con la boca abierta en lo que parece una sonrisa. Resulta paradójico que un gesto que evidencia el signo de un dolor insoportable se llame así.

—Esto es horrible —dice en voz alta Rosa, después de haber ojeado las demás páginas del mismo expediente. Sus ojos, igual que los míos, se vuelven llorosos y llenos de rabia—. ¿Sabes dónde se aloja Juan?

—Siempre que ha venido a Sevilla se ha alojado en el hotel Gravina. Allí lo encontrarás.

—Voy a llevárselos hoy mismo —me dice convencida después de secarse las lágrimas—. Él sabe que tiene que hacer con ellos, ¿verdad?

—Sí, él me los pidió. Quiere toda la información que podamos darle.

—Confía en mí, se lo haré llegar. —Recoge y guarda todos los folios, esparcidos por mi cama.

—Antes de que te vayas, ¿podría preguntarte una cosa?

—Claro.

—¿A qué mes estamos?

—Acabamos de empezar noviembre.

—Parece que llevara varios años aquí encerrada, creo que solo gracias a ti no me he vuelto loca por completo.

Rosa me dedica una sonrisa cariñosa antes de marcharse con todos los papeles, los únicos que podrían significar mi libertad. Sé que no será ni en unos días ni en una semana, pero quizá en unos pocos meses pueda volver a respirar el aire fuera de las verjas que encierran este maldito lugar.

Quiero que se haga justicia, no solo por mí, sino por todas las personas inocentes que están encerradas aquí, y sobre todo, para honrar a aquellos que ya no pueden alzar su voz contra la injusticia. Aunque sea por una vez en esta España, donde la iniquidad es la norma, en esta ocasión, deseo con todas mis fuerzas que la mujer portadora de la balanza y la espada aparezca para dejar de ser una utopía y convertirse en una realidad.

PARTE II

Capítulo 15

«En virtud del atestado nº 165/1975 de la Guardia Civil de Sevilla en el que aparece como investigada Dña. Marta Urriaga Sánchez, como presunta autora de un delito de asesinato, se decreta la prisión provisional, comunicada y sin fianza.

»Así lo acuerda, manda y firma el Excmo. Sr. Blas Piñar i Calabra, magistrado del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción número 3. Doy fe».

Llevo mirando ese papel cada uno de los días que llevo encerrada. Ha pasado más de un año desde que estoy aquí, pero hoy por fin empezará el juicio por el crimen que dicen que cometí. Por fin se sabrá toda la verdad.

Desde que me trajeron aquí, han pasado tantas cosas que aún me cuesta creer que la dictadura haya acabado y haya llegado a España la democracia, por la que tanta gente perdió la vida durante mucho tiempo.

En la cárcel, no se puede pensar demasiado en política, solo puedes dormir, hacer un poco de ejercicio y creer en tu inocencia y en que pronto saldrás libre. Además, desde que me dijo mi abogado, contratado por Juan, que el juez Blas Piñar i Calabra ha fallecido por un infarto y ha sido sustituido por uno menos conservador, mis esperanzas de volver a ser una mujer libre han aumentado.

—Marta —salgo de mis pensamientos cuando escucho al funcionario de prisiones llamarme y abrir la puerta—, te llevamos al juicio.

—Suerte —me dice mi compañera de celda antes de salir.

—Gracias.

El camino, esposada como si fuera una delincuente, se me hace muy largo, demasiado teniendo en cuenta que desde el Centro Penitenciario Alcalá de Guadaíra está a solo veinte kilómetros.

Estoy acostumbrada a asistir a juicios por mi profesión, pero nunca había estado al otro lado. No estoy asustada ni nerviosa, solo he de seguir los consejos de mi abogado y todo saldrá bien. Al menos, eso quiero creer.

La sala está llena de gente, no esperaba tal cantidad de personas para un juicio donde se dirime la culpabilidad o no de una asesina. Supongo que tiene mucho que ver la difusión de los documentos del doctor Pellicer que ha hecho Juan, cuando Franco había muerto y cuando el gobierno de Arias Navarro estaba tan débil que un escándalo público como este lo pondría aún más contra las cuerdas.

Estoy a las puertas de la sala de vistas donde se me juzgará, y con suerte, se me absolverá de todos los cargos. Apenas pasan unos minutos cuando el agente judicial me llama para entrar. Allí, veo al juez, ocupando su lugar central; a su lado está el secretario judicial. En el estrado izquierdo se coloca la fiscalía y en el derecho alcanzo a ver a mi abogado, que asiente con la cabeza cuando me ve.

—El excelentísimo señor secretario comenzará dando lectura a los escritos de acusación y defensa. —Empieza hablando el juez. Tiene una voz grave pero no intimidante—. Tiene la palabra —le indica.

—Primero, daré parte de la acusación: «El pasado catorce de diciembre, la acusada, Marta Urriaga Sánchez, asestó hasta ocho golpes mortales a la excelentísima señora María Eugenia Valverde de Castro, directora del manicomio donde estaba ingresada la, ahora, imputada. Por ello, la fiscalía solicita la privación de libertad, de acuerdo con el artículo 406 del actual Código Penal, puesto que, como se demostrará, la encausada cometió el delito con alevosía y con ensañamiento, aumentando deliberada e inhumanamente el dolor de la víctima». De otra parte —continúa el secretario—, el escrito de defensa dice lo siguiente: «Esta defensa pide la absoluciónde doña Marta Urriaga Sánchez, ya que toda acusación contra ella es radicalmente falsa, como tendremos la oportunidad de demostrar en este juicio».

—Señora Urriaga, póngase en pie —me ordena el juez. Obedezco—. De acuerdo con la Ley de Enjuiciamiento Criminal, tiene usted derecho a guardar silencio o a contestar solo las preguntas que estime oportunas. ¿Va usted a declarar?

—Sí, señoría.

—Bien, puede sentarse. Tiene la palabra el excelentísimo señor fiscal.

—Señora Urriaga, ¿dónde se encontraba la tarde del catorce de diciembre del pasado año?

—No lo recuerdo demasiado bien, pero es probable que estuviera en el patio con mis compañeros, ya que nos dejan un pequeño tiempo para tomar el

aire.

Procuro evitar el tic nervioso que me da en la pierna derecha cuando estoy nerviosa. En situaciones de estrés me es casi imposible controlarlo, pero lo estoy consiguiendo. No quiero que el juez piense que estoy ocultando algo, o peor, no diciendo la verdad.

—¿No vio a doña María Eugenia esa tarde?

—Sí, me llamó a su despacho, pero no sé a qué hora.

—¿Podría relatar de qué hablaron?

—No lo recuerdo. —Trago saliva.

—Según la declaración de una de las enfermeras, la directora del centro le iba a dar una desagradable noticia. Entonces, usted se alteró y la golpeó, ¿verdad?

—Con la venía del tribunal —interviene mi abogado—, el fiscal está declarando por mi clienta. Pido que no conste su última intervención.

—La protesta ha lugar. Haga otra pregunta, excelentísimo fiscal.

—Lo diré de otra forma...

—No, no lo dirá de otra forma. —Lo corta, tajante, el juez—. Haga otra pregunta.

—Disculpe, señoría. ¿Recuerda si, después de la conversación, usted estaba alterada o inestable?

—No, después de hablar con ella, me fui a mi habitación, tal y como me ordenó.

—Una de las enfermeras afirmó a la Guardia Civil que la vieron nerviosa e intranquila, que casi fue corriendo a su habitación. ¿Es así?

—No, miente —digo, contundente, segura de mi respuesta—. Quizá fuera ella la que lo hizo.

—Señora Urriaga, límitese a contestar las preguntas, por favor —me reprocha el juez.

—¿Cómo se enteró de la muerte de María Eugenia Valverde de Castro?

Empiezo a hacer memoria. He pasado demasiado tiempo entre rejas y hay muchos detalles que he olvidado. Quizá mi mente lo haya hecho a propósito para dejar atrás los infaustos recuerdos de ese lugar.

—La Guardia Civil reunió a los internos y a las enfermeras en el comedor y nos lo comunicaron, después nos hicieron algunas preguntas. Si me lo permite su señoría, debo decir que la noticia me conmocionó.

—Describa al tribunal su relación con María Eugenia Valverde de Castro,

por favor.

—Mi relación con ella era como la de cualquier paciente, cordial.

Nunca hubiera imaginado que se me daba tan bien mentir, pero he de seguir los consejos de mi abogado. Decir la verdad supondría que el juez creyera en mi culpabilidad, y no estoy dispuesta a pagar por ese crimen.

—Después de que se enterara de la supuesta muerte de su hermano es cuando acudió al manicomio, ¿es así? —Siento un pinchazo de dolor en el corazón.

—Así es.

—Fue entonces cuando, allí, en el manicomio, se le diagnosticó un — revisa sus papeles— trastorno de identidad disociativo, según consta en los informes. Tanto es así que se le internó porque la noche anterior había asesinado a sus padres y usted afirmaba no acordarse de nada —levanta el tono.

—Con la venía del tribunal —interviene mi abogado de nuevo—, el fiscal está aludiendo a un caso anterior para crear prejuicios contra mi clienta. Además, en mi poder obra una declaración jurada de la testigo que dijo ver a Marta. —La secretaria judicial coge dos copias para facilitárselas, una al juez y otra al Ministerio Fiscal—. Como podrá ver el fiscal, en ella, la testigo rectifica su declaración ante la Guardia Civil debido a que, en ese momento, leo literalmente: «Sufrí presiones, coacciones y amenazas por parte del marido de Marta Urriaga, así como de algunos miembros de la propia Guardia Civil».

—Señoría, este papel no tiene ninguna validez.

—¿Desde cuándo una declaración jurada no tiene valor jurídico? —le pregunta el juez en tono severo al fiscal—. Insto a que el Ministerio Fiscal abra una investigación contra el marido de Marta Urriaga para determinar su posible responsabilidad en el asesinato de los padres de la acusada. ¿Tiene más preguntas la fiscalía?

—Sí, con la venia. Doña Urriaga, en nuestro poder obra una especie de agenda donde apuntaba su vida casi diaria en el Manicomio, así como algunas historias de los que, hemos conocido, son internos actuales. ¿Es cierto esto?

—Sí.

—¿No es cierto que la posesión de dicho material, así como del bolígrafo, una posible arma en manos de alguien con problemas mentales, está prohibida?

—Sí.

—¿Quién se lo dio?

—Una de las enfermeras.

—¿Podría decir el nombre al tribunal?

—Sí. Rosa.

—Se lo retiraron una vez y volvió a reincidir en esa falta, ¿por qué?

—Porque era lo único que me hacía libre en ese lugar.

—¿Aquello que escribió allí se basó en su experiencia real o fue fruto de su imaginación?

—Todo es real.

—En esa agenda, en la que usted escribió, aparecen supuestas historias de algunos pacientes, ¿en qué se basó para elegirlos a ellos y no a otros?

—Elegí primero con quienes más cerca me sentía, pero ojalá en un futuro pueda narrar las historias de todos ellos. —Miro al fiscal—. Todo por lo que han pasado en ese lugar, así como sus experiencias pasadas, merece ser contado, para que se conozca que esas personas, llamadas locos, tarados y demás calificativos, podrían haber tenido una vida normal, recuperarse de lo que les había pasado, pero el sistema les arrebató esa oportunidad.

—A parte de su locuaz verborrea, señora Urriaga, sin duda, admirable...

—Haga una pregunta y no entre a valorar a la procesada, fiscal. —Lo vuelve a interrumpir el juez.

—En esas «historias» —hace un gesto con las manos—, hay una que concierne a la hija de un general reputado, y con toda seguridad, bien conocido por este tribunal. ¿Podría decirle al tribunal de quién estoy hablando?

—Sí, María. No sé sus apellidos.

—En ella, dice que el general de Castillo maltrataba a su hija. ¿Cómo el tribunal va a creer la versión de alguien que dice semejante falsedad? ¿No será que todos esos escritos han sido fruto de la imaginación de una mente con un desorden mental claro, capaz de asesinar a alguien?

—Señoría, el fiscal está intentando usar una enfermedad que ha quedado en cuestión con la prueba aportada por esta defensa.

—Que no conste la última intervención del fiscal. Antes de continuar con la vista, voy a ordenar que un perito psiquiatra independiente evalúe el estado mental de la encausada. Desalojen la sala.

Cuando la Guardia Civil vuelve a trasladarme a prisión, soy consciente de que, al menos, voy a tener que pasar un día más encerrada y sin poder fumar el puto cigarrillo que ansío con todas mis fuerzas.

Llevo semanas haciendo todos los días lo mismo: durmiendo, comiendo, saliendo media escasa hora a un patio, triste y desangelado, y hablando con mi abogado para preparar la estrategia de defensa. Ahora, que parecía que todo iba a acabar, el juez va y manda que un maldito psiquiatra me vea, como si no hubiera sido bastante estar en un manicomio casi un año. La buena noticia es que mi abogado me ha dicho que será mañana mismo para reanudar lo más pronto posible la sesión.

Esta noche casi la paso en vela, pero por suerte, alrededor de las tres de la mañana, he podido cerrar los ojos. He pensado en uno de los recuerdos más bonitos que tengo, el día en el que conocí a Juan. Jamás olvidaré ese día. Fue en mi tercer viaje a Madrid y fue entonces cuando me ofreció trabajar con él. A mí, a una joven recién licenciada, con la que los directores de los periódicos rehusaban trabajar, bien por ser mujer, bien por ser novata.

Mientras estudiaba, me di cuenta de que no estaba de acuerdo con lo que se enseñaba allí ni con el pensamiento de mis compañeras. Yo no quería estudiar periodismo para publicar guías de comportamiento a mujeres, mucho menos de acuerdo con el pensamiento intransigente y dogmático de la Iglesia. Quería servir a la sociedad, y Juan me dio esa oportunidad. Aunque sea un periódico clandestino y pequeño, para mí siempre significará esa bocanada de libertad de expresión que necesitaba para sentirme útil y para servir a la profesión a la que tanto amo.

Ese recuerdo me ha ayudado muchas veces, y esta noche lo ha vuelto a hacer. Ha hecho que olvide todo lo demás: el juicio, la evaluación psiquiátrica y el pensamiento que tengo cada día de que un juez puede hacer que me pudra entre rejas el resto de mi vida.

Cuando era periodista, conocí a muchas personas cuyo destino iba a decidirse por un papel ratificado por un juez. Es diferente, muy diferente estar en el otro lado. Ahora, puedo decir, sin miedo a equivocarme, que a veces la justicia es ciega, y que pone contra las cuerdas a gente inocente. Las horas, semanas y meses que llevo aquí encerrada no me las devolverá nadie, ni siquiera si tengo la fortuna de salir libre.

Después de concentrarme en mi recuerdo más preciado, logro volver a conciliar el sueño.

Capítulo 16

Es tan temprano que aún casi es de noche. Los guardias me han traído a una sala en la que solo hay una mesa, dos sillas y un flexo. Supongo que es para la evaluación psiquiátrica, aunque parezca más para un interrogatorio de aquellos en los que te dan una paliza hasta decirles lo que quieren oír.

—Buenos días, Marta. Soy Sergio, el psiquiatra que se encargará de tu evaluación. —Aparece un chico joven, más de lo que me esperaba, pero ya con una incipiente barba y con unas gafas que no ocultan unos ojos verdosos, y preciosos, todo sea dicho.

—Buenos días. No me lo esperaba tan joven, la verdad.

—Es más cómodo que nos tuteemos. De momento todos los psiquiatras en España somos jóvenes, Marta. —Me pone una sonrisa—. Bien, vamos a empezar, ¿te parece?

—Claro, cuando quieras.

—Primero voy a enseñarte unas imágenes y me tienes que decir que ves, ¿de acuerdo?

—Vale.

Me enseña diez láminas diferentes, pero todas son dibujos formados por manchas de tinta. Algunas he tardado varios minutos en identificar qué eran, o qué me parecían a mí. No sé si esto servirá de algo o solo para que este chico le diga al juez que estoy loca de verdad.

—Ahora pasaremos a un cuestionario.

—¿Desde hace cinco años tienes problemas que te impiden llevar una vida normal?

—No, solo desde hace poco más de un año cuando María Eugenia Valverde de Castro, que Dios la tenga en su guarda, me encerró en un manicomio manipulando las pruebas y sin tener ninguna enfermedad.

Sigue haciendo varias preguntas a las que le respondo solo con un sí o un

no, hasta que llega a una que me llama la atención:

—¿Tienes dudas sobre tu identidad? Acerca de quién eres, tus gustos, de lo que debes y no hacer...

—Por supuesto que no. ¿Qué quieres, diagnosticarme si tengo un maldito trastorno de identidad disociativo? Soy Marta Urriaga, he pasado más de un año encerrada por culpa de este puto sistema de mierda. Lo único que quiero es salir de este agujero para poder tener una vida normal, como la que tenía antes de haber cometido el mayor error de mi vida.

—¿A qué error te refieres?

—A buscar respuestas, joder, a eso me refiero. Si no hubiera ido a ese puto manicomio, a lo mejor hasta mis padres seguían vivos.

Las preguntas del psiquiatra continúan, aunque me ha ofrecido un vaso de agua y un descanso de varios minutos, todo un detalle por su parte si tenemos en cuenta lo capullo que es.

—¿Qué opinas de la muerte de María Eugenia Valverde de Castro?

—Me alegré. —Le mantengo la mirada—. Yo y cada uno de los sesenta y cuatro pacientes que tuvimos la desgracia de estar ahí, nos alegramos, aunque alguno fuera tan estúpido de fingir por temor a que el doctor loco le metiera un metal por el ojo y le jodiera el cráneo, o que le pusieran electroshocks para sentir lo que ellos querían que sintieran.

—En el juicio dijiste que la noticia te conmocionó.

—¿Podrías darme un cigarrillo? —le pregunto antes de responderle.

—Cómo no, ten.

—Puedo encendérmelo yo solita. —Le quito el mechero y enciendo el cigarrillo. Me sabe a gloria. Voy a disfrutar de cada calada.

—¿Por qué dijiste eso en el juicio? —Me reitera la pregunta.

—Me conmocionó, de verdad. —Aparto el cigarrillo de mis labios y expulso el humo—. No podía creerme que esa zorra estuviera muerta.

—Omitiré ese calificativo en el informe.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—Porque no lo considero oportuno y porque podría perjudicarte.

—¿No quieres perjudicarme? —Le doy otra calada al cigarrillo mientras lo miro fijamente.

—Creo que no hiciste nada de lo que se te acusa. Creo que al haber estado encerrada tanto tiempo has creado un personaje muy diferente al que eres tú: caótico, oscuro y demasiado fuerte para ti misma.

—¿Y ese personaje del que hablas no podría haberla matado? —lo interrogo mientras devoro el cigarrillo.

—Lo dudo. —Él se enciende otro pitillo—. Es solo una construcción artificial que aparece cuando te sientes incómoda, como en este momento. Es probable que, desde que estás encerrada, no quieras mostrar tu lado más débil, tu lado más humano.

—¿En el juicio te dedicarás también a hacer conjeturas o a algo más? ¿Quieres saber la verdad? —Apago el cigarro sin quitarle la mirada—. Yo no maté a esa monja, pero ojalá lo hubiera hecho. Estaría encantada en la cárcel de haberlo hecho yo.

—Hemos terminado.

—¿Ya? Se me ha pasado rápido.

—Llevamos dos horas y media hablando, no finjas para conseguir otro cigarrillo.

—Tenía que intentarlo. —Le finjo una sonrisa.

Antes de marcharse, busca en su bolsillo y me lanza un paquete de cigarrillos Goya, mis favoritos. Una hora después, vuelvo a estar en prisión. Las mismas compañeras, la misma litera de mierda y el mismo olor a sudor al que aún no he conseguido acostumbrarme.

Gracias, sin duda, a la presura del psiquiatra, y a la presión de mi abogado, tardan solo cinco días en llamarme para la vista del juicio. Siento alivio de poder volver a ver a Juan. Desde hace mucho tiempo, es mi mayor fortaleza, por el único por el que no me he derrumbado. Ya solo me queda él.

—Se reanuda la sesión que tiene como fin determinar el grado de implicación de doña Marta Urriaga Sánchez en el asesinato de María Eugenia Valverde de Castro. —Empieza hablando el secretario judicial—. Para determinar el estado mental de la procesada, se contrató a un perito psiquiatra, el cual tendrá la oportunidad de explicar su informe.

Antes de hacerle pasar, el secretario les da un papel con la síntesis de la documentación del psiquiatra. Mi abogado y el fiscal ya han tenido la oportunidad de leer el previo, y bastante más extenso, informe del experto. Ahora, el juez y yo escucharemos sus conclusiones.

—Y bien, ¿cuál es el estado mental de la procesada? —le pregunta el juez directamente.

—Marta Urriaga Sánchez no sufre de ninguna enfermedad mental, mucho menos un trastorno de personalidad disociativo, como se afirmaba en el

informe por el que se internó a la procesada.

—Así que, el doctor Pellicer se equivocó en su diagnóstico, tal y como afirma en su informe, ¿verdad? —le pregunta mi abogado.

—Sí, se equivocó al diagnosticarle una enfermedad mental, sin embargo, me atrevería a decir que no fue una equivocación involuntaria.

—¿Por qué afirma eso?

—No hay nada en ese informe que acredite un trastorno de personalidad disociativo, solo es contenido general que podría estar en cualquier libro de medicina, nada referido concretamente a la paciente en cuestión. De hecho, me atrevería a afirmar que se firmó el ingreso de Marta sin que el facultativo la hubiera visto antes.

—Hay historias en esa agenda que no se corresponden a la realidad, dos internos, con nombre María, hija de un general, y Daniel, un chico con problemas desde su adolescencia, fueron internados allí por mantener relaciones sexuales en público, y ella escribe algo totalmente falso, ¿a qué lo achaca entonces?

—A la necesidad de tener algo que escribir, y a criticar a un Régimen que ella cuestionaba. Tener imaginación no puede constituir ningún delito, si me permite el atrevimiento su señoría.

He de reconocer que el psiquiatra tiene una oratoria digna de un político, aunque todo podía haberse resumido en que no estoy loca y que fui encerrada por alguien que sí lo estaba.

—¿Por qué tendríamos que creer a un psiquiatra recién salido de la Universidad antes que a un médico que lleva toda su vida trabajando para el Estado? —le inquiera el fiscal.

—El tribunal decidirá a quién creer cuando escuche al testigo de la fiscalía, el doctor Pellicer, no obstante, la validez del testimonio de un profesional es tan, o más válida, que la de un doctor cuyas prácticas se han puesto más que en cuestión con las publicaciones que se han podido ver en algunos diarios —le contesta el juez.

—Los siguientes declarantes serán los testigos de la fiscalía. La primera es Montse Martínez López, la enfermera jefe —me aclara mi abogado en un susurro al oído.

No pasan ni cinco minutos después de decírmelo, cuando Montse entra por la puerta de la sala de vistas. Cambia mucho al verla sin la bata de enfermera y con el pelo bien alisado y peinado, además de una buena capa de maquillaje.

Hasta podría decirse que no es tan fea.

—Puede sentarse —le dice el juez después de haberle hecho las preguntas habituales: ¿Tiene el DNI en regla? ¿Su nombre es Montse Martínez López? ¿Edad? ¿Estado civil? Todas esas preguntas que sirven para hacernos perder el tiempo a todos.

—¿Desde cuándo lleva trabajando en el manicomio de Miraflores? —
Empieza su interrogatorio el fiscal.

—Desde 1965.

—¿Ha tenido algún incidente con alguno de los internos?

—Los habituales con enfermos mentales.

—¿Cómo fue su relación con la procesada, Marta Urriaga Sánchez?

—Era una de las internas más problemáticas, incumplió las normas varias veces. Creo que hasta mató a su compañero.

—Protesto —alza la voz mi abogado—, la testigo está haciendo suposiciones que incriminan a mi clienta sin ninguna prueba.

—La protesta ha lugar. Límitese —se dirige a Montse— a responder las preguntas de la fiscalía sin hacer suposiciones.

—Sí, señoría. La paciente Marta Urriaga era problemática —insiste Montse—. En varias ocasiones, se negó a ir a su habitación después del tiempo libre y en una ocasión me agredió.

—¿Qué le hizo?

—Señoría, de acuerdo con el artículo 263 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, rogaría que el tribunal declarara impertinente este interrogatorio, nada de lo que está preguntando el fiscal guarda relación con los hechos.

—¿Desde cuándo es impertinente demostrar los antecedentes violentos de una procesada? —le inquiera el fiscal a mi abogado.

—La fiscalía puede continuar —aclara el juez.

—Me dio un puñetazo en la cara.

«Zorra mentirosa», pienso para mí. Lo hubiera dicho en voz alta, pero eso solo habría conseguido perjudicarme.

—Sabiendo los antecedentes de la procesada, no sería de extrañar que cometiera un acto tan deleznable como lo es el asesinato de una sierva de Dios.

—Fiscal, si vuelve a declarar por la testigo, suspendo la vista. —El juez endurece el tono—. Haga una pregunta.

—¿Vio salir a Marta Urriaga del despacho de la directora el día de su

muerte?

—Sí.

—¿En qué estado se encontraba?

—Estaba nerviosa, muy nerviosa, pero no solo eso, tenía la bata llena de sangre. Cuando la vi corriendo por el pasillo así, fui inmediatamente al despacho de María Eugenia y entonces la vi. —Se le quiebra la voz y se seca las lágrimas con un pañuelo—. Intenté ayudarla, pero no había nada que hacer. Tenía la cabeza destrozada, apenas podía reconocérsele.

—¿Puede ser que Marta Urriaga saliera corriendo al verla así y que otra persona lo hubiera hecho?

—No, ese día nadie más había entrado en el despacho de María Eugenia.
—Vuelve a sollozar.

—No hay más preguntas.

—Su turno, letrado —dice el juez mirando a mi abogado, que ya tiene una retahíla de preguntas que ha ido apuntando después de las contestaciones de la testigo.

—A preguntas de la fiscalía, ha respondido que solo tuvo los típicos problemas con enfermos mentales. ¿Acaso es un «problema típico», de acuerdo con sus propias palabras, que un interno mate a una enfermera?

—No, pero eso ocurrió hace ya más de cuatro años.

—Puede decirle al tribunal qué enfermera murió el día trece de marzo de 1972?

—Mi hija. —Baja la cabeza y cierra los ojos.

—¿Qué relevancia tiene eso para este procedimiento? —interpela el fiscal, con el ceño fruncido.

—Ahora lo entenderá. —Gira la mirada de nuevo hacia la testigo—. ¿Qué le ocurrió al interno?

—Murió de una insuficiencia cardiaca a los pocos días.

—¿Qué casualidad! —se exalta mi abogado—. ¿No será que se vengó de él?

—Protesto, el abogado está haciendo conjeturas.

—Lo retiro —aclara mi abogado antes de que el juez declare impertinente su pregunta.

—¿Por qué siguió trabajando allí después de que ocurriera eso? No me imagino a ninguna madre trabajando en el mismo sitio donde un interno ha asesinado a su propia hija.

—El abogado está dirigiendo al testigo —interviene de nuevo el fiscal.

—Responda al letrado. —El juez lo ignora.

—Porque la directora me lo pidió.

—¿No será que se lo ordenó? Una carta que obra en mi poder demuestra que hace unos meses envió un escrito pidiendo su traslado, pero la directora volvió a negárselo, otra vez. Diga la verdad, Montse —endurece aún más el tono—, reconozca que usted asesinó a la directora del manicomio e incriminó a mi clienta. Quería justicia por la muerte de su hija. Primero acabó con la vida del interno, y cuando ha tenido la oportunidad, ha acabado con la vida de quien era la máxima responsable de la muerte de su hija. Reconózcalo.

Las palabras de mi abogado conmocionan a los asistentes del juicio y al propio juez, a quien veo abrir los ojos, perplejo ante la afirmación de mi letrado. Montse lo mira impertérrita, sin pronunciar palabra.

—Está haciendo una acusación muy grave —le advierte el juez.

—La mantengo. La testigo es la única asesina que hay en esta sala, señorita. Mi clienta corrió después de ver el cuerpo de la directora. Intentó ayudarla, pero no pudo hacer nada por ella. Se fue porque sabía que la incriminarían. Usted la asesinó —vuelve a dirigirse a Montse con su tono más duro—, ¿verdad? Reconózcalo.

—Basta ya, el abogado está declarando por la testigo —le reprocha el fiscal.

—No tengo más preguntas, señorita.

Capítulo 17

Tengo la sensación de que mi abogado ha dejado noqueado al tribunal. Durante varios minutos, el silencio recorre la sala y solo se escuchan los murmullos de los asistentes. Carlos, mi letrado, me mira con rostro serio. Apenas lo veo pestañear mientras observa el rostro desencajado del fiscal y de la testigo.

La primera norma de todo buen abogado defensor es crear dudas acerca de quién cometió el asesinato, es fundamental poder culpar a alguien que tenga un buen motivo para hacerlo.

—Puede contestarle, si así lo considera oportuno —le aclara el juez a Montse, que sigue sentada sin mover un músculo.

—No voy a responder a tal despropósito. Jamás le haría daño a María Eugenia. No solo era la directora de donde yo trabajo y me he dedicado en cuerpo y alma, sino que éramos también buenas amigas.

—Tendremos en cuenta su testimonio. Si no hay más preguntas —mira a mi abogado y a la fiscalía, quienes niegan con la cabeza—, puede recoger su DNI y marcharse.

—Gracias.

—Pasamos al testigo de la fiscalía, el doctor Santiago Pellicer i Cabrera.

Los formalismos de siempre antes de pasar a las preguntas serias.

—¿Qué relación tiene con la acusada? —Comienza el fiscal.

—Era paciente del manicomio de Miraflores.

—A raíz de un nuevo informe sobre la señora Marta Urriaga Sánchez, el suyo ha quedado en cuestión a la vista del tribunal. ¿Podría confirmarnos que trató a la paciente, hoy procesada por un delito de asesinato, y le diagnosticó trastorno de identidad disociativo?

—Fue la directora quien me pidió que hiciera ese informe, jamás vi a Marta Urriaga antes de que la trajeran a mi despacho, cuando sufrió un

desmayo.

—¿Está seguro de ello?

—Ya ha respondido, que no le gusten las respuestas no quiere decir que las vaya a cambiar. Haga otra pregunta —le insta el juez.

—¿Por qué permitió, entonces, que siguiera allí?

—El Ministerio Público me va a hacer esa pregunta, ¿de verdad?

—Responda, por favor —le ordena el juez.

—Hace solo unos pocos meses este país vivía en una dictadura. En el manicomio hay gente sana, incluso diría que hay pacientes más cuerdos que yo. Los informes se firmaban por orden de la directora. Marta Urriaga no debería haber estado allí encerrada. —Me dedica una mirada que me eriza la piel.

Supongo que la fiscalía no se esperaba nada de esto. Siendo sincera, a mí me está costando creer que las palabras que estoy escuchando sean del doctor que practicaba lobotomías a homosexuales.

—Continuemos. —El fiscal ordena varios papeles. Después de lo dicho por Pellicer, muchas de sus preguntas habrán quedado obsoletas—. ¿Dónde estaba la tarde en la que fue asesinada María Eugenia Valverde de Castro?

—En mi despacho, como todos los días.

—¿Vio a Marta Urriaga?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Unos minutos antes de las cinco.

—El forense confirmó que la muerte se había producido en torno a las cinco de la tarde.

—Lo sé, por eso no entiendo por qué se ha acusado a Marta. En un tiempo tan corto, yo diría que es imposible cometer un crimen, pero las autoridades son, desde luego, más capaces que yo para averiguar quién hizo ese acto tan despreciable.

—Le recuerdo que está bajo juramento, y mentir constituye un delito de falso testimonio. —Lo amenaza el fiscal—. La acusada jamás mencionó que estuviera con usted.

—Es posible que, debido al ver el estado del cadáver, la acusada sufriera una amnesia temporal. Después de un evento traumático, y el estrés al que ha sido expuesta, no sería de extrañar.

—¿Alguien podría ratificar su versión? —le pregunta el fiscal.

—Por supuesto, una de las enfermeras la trajo porque había vuelto a

vomitara por la noche y tenía fuertes dolores abdominales en esos momentos.

—¿Cómo se llama la enfermera?

—Rosa.

—¿Cómo explica que se encontraran las huellas de Marta Urriaga en el arma que se usó para el crimen?

—Fiscal, de nuevo lo llamo al orden. Es una pregunta manifiestamente impertinente, y usted lo sabe. Esa pregunta no puede hacérsela a un testigo.

—Reformularé la pregunta. En el arma homicida se han encontrado huellas de la acusada, ¿no es posible que se esté equivocando de hora?

—Apunto a todos los pacientes en mi agenda, fue a esa hora. No sería difícil de explicar que alguien que ve un arma la coja y la tire a un lado para ayudar a quien está desangrándose en el suelo. No obstante, como he dicho, seguro que los agentes del orden tienen respuestas más acertadas que un simple doctor. —Vuelve a dedicar esa mirada de superioridad, esta vez al fiscal.

—De acuerdo con el artículo 327 del Código Penal, solicito al tribunal que abra diligencias para la imputación de perjurio al testigo —exhorta el fiscal.

—Tras el estudio de las pruebas y escuchar el testimonio de los demás testigos, lo consideraremos —le aclara el juez—. ¿Tiene más preguntas la fiscalía?

—No, señoría.

—Es el turno de la defensa.

—Señoría, solo un par de cuestiones. ¿Cree que es posible que se produjera un asesinato en los pocos minutos en los que Marta Urriaga salió de su despacho y la enfermera encontró el cadáver? —pregunta mi abogado.

—A mi juicio es imposible.

—Después de haber tratado varias veces a mi defendida, ¿diría que es capaz de matar a alguien?

—En absoluto, nunca mostró un comportamiento hostil, ni siquiera hacia su compañero de habitación, con quien, sin duda, era difícil convivir debido a su grave trastorno de identidad.

—No tengo más preguntas, señoría.

Después de que se vaya el doctor Pellicer, el secretario judicial manda llamar a la siguiente testigo, esta vez de parte de la defensa, aunque el fiscal, a juzgar por su cara de desagrado y por su reacción, habrá creído que su testigo

se ha vuelto loco o que lo hemos comprado. No en muchos juicios puede verse a un funcionario público testificar contra el criterio de la fiscalía, menos aún arriesgarse a ser imputado por perjurio, cuando todos los indicios apuntan a que fui yo quien la asesinó. Un indicio ha bastado para condenar a miles de personas en España, incluso cuando estos han sido creados o manipulados por las propias fuerzas del orden.

Lo cierto es que cuando veo entrar a Rosa, una extraña sensación de esperanza y alivio recorre mi piel. Hacía meses que no la veía y ha supuesto una alegría volver a verla y saber que está bien, aunque no pueda ni acercarme a ella. Nuestras miradas se cruzan. Le dedico una media sonrisa.

—No vuelvas a hacer eso, el juez podría haberte visto y dudar del testimonio de la testigo por ser parcial —me reprocha, con gesto serio, mi abogado.

—¿Llevó a la acusada al despacho del doctor Pellicer la tarde del trágico suceso? —Empieza el fiscal.

—Así es.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las cinco de la tarde. Se encontraba mal y creí que era lo mejor.

—Está bien. —Hace una mueca de desaprobación—. ¿Cuándo conoció a Marta?

—Sí —tose—, la conocí cuando la internaron en el manicomio de Miraflores.

—¿Era solo una paciente o algo más?

—Solo una paciente. Hablé con ella alguna que otra vez, pero nada más.

—¿Y por qué le entregó una agenda, un lápiz y más tarde un bolígrafo? Todo ello, de acuerdo con las normas que rigen esa institución mental, está prohibido.

—Por compasión. La veía sufrir cada día, veía que trataba de relacionarse, y aun así, se sentía sola, aislada por completo en un mundo al que no pertenecía.

—¿Cree que no merecía estar allí después de asesinar a sus padres?

—Esa pregunta no procede, la autoría de ese crimen ha quedado en cuestión —replica mi abogado.

—La retiro —se retracta el fiscal, pero no tarda en volver a la carga—. ¿No es cierto que en una ocasión la acusada se alteró y amenazó públicamente

a la directora?

—No me consta.

—No le consta. —Hace una mueca de desaprobación con la boca—. El atestado de la Guardia Civil, con la declaración de una enfermera y de varios pacientes, asegura que la acusada dijo, leo textualmente: «¡Te mataré, juro que te mataré!

—En ese momento no estaría.

—¿Y nadie se lo comentó?

—La directora recibía constantes amenazas de diferentes internos, sobre todo de aquellos que, en mi humilde opinión, no deberían estar ingresados. No era nada reseñable.

—No tengo más preguntas, señorita.

—¿La defensa tiene alguna pregunta?

—Sí, con la venia. ¿Marta ha mostrado alguna vez, en todo el periodo de internamiento, algún comportamiento fuera de lo normal y/o violento?

—En absoluto, era una paciente modelo.

—No tengo más preguntas, gracias.

—Escuchados los testigos, cada parte tendrá veinte minutos para defender sus alegatos finales. Primero comenzará la fiscalía —interviene el juez.

—Gracias, excelentísimo señor. Tras el estudio de las pruebas, los antecedentes de la acusada y el testimonio de los testigos, queda demostrado que el día catorce de diciembre se produjo un terrible asesinato cometido a manos de doña Marta Urriaga Sánchez. Los atestados y la declaración de la enfermera jefe deben bastar para que se haga justicia por el crimen atroz perpetrado por una persona que se ha demostrado violenta, irascible e incluso amenazante. Su señorita no debe caer en la falsedad de los testimonios dados por algunos de los declarantes, puesto que todos ellos han manifestado una visión sesgada de la procesada, hasta el punto de cometer perjurio para defenderla. Por todo ello, el Ministerio Público pide una condena de veinte cinco años y ocho meses por el tipo penal de asesinato, con el agravante de alevosía.

Cuando escucho los años que pueden caerme, mi corazón da un vuelco y mi pierna derecha empieza a moverse por culpa del tic nervioso. Tengo una sensación de mareo y de malestar general. Apenas tengo saliva en la boca y mi garganta se ha quedado seca en los últimos segundos. Bebo toda el agua de mi vaso de una vez, aunque no noto que me refresque.

—Es el turno de la defensa. —El juez hace un gesto de aprobación a mi abogado cuando se dispone a hablar.

—Señoría, hace casi cuarenta años este país fue condenado a vivir una dictadura, una de las más sanguinarias y crueles de la Historia reciente de Europa. Los primeros años fueron fusilamientos cada día, me atrevería a decir cada hora. El número de ejecutados hoy es imposible saberlo. Aún hay mucha gente que ni siquiera ha podido llorar a sus muertos porque no tienen un lugar al que llevarles flores o en el que depositar sus lágrimas. Esas injusticias no acabaron después de que se instaurara el poder autoritario. —Hace una pausa para beber agua—. El Estado ha agredido y atacado los derechos de los ciudadanos, como es el caso de mi clienta. No solo se coaccionó a una ciudadana para que testificara en su contra y se dejara libre a un amigo de las fuerzas de seguridad del Estado, sino que la directora del centro la internó sin tener ninguna enfermedad mental, con el único propósito de ocultar la vergüenza y la ignominia que los muros del manicomio de Miraflores encerraban, y siguen haciéndolo.

»Señoría, con la democracia deben venir tiempos de justicia. Mi clienta ha sufrido la opresión de todo un Estado y ahora se le culpa de un asesinato que no cometió. En este alegato final, no obstante, no solo quiero defender a mi clienta que, como ha quedado ampliamente demostrado, pese a que la fiscalía mire hacia otro lado, es inocente de todos los cargos, sino que también quiero pedir que este juzgado investigue la posible violación de Derechos Humanos que se ha cometido en el manicomio de Miraflores, así como la realización de una exploración psiquiátrica independiente de todos y cada uno de los internos para determinar si deben, o no, seguir allí.

»Hoy, tras demasiados años de injusticia, de daños irreparables, de miles de víctimas que han sufrido la violencia de todo un Estado, puede hacerse justicia. Está en su mano hacerla. Fallar en contra de mi clienta es apuntalar un sistema corrupto. ¿Es en ese país donde quiere vivir su señoría, un lugar donde la crítica al mismo se confunde con el delito de traición, y se les encierra en manicomios, o en cárceles, en las que esas personas quedan relegadas a una existencia inhumana? Este juicio puede demostrar que en España hay cabida para la equidad.

Cuando acaba mi abogado, me doy cuenta de que tengo los ojos llorosos y varias lágrimas se han deslizado de ellos. Estoy pensando en Miguel, en Ana y en todos los pacientes que están aún encerrados en un lugar que los condena a

una vida miserable. Le pedí a mi abogado que en su escrito de defensa los incluyera para pedir la libertad de todos aquellos que están capacitados para salir al mundo real.

Aún creo que en este país hay un espacio, por muy pequeño que sea, para que se haga justicia. Si no es conmigo, si paso otros veinte años encerrada, al menos que gente inocente pueda tener una oportunidad para vivir en paz y en un país donde no haya miedo a perder la libertad.

El juicio ya está decidido. Mi futuro también.

Capítulo 18

Dos semanas más tarde, mi abogado viene a verme a la cárcel. A juzgar por su cara, parece que trae buenas noticias, aunque con esta gente nunca se sabe. Quiero saber ya si voy a poder tener una vida normal o pudrirme en este sitio. Estar encerrada es algo a lo que no puedes acostumbrarte, tampoco a miccionar delante de otra gente o a ducharte con cien ojos mirándote. La privacidad no existe, y todo el mundo la necesita, no obstante, para poder sobrevivir aquí, te niegas a pensar en ello.

—Buenos días, Marta.

—Hola, Carlos. ¿Se sabe algo de la sentencia?

—Desde hoy, eres una mujer libre. Estás absuelta de todos los cargos.

—¿Cómo? —Me levanto de la silla, en mitad de la sala de visitas—. ¿Es en serio?

—Por supuesto, ya he arreglado casi todos los papeles. En unos minutos, estarás libre.

Me abalanzo hacia él para darle un abrazo. Antes de que pueda llegar a él, el guardia se acerca a nosotros.

—No puede haber contacto físico, son las normas —nos dice con tono amenazante.

—Mi clienta ha sido absuelta de todos los cargos, aquí tiene el documento que acredita que tiene que ser puesta en libertad de inmediato. —Se lo entrega—. ¿Permitirá el derecho de una ciudadana libre a poder dar un abrazo a su amigo o quiere que hable con su superior?

—Disculpe, letrado. —Se retira.

—¿Dónde está Juan?

—Está fuera, esperándote. Como no estamos en horario de visitas, no lo han dejado pasar.

—Tengo que darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí. ¿Qué pasó

con los demás pacientes? ¿Sabes algo?

—Léelo tú misma. —Me entrega un buen taco de folios cuando nos volvemos a sentar—. En la página cuarenta y tres, tercer párrafo.

—«Debido a las recientes publicaciones —empiezo a leer en voz alta— en prensa sobre el manicomio de Miraflores, y por el testimonio que este tribunal ha tenido a bien recopilar de diferentes internos y enfermeras, ordenamos una evaluación psiquiátrica independiente de los internos. Aquellos que la pasaren positivamente serán puestos de inmediato en libertad, y sus antecedentes penales cancelados a todos los efectos para que esas personas, maltratadas por el Estado, puedan tener la vida normal que el sistema les ha negado».

Mi voz se quiebra y me es imposible seguir leyendo.

—Tardarán unas semanas, pero saldrán. —El abogado me agarra la mano derecha con fuerza—. Lo conseguiste, Marta.

Otro funcionario de prisiones entra, interrumpiendo nuestra conversación. Lleva un bolso que reconozco al instante, es donde me trajeron las pocas cosas que tenía cuando me trasladaron a la cárcel.

Se acerca a nosotros, con un rostro serio, tanto que creo que ha pasado algo malo.

—Firma esto y ya podrás irte —me aclara dejando el papel y un bolígrafo encima de la mesa. El bolso lo deja a mi lado.

Puedo volver a respirar con tranquilidad. Aunque hasta que no salga de aquí y me roce la luz del sol, sabiendo que no voy a volver a ser encerrada, mi corazón seguirá latiendo con miedo, y mi respiración se entrecortará cada vez que vea a uno de esos agentes vestidos de verde, que no han hecho otra cosa que legitimar y afianzar a un Estado corrupto y autoritario.

Los minutos en los que mi abogado y yo recorremos el laberíntico pasadizo hasta llegar a la puerta de salida, se me hacen eternos, pero al fin, salimos. Allí puedo ver a Juan, engalanado con su habitual traje de rayas y acicalado con una perfecta barba recortada y un sombrero que le da ese toque misterioso que tanto me gusta. No duda en abrazarme, me agarra tan fuerte que no puedo evitar hacer un quejido, aunque si dijera que no me gusta esa sensación, mentiría. Echaba de menos su contacto.

Cuando nos separamos, me tomo unos minutos para mirar el horizonte, el cielo está precioso, algo cubierto, como a mí me gusta. Respiro tan hondo como la primera vez que me dejaron estar en el patio del manicomio de

Miraflores. Es una sensación parecida, pero diferente a la vez. Ahora, siento que soy dueña de mi propia vida.

—Marta, te he echado tanto de menos. —Juan tiene la voz algo quebrada, y sus ojos están brillantes, como si quisieran deshacerse en lágrimas. Jamás lo había visto así, no se caracteriza por ser un hombre sensible ni mostrar sus sentimientos.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí.

—No era justo lo que habían hecho contigo.

—Ahora no quiero pensar en ello. Necesito un puto cigarro —le digo sonriendo.

Aún no me creo que sea libre. El cigarrillo me sabe a gloria.

Después de ir a comer a un bar, por fin algo decente en mucho tiempo, Juan y yo nos despedimos de Carlos. Toda mi vida estaré en deuda con él. Sin su ayuda, ahora mismo seguiría encerrada sin ninguna esperanza de poder conseguir la libertad. Por muy duro que suene, hubiera preferido suicidarme a seguir encerrada un mes más.

—Me he dado cuenta de que te quiero, Marta, mucho más de lo que creía —me espeta cuando salimos del local.

—Si te soy sincera —le digo mientras seguimos caminando—, una de las cosas que me dio fuerzas para seguir adelante fue recordar el momento en el que nos conocimos. Eres muy importante para mí, demasiado como para ser solo amigos.

Seguimos hablando mientras recorremos buena parte de Sevilla, hasta que llegamos a mi querido puente de Triana, en el que nos detenemos unos minutos para mirar la inmensidad del río Guadalquivir. Es precioso. No recordaba el caminar de sus aguas ni el sonido tan relajante que deja con su movimiento.

Juan me abraza por detrás. Podría ser una escena bucólica, digna de cualquier novela rosa, de esas que siempre he odiado, si no llevara el pelo largo, desaliñado y una ropa que parece que no ha tocado el agua en siglos.

Después de ese momento de paz, seguimos paseando para encontrar una tienda y cambiarme. No tardamos mucho en hacerlo. Siempre fui muy coqueta con mi aspecto, y después de ganar mi batalla más dura, no pienso dejar que esos cabrones me lo estropeen. Tras ponerme una blusa azul marino, transparente en los brazos, unos pantalones negros y unas sandalias del mismo color, salimos de la tienda de camino a una peluquería.

Reconozco que sentir las manos de alguien acariciándome el cabello con

la delicadeza de una peluquera me ha sentado de maravilla. Quería un cambio, y lo primero por lo que he empezado, ha sido mi aspecto. Puede parecer una idiotez, y quizá lo sea, pero necesitaba empezar por algo para intentar dejar atrás todo por lo que he pasado.

—El pelo rubio te sienta genial.

—Necesito ir a un sitio antes de que nos vayamos a Madrid.

—Claro, cogemos un taxi.

Tardamos solo unos minutos en llegar a la parada, donde hay varios taxis esperando a sus pasajeros, y apenas media hora en llegar a nuestro destino.

—Esto quiero hacerlo yo sola, por favor. Espera aquí.

—Por supuesto, Marta.

Debería haber más hombres como Juan, la mayoría son controladores y consideran a sus novias o mujeres de su propiedad. Muchas de ellas aceptan eso, como si no tuvieran otra opción que ceder ante lo que quieren sus maridos o padres. Es una lástima que todo un Estado y la Iglesia consideren que las mujeres no servimos para nada más que lavar, cocinar y tener contentos a otros, dejando a un lado nuestras propias vidas. Es difícil encontrar a un hombre como Juan.

Voy, cigarro en mano, recorriendo los diferentes caminos del cementerio. Hay tantas lápidas que no sé dónde estarán las de mis padres. Al menos, yo conozco el lugar para poder llorarlos.

Por fin, doy con ellas. Están juntas, como ellos lo habían estado durante toda una vida, hasta que alguien sin escrúpulos rompió ese lazo que parecía inquebrantable.

—Aunque no podáis oírme nunca más —lo digo en alto, aunque sé que no aguantaré mucho sin que mi voz se quiebre—, os quiero. No puedo decir que los dos fuerais un ejemplo para mí, pero sí me sacasteis adelante en los tiempos más difíciles. Os echaré de menos, más de lo que imaginaba cuando me dieron la noticia de vuestra muerte. Al final, es verdad eso que se repite como un mantra, no te das cuenta de lo que tienes hasta que la vida te lo arrebató en el momento que menos te lo esperas.

No puedo continuar mis palabras porque me he quedado sin voz, sobre todo después de ver el nombre de la lápida de al lado. Me ha desgarrado por dentro. Lo sabía, sabía que había muerto, pero ha sido la confirmación de algo que no quería creer.

Camino unos pasos hasta estar al lado de la losa. La acaricio porque ya no

puedo hacérselo a él. No podré abrazarlo nunca más. Jamás le daré las buenas noches como lo hacía cada día cuando éramos pequeños. Me lo han arrebatado, me han quitado una parte de mí, y ni siquiera estoy segura de que él supiera cuánto lo quería. El trabajo hizo que estuviera ausente cuando más me necesitaba, y eso jamás me lo perdonaré.

Me arrodillo al suelo porque mis piernas flaquean tanto que no puedo mantenerme en pie, y lloro, me desahogo en lágrimas y hago un grito al cielo.

Capítulo 19

El cielo se ha ennegrecido, y algunas gotas caen encima de mí. Aún estoy de rodillas al lado de la lápida de mi hermano. Me he quedado inmóvil, llorando y pensando que ya no me queda familia, al menos no con la que tenga relación.

Me enciendo otro cigarro mientras me quedo mirando el nombre de la lápida. No dejo de pensar que habrá sido un tío, con el que jamás nos hemos llevado bien, quien se habrá encargado del entierro.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Juan.

No lo había visto acercarse y he tenido que secarme las lágrimas antes de que me vea así. No quiero volver a mostrar mi parte más frágil a nadie, porque si lo hago, pueden aprovecharlo contra mí. No estoy dispuesta a ello.

—Sí, ha sido la impresión del momento.

—¿Quieres que te deje otro momento?

—No te preocupes, vámonos. Ya me he despedido de ellos.

Juan ha traído una chaqueta para cubrirnos por encima, aunque la verdad es que me encanta caminar mientras noto cómo van cayendo las gotas de lluvia sobre mí.

—Menos mal que es verano, sino caerías enferma. ¿Por qué no te cubres? —me pregunta sonriendo cuando me ve que me voy adelantando a él.

—¿Sabes cuánto tiempo hacía que no podía respirar el aroma que desprende la lluvia?

No puedo sentir alegría, ahora mismo no, pero la libertad es el mayor derecho que conquistamos hace mucho tiempo las mujeres, así que debo aprovechar cada segundo del que dispongo de ella. Cuando estuve en la cárcel, los recordé cada día, lloraba por mis padres, mas no por mi hermano, aún tenía la esperanza de que siguiera con vida.

—¿Estás mejor? —me pregunta cuando nos volvemos a sentar en el taxi.

—Sí.

—Me encantaría verte con esa sonrisa que pusiste antes.

Juan es de esas personas que con una mirada puedes ver su corazón y qué piensa de quien tiene en frente. Si algún día llegara a saber que maté a un hombre con mis propias manos, quizá sus ojos me dirían otras cosas. Tampoco creo que me dedicara su sonrisa más dulce.

Las experiencias pueden cambiar a una persona de manera imprevisible, y a veces, ni siquiera los propios artífices de ese cambio son capaces de prever las consecuencias. Estar en el manicomio me ha servido para darme cuenta de que puedo matar si alguien se interpone en mi camino.

—¿A dónde ahora? —nos pregunta el taxista cuando nos subimos.

—A la calle Aire, si es tan amable.

—Por supuesto, señorita.

—Mi madre quiere comprar unas oficinas para tener un periódico de forma oficial. —Rompe el silencio Juan.

—¿No se meterá en problemas si hace eso?

—La ley Fraga sigue vigente, pero a mi madre le han llegado rumores de que el nuevo gobierno pretende derogarla, así que quiere tenerlo todo listo para cuando llegue el momento. Me dejará a mí a cargo de todo.

—Eso es estupendo, me alegro mucho.

—La mala noticia es que mi madre ya no está muy bien.

—¿Qué le ocurre?

—Tiene artrosis y ya no puede hacer demasiadas cosas por sí misma.

—Lo lamento...

—La edad no perdona a nadie, pero para ella es bastante duro, ya la conoces. —Hace una mueca de sonrisa.

—¿Aquí le va bien, caballero? —El taxi se detiene cuando estamos en el inicio de la calle.

—Sí, aquí nos va bien —le respondo con retintín cuando le doy el dinero del trayecto.

Aunque sea una última vez antes de irme a Madrid, tenía que volver a la casa de mis padres. Es duro despedirse de una casa en la que has vivido durante tanto tiempo y en la que guardas tantísimos recuerdos, sin embargo, tardaré bastante en regresar a Sevilla. Quería estar en ella unos minutos. Necesitaré un tiempo para olvidar todo lo malo que me ha traído venir aquí.

Cuando entro por la puerta, se me agolpan reminiscencias de mi niñez, de

mí contándole un cuento a mi hermanito después de que mi madre intentara por todos los medios que Carlos durmiera. Es triste ver cómo los años han pasado y cómo ha cambiado todo, el tiempo es el juez supremo de la existencia, nos condena toda una vida a recordar a seres queridos que ya no están.

En la habitación de mis padres, cojo una de las fotografías que tienen enmarcadas de su boda, siempre fue mi favorita, el momento en el que se besaron delante del párroco. Una de las cosas que más dolor me aflige es que jamás verán la nueva España, la España que está empezando a construirse y por la que tanto ha luchado su hija. Estoy segura de que habrían disfrutado la libertad que viene imparable, como la ola del mar que ya nadie puede detener una vez que las aguas se han alzado. Recorro la habitación, toco las sábanas que ya nunca tapan a sus huéspedes, y mis ojos, una vez más, se vuelven llorosos.

Voy también a la habitación de mi hermano y hago lo mismo: cojo mi fotografía favorita, es Carlos cuando solo tenía cuatro años, de su primer día yendo a párvulos. Tenía un pelo rubio hermoso y unos ojos castaños claros, que con el tiempo se le fueron oscureciendo. Acaricio el cristal de la foto. Su carita, con una mueca graciosa, me saca una sonrisa.

—Estoy contigo, Marta, siempre lo estaré. —Un escalofrío recorre todo mi cuerpo cuando escucho la voz de mi hermano detrás de mí. Me giro al instante, pero solo veo la puerta abierta y las escaleras para bajar a la primera planta.

El sonido del timbre me saca de mis pensamientos. Casi tiro las fotografías.

—Rosa —no puedo evitar un gesto de sorpresa al verla, desconocía que supiera donde vivía—, ¿qué haces aquí?

—Tu abogado me informó de que te habían absuelto y quería saber si estabas bien, quizá haya sido una tontería.

—En absoluto, Rosa, si estoy libre es gracias a ti. Tú y el doctor Pellicer, aunque me duela reconocerlo, me habéis ayudado. Siéntate, por favor. —La invito a sentarse en una de las sillas del salón donde está Juan.

—Hay una cosa que deberías saber, el doctor Pellicer me envió una carta hace dos días para las dos.

—¿Qué decía?

—Léela tú misma —me dice, parece algo compungida.

—*Esta carta es para despedirme de las dos únicas personas que aún hoy*

aprecio. —Empiezo a leer en voz alta—. Durante años, he creído que hacía lo correcto intentando curar algo que no es ninguna enfermedad. Me he equivocado, y es demasiado tarde para emendar esos errores. Les arrebaté la oportunidad de tener una vida normal a muchas personas, gente inocente que nunca volverá a ser como lo era antes, les arrebaté la ocasión de cumplir sus sueños, de amar, de odiar, de sentir... Mis manos están manchadas con demasiada sangre como para que puedan estar limpias en algún momento.

»Años amando en silencio a la directora del manicomio, y apareciste tú, Marta, y lo cambiaste todo. Cada día era más consciente de que no debías estar encerrada, tenías que ser libre para que esa mirada iluminara el mundo. La muerte de María Eugenia nos ha hecho libres, era la única manera de conseguir esa libertad que tanto te merecías.

»Solo espero que mi testimonio, y el de quien me ha abierto los ojos, sea suficiente para que ningún muro pueda detenerte nunca más.

Cuando acabo de leerla, el salón permanece durante varios minutos en silencio. Los tres nos miramos sin saber muy bien qué decir. No siento pena, no puedo sentirla por alguien que ha causado tanto dolor a personas que solo merecían nuestra ayuda, para superar aquello que toda una sociedad enferma les recrimina: amar a un igual, sentir amor por otra persona.

—Ha tenido el final que merecía. —Rompo el silencio a la vez que le entrego la carta a Rosa, que me la coge con un rostro algo contrito.

—Ayer lo encontraron ahorcado en su domicilio, la verdad es que me siento responsable de su muerte.

—¿Por qué? —le pregunto mientras enciendo otro cigarro.

—Cuando te metieron en la cárcel, él y yo empezamos a hablar sobre ti. Sabíamos que nos llamarían a declarar, así que quisimos preparar la declaración para que no hubiera ningún cabo suelto. Él me confesó que sentía algo por ti, pero también otras cosas mucho más graves: sus experimentos inyectando sustancias víricas a personas sanas, sus numerosos intentos de revertir la homosexualidad y los asesinatos que cometió por orden de la directora. Yo le recriminé todo ello y se derrumbó delante de mí. No supe cómo ayudarlo.

—Agradezco lo que hizo por mí, pero no era una buena persona. —Cojo el cenicero, y con un leve toque sobre el cigarrillo, la ceniza acumulada cae—. Merecía ese final, lo sabes tan bien como yo.

—Puede que tengas razón.

—Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos, nadie merece un final así.

—¿Te imaginas que te inyectaran, solo por saber si un medicamento es eficaz, una enfermedad que podría matarte, que te atravesaran el cráneo porque amas a alguien de tu mismo sexo? Juan, deja de vivir en un mundo idealista, hay demasiados verdugos en España que merecen una muerte a la medida de sus crímenes. Lo único que lamento es que el dictador muriera en su puta cama, y no degollado o con un tiro en la cabeza.

—Al menos Suárez y el rey están construyendo una democracia sin derramamiento de sangre.

—Los mismos que han sustentado la dictadura durante años —intervengo con tono serio. He pasado por demasiadas cosas para que me digan que un rey, sentado en el trono que un dictador le dispuso, y un miembro del Movimiento van a devolvernos los derechos que nos arrebataron hace casi cuarenta años —. No son ellos quienes han traído la democracia, es gente como tu madre y todas esas personas que han luchado por los que no podíamos. Ellos han conseguido derrocar un gobierno que pretendía ser continuista, y presionado para que se haga lo que este país llevaba años demandando en un clamoroso silencio.

—Marta, tengo algo más para ti. —Rosa saca de su bolso una agenda y me la entrega.

—¿Cómo la has conseguido? —le pregunto sorprendida cuando la abro y compruebo que es la misma que me regaló. Todo lo que escribí está ahí, mis anotaciones, las historias de quienes mejor pude conocer.

—Me la entregaron después de que el juicio fuera visto para sentencia. Les mandé un escrito diciéndoles el valor sentimental que tenía. Pocos días después, me respondieron que ya no la necesitaban y que podía pasar a recogerla. Supongo que todo el contenido lo habrán copiado en el expediente. Pensé que te gustaría tenerla.

—Sí, por supuesto. Por cierto, ¿sigues trabajando en el manicomio?

—Es mi sitio, procuro cuidar mejor a los internos, además, desde que no está la directora ni Montse, las otras enfermeras y yo trabajamos mucho mejor.

—¿Montse se ha ido?

—Se fue poco después de testificar en el juicio, supongo que creyó que la detendrían y no lo soportó. A nadie le comentó sus planes, simplemente

desapareció. ¿Vosotros os iréis a Madrid?

—Sí, tenemos billetes para mañana —le explica Juan.

Seguimos hablando hasta que se hace casi de noche. Rosa es una persona muy agradable y hará un trabajo estupendo en el hospital psiquiátrico. A pesar de mi ofrecimiento, rehúsa quedarse a cenar.

Cuando se va, abro la agenda que tanto tiempo me acompañó en el manicomio de Miraflores, la verdad es que no esperaba volver a verla. En el momento en el que leo mis propias palabras, no puedo evitar que se me agolpen los malos recuerdos en mi mente. Pasar las páginas con las historias de los pacientes que mejor conocí, me hace recordar el motivo por el que le cogí cariño a Rosa. Fue mi salvación en un lugar donde esa palabra carece de sentido.

Capítulo 20

Días después de las publicaciones de Juan sobre el manicomio de Miraflores, la directora me llama a su despacho porque tiene algo importante que decirme. Cuando Rosa entra en la habitación que ocupó desde hace meses y me lo dice, tengo la sensación, quizá demasiado ingenua por mi parte, que quiere sacarme de aquí para evitar que se siga publicando información del sitio que dirige con mano de hierro. Ese sentimiento de esperanza dura muy poco, en el momento en el que veo el rostro sonriente de María Eugenia Valverde de Castro, sé que mi escapatoria está tan lejos como el primer día que me encerraron.

—Señora Urriaga, qué honor volver a verla.

—¿Qué quiere?

—¿Creía que iba a salirse con la suya con las publicaciones falsas en esos panfletos?

—¿Falsas? ¿Cómo se atreve a decir que son falsas cuando hay documentos del doctor que acreditan todo ello?

—Unas anotaciones de un médico que está internado no demuestran nada, señora Urriaga.

—Juan no tardará en demostrar que esas firmas son falsas.

—Aunque el generalísimo Franco haya muerto —se levanta y se coloca de espaldas a mí—, haré lo posible para que gente como usted, señora Urriaga, no salga jamás de aquí. Sois la enfermedad que asola esta gran nación.

—¿Una nación es grande cuando maltrata a sus mujeres? —Me levanto y me encaro con ella—. ¿Una nación es grande cuando tiene a miles de muertos en sus cunetas o cuando se confunde la libertad con la delincuencia? Vive muy bien torturando a gente, ¿verdad? No tiene alma.

—Hace mucho tiempo que la perdí. No me conoce de nada, Marta. Nos parecemos más de lo que nunca podría llegar a imaginarse, ¿de verdad cree

que no sé que mató a su compañero con sus propias manos?

—Yo no he matado a nadie.

—No sé qué habrá visto el doctor Pellicer en alguien así para engañarme, pero todo, escúcheme bien, todo lo que pasa en este lugar lo acabo sabiendo.

—Si es verdad que lo sabe todo, sabrá que fue en defensa propia.

—Desde luego, querida. Las mujeres también tenemos que demostrar que sabemos defendernos, no la culpa de ello, por eso no di parte a las autoridades. Como ve, a veces la línea del bien y del mal no es tan gruesa como queríamos.

—No se atreva a justificar lo que hace aquí poniéndome a mí como ejemplo. —Elevo el tono.

—Me recuerda a mí cuando era joven: desafiante, fuerte, arrogante. Alguien no acaba dirigiendo un lugar como este después de que la vida la haya tratado bien. Su bando hizo verdaderas atrocidades, lo sabe, ¿verdad? Esos de los que habla, firmes defensores de los derechos de las mujeres, de la libertad, son capaces de entrar en una casa y acabar con la vida de los padres de una inocente cría solo por ver varios crucifijos. ¿Se lo han contado alguna vez?

—Se equivoca conmigo, María Eugenia, no estoy en uno u otro bando, lucho por la libertad y los derechos que incluso alguien como usted debería tener. ¿Sabe qué hizo cuando me ingresó aquí? —La miro desafiante—. Ha ayudado a un hombre que pegó una paliza a su mujer estando embarazada, haciendo que perdiera a su bebé. Ha colaborado con alguien que ha matado a los padres de su mujer y no ha dudado en incriminarla. ¿Eso querrían sus padres cristianos?

La directora me propina una bofetada en la mejilla derecha. Cuando me recupero del golpe, le sigo manteniendo la mirada desafiante.

—No se atreva a hablar de mis padres.

—¿Para qué me llamó? Dudo mucho de que haya sido para mantener esta conversación.

—Cierto, querida, sentémonos. —Me señala mi asiento—. Lamento decirle que su hermano ha muerto.

—Eso es mentira.

—En absoluto, he sido informada ayer mismo y quería comunicárselo personalmente.

—No puede ser cierto, no puede ser cierto —repito en voz alta lo que grita mi mente una y otra vez.

—*Sabes que lo es, Marta.* —Escucho la voz de Óscar. Me giro para ver si hay alguien, pero solo veo la puerta de salida del despacho—. *Han matado a tu hermano, han acabado con tu familia.*

La directora me lanza unas fotografías. En ellas, se ve el cuerpo de mi hermano, está magullado y presenta moratones por toda la cara.

—Fue un estúpido, este no es el peor sitio para esa clase de enfermos.

—Mi hermano no estaba enfermo —grito llena de rabia.

—Querida, no se altere y siéntese, de lo contrario, tendré que aplicarle un correctivo. —Se levanta y se encamina hacia el armario del despacho.

—Quiero saber cómo murió mi hermano. —La acorralo contra la pared. Tiene en sus manos su vara más fuerte, pero le agarro las muñecas y la obligo a tirarla al suelo—. Dime quién lo mató.

—Será mejor que se tranquilice, se lo diré. —La libero—. Cuando me enteré de que su hermano había escapado, di la voz de alarma. Una patrulla de la Guardia Civil lo encontró intentando huir a Francia, estaba en la frontera.

—Solo me quedaba él... solo él. —Me separo de María Eugenia, quien esboza una sonrisa maliciosa.

—*Ella lo mató, Marta.* —Vuelvo a escuchar la voz—. *Ha muerto por su culpa, lo sabes.*

—Cállate, joder. —Me llevo las manos a la cabeza. Desde que asesiné a Óscar, he escuchado su voz varias veces, pero no tan seguido. Es horrible tener que oír una voz que no es la tuya en tu cabeza.

—Este lugar le ha causado más estragos de lo que pensaba, señora Urriaga. Cuando la conocí, me pareció una mujer fuerte, valiente, decidida, capaz de superar todo lo que aquí pudiera pasarle... veo que me equivoqué.

—*Puedes acabar con todo esto, Marta.* —Veo a Óscar detrás de la directora, no hace ningún movimiento, salvo señalarme la vara que se cayó al suelo—. *Acaba con todo esto, recupera tu libertad, como tú me diste la mía.*

Cuando vuelvo a ser consciente de lo que está pasando, María Eugenia está en el suelo con una brecha en la cabeza, su hábito está manchado de sangre. Suelto el arma al ver que mis manos están empapadas de ella.

—¿Qué... qué ha... pasado? —Rosa entra en el despacho y se lleva las manos a la boca cuando ve la escena. Me giro y veo su rostro conmocionado—. ¿Qué has hecho, Marta? —me pregunta con los ojos ojipláticos.

—T... te... juro que no quería hacerlo.

Me cuesta ponerme en pie, mis piernas no me responden, y de no ser por la

ayuda de Rosa, habría caído cuando intentaba levantarme. Me tiro hacia atrás, me apoyo contra la pared y ambas nos quedamos mirando el cadáver de la directora.

—No... no... quise hacerlo. —Mi voz se quiebra y arranco a llorar—. Ella... ella me enseñó... que habían matado...

—¿A quién han matado, Marta? —me pregunta Rosa poniéndose delante de mí para evitar que mire a María Eugenia. Me agarra la cara con sus dos manos.

—A mi hermano. Me lo ha arrebatado todo, Rosa, todo, y ahora acabaré en la cárcel.

—Tranquilízate, voy a ayudarte, pero necesito que estés serena, ¿de acuerdo?

—Va... vale. —Me seca las lágrimas.

—Limpia el arma y quítate la bata, te traeré una nueva. Ahora vuelvo.

La obedezco sin decir nada. Estoy tiritando. Rosa podría acabar en la cárcel por esto, jamás me lo perdonaría.

Solo tarda unos minutos en volver y traerme otra bata. Me ayuda a ponérmela, mis nervios hacen que mis articulaciones no respondan demasiado bien. No sé cómo, pero Rosa está manteniendo la cabeza fría desde que me vio arrodillada al lado del cadáver.

—¿Has limpiado el arma?

—Sí.

—Es probable que alguien sepa que has estado aquí, así que hay que intentar convencer a la Guardia Civil de que tú te la encontraste ya muerta. Voy a deshacerme de la bata, tiene demasiada sangre. Marta, todo saldrá bien, ¿vale?

Asiento con la cabeza, aún estoy en *shock*. Después de hacer lo que me dijo, me he quedado apoyada contra la pared, sin moverme. Rosa está sudando, controlándose muy bien para ayudarme. Sale otra vez para deshacerse de la bata tras haberme pasado un pañuelo y limpiado algo de sangre.

Los minutos que tarda se me hacen eternos.

—¿Qué ostias ha pasado aquí?

Cuando compruebo de qué mujer es la voz que ha abierto la puerta, mi corazón se acelera y mis piernas tambalean tanto que me caigo sobre el cuerpo de la directora y el arma. No sé qué hacer, y lo único que se me ocurre es

levantarme, correr y dejar a Montse al lado del cadáver.

—¿Qué haces, cariño? —me pregunta Juan.

—Qué susto me has dado, creía que seguías durmiendo. Estaba escribiendo.

—¿El qué?

—Mi último día en el manicomio.

—¿Podría leerlo?

—No, esto es algo que jamás leerás. —Me levanto y cojo un cubo lleno de papeles, donde tiro la agenda y mi cigarro a medias. El fuego lo consume, como quiero que esos recuerdos se consuman para que no vuelvan a condicionarme nunca más.

—¿Por qué has hecho eso?

—En ocasiones, es mejor sepultar la verdad en lo más profundo de nuestro ser, porque la mentira es lo único capaz de ofrecernos una nueva vida. Confía en mí.

—Nunca he dejado de hacerlo. —Me acaricia la mejilla. Siento cómo mi piel se eriza, por fin, tras tanto tiempo, por algo bueno.

A veces, no sabemos por qué hacemos lo que hacemos, simplemente ponemos nuestra alma y llevamos a cabo esa acción que en el futuro quizá veamos como errónea, pero que en ese presente se convirtió en nuestra única salida, en la escapatoria de una encrucijada en la que todas las puertas se cerraban según corríamos hacia ellas.

Capítulo 21

Ha pasado más de un año y aún tengo grabado en mi memoria cada una de las experiencias que me marcaron en el manicomio de Miraflores. En mis viajes a Sevilla, he podido estar con Rosa, ya no como enfermera, sino como la nueva directora del centro. Aunque ocupe ese cargo de manera provisional, gracias a ella me consta que ha mejorado tanto la vida de los internos que ya no parecen prisioneros de una cárcel, sino gente con problemas que tienen un tratamiento y una segunda oportunidad para vivir la vida que les fue arrebatada.

La España de 1977 tiene un nuevo aire que huele a libertad, pero no estará completa hasta que la Ley de Peligrosidad y Reforma Social sea derogada. Contempla la cárcel para personas que solo quieren vivir su felicidad con alguien de su mismo sexo. El gobierno debe escuchar el clamor de la calle, ya no silencioso, que pide que algo tan humano como es el amor sea despenalizado.

No obstante, cuando tenga el honor de morir en la democracia que prometen, no recordaré 1977 por ser el año de las primeras elecciones democráticas de un Estado que ha vivido en una dictadura durante cuarenta años, siempre lo haré por una ley, una ley que permite el olvido, y que obliga a las víctimas, silenciadas durante cuatro décadas, al perdón. Cuando te imponen el perdón, esa honrosa palabra pierde su significado para convertirse en una condena.

Mis viajes a Sevilla, y a otras ciudades de España, han sido por un motivo: recopilar las historias de cada uno de los pacientes de Miraflores que estuvieron conmigo y que han sido puestos en libertad. He decidido publicarlas en el periódico, la gente debería conocer a qué tipo de «peligrosos criminales» se encerraban durante la dictadura.

Juan se ha venido a vivir conmigo y con Dino a mi piso, él lo atiende cada

vez que salgo de viaje. Es una suerte contar con él, me cuida como nadie lo ha hecho. Cuando alguien ama así a otra persona, se percibe en cada mirada, en cada gesto, en cada detalle. No me ha dejado sola desde que salí de la cárcel, de hecho, le cuesta mucho cada vez que salgo de la ciudad para preparar mis crónicas semanales.

—¿Te vas mañana al final?

—Sí, quiero ir a Barcelona, un paciente está ahí y voy a publicar su historia dentro de dos semanas.

—Es genial que te estés volcando en este proyecto, cielo.

Me da un beso en la mejilla mientras Dino se acerca intentando que sus caricias vayan a él, sin demasiado éxito. Abrazo con todas mis fuerzas a Juan, aunque miro hacia abajo, no puedo mantenerle la mirada en un momento en el que mi cabeza está en otro sitio.

Mentir está mal, mucho peor si lo haces con la persona a la que amas. Si llega a descubrirete, puedes romperle el corazón, una simple mentira puede hacer que la confianza que tenía en ti se quiebre para siempre. Sin embargo, a veces es inevitable hacerlo si no queremos poner en riesgo a esa persona, si queremos tener una vida donde el pasado sea solo eso, un pasado que no vuelva a torturar nuestro presente.

—Vuelve pronto. —Me da un beso antes de que me marche en el taxi.

—Lo haré.

El coche se pone en marcha. Miro por la ventana para ver las calles de Madrid, quizá sea la última vez que mis ojos puedan contemplarlas. Desde que salí de la cárcel, le he dicho a Juan que estaba escribiendo las crónicas de los pacientes y que seguiría investigando el atentado en la cafetería Rolando. Nada es mentira, pero desde que supe que cada asesinato, cada crimen de la dictadura sería olvidado por la justicia, mi cabeza no ha parado de pensar en el asesino de mi hermano.

De la madre de Juan aprendí que para conseguir información hay que estar dispuesta a todo. Saber quién mató a Carlos no ha sido fácil, me ha supuesto muchas llamadas, amenazar a un alto mando de la Guardia Civil con fotos comprometidas en un prostíbulo y exprimir el coraje con el que mi madre me inculcó desde pequeña.

Cuando llegamos a la estación, el coche detiene su marcha. Juan quería venir conmigo, pero no quería que me viera con el hombre que me acompañará en mi viaje a Barcelona.

—Volvemos a encontrarnos, Marta. —Un hombre, con gabardina y la barba muy bien perfilada, me sorprende por detrás justo antes de embarcarme en el tren.

—¡Miguel, me has dado un susto de muerte, joder!

Hace unos meses, Miguel salió del manicomio y vino a vivir a Madrid, donde ha montado una clínica privada, y la verdad es que le va muy bien. Nos hemos visto varias veces, cada vez que nos encontramos me da las gracias por haber cumplido mi promesa de liberarlos de ese infierno. Jamás le he pedido nada a cambio, pero es el único con quien tenía la confianza para decirle lo que iba a hacer y que no me juzgara. Después de todo, nadie como él para entender que ciertos actos merecen una consecuencia. Desde que se lo conté, ha estado ayudándome en todo lo que ha podido.

—¿La tienes? —le pregunto en un susurro con gesto serio.

—Sí. —Da unos golpes al maletín que porta en su mano derecha—. ¿Acaso dudabas de mí?

El aviso de que en cinco minutos saldrá en tren hace que nos pongamos en marcha y nos montemos en él. Hubiera preferido ir en mi coche, pero es un trayecto demasiado largo, que no sé si mi Seat 124 lo soportaría o nos dejaría colgados a mitad de camino.

—Estás segura de lo que vas a hacer, ¿no? —Interrumpe mis pensamientos.

—Sí, creo que es la única manera para que pueda pasar página. —Dejo de mirar el paisaje para centrarme en Miguel. Tiene un aspecto infinitamente mejor que la primera vez que lo vi, de hecho, parece que ha rejuvenecido diez años—. Casi todas las noches sueño con mi hermano, ¿sabes? Recuerdo todas las veces que veíamos dibujos sentados en el suelo y nos divertíamos haciendo rabiar al otro. No puedo dejar que quien le hizo daño no pague por ello, y si la justicia no lo hace, lo haré yo.

—Lo entiendo. —Se enciende un cigarro, luego me ofrece uno.

—Ya sabes que solo fumo Goya. —Me enciendo yo uno de los míos—. Son los mejores.

—Te tengo que preguntar. —Su gesto se vuelve un poco más serio—. ¿Has vuelto a escuchar o ver a Óscar o tener pesadillas con la directora y el día en el que murió?

Es la única persona que sabe eso de mí, a Juan se lo he ocultado, no quiero que sepa nada de eso, de hecho, le pedí al abogado que no le contara nada de todas las confesiones que hice de lo que había pasado en el manicomio, ni

siquiera sabe que casi me ahogan nada más internarme. No quiero que me vea como una víctima, sino como la mujer fuerte que soy.

—Desde que me das la medicación, no. Es un alivio poder llevar una vida más normal.

—Después de todo lo que has pasado, un estrés postraumático es común. En un tiempo podrás dejar la medicación.

—Hablar contigo me ha ayudado mucho, lo sabes. Me alegré mucho el día que supe que te habías mudado a Madrid con Ana. ¿Ella está bien?

—Sí, también le está costando adaptarse a su nueva vida, pero es fuerte y saldrá adelante sin problemas. Además, Sergio viene a verla mucho. Cuando esté totalmente recuperada, se irá a vivir con él a Galicia. —Hay un silencio —. Me cuesta preguntarte esto, pero... ¿sabes algo de tu marido?

—No, lo último que sé es que se fue de España. Archivaron el caso, así que otro asesino que no pagará por sus crímenes...

Las largas horas de viaje se pasan muy rápido, Miguel es un excelente conversador. Cuando el tren se detiene, vuelvo a la realidad y mi corazón empieza a palpar rápido, ya no puedo no pensar en lo inevitable: he venido a matar a un hombre. Ya lo he hecho dos veces, pero ahora es diferente, no es en defensa propia ni por instinto, solo una cosa me ha traído a Barcelona: venganza. No tener pesadillas ni ver a Óscar no quiere decir que haya dejado de reconcomerme la culpa por no haber protegido a mi hermano.

Franco quizá haya muerto, pero no con él sus crímenes. Hace unos meses se convocó una manifestación para defender a personas que son como mi hermano; la policía les golpeó y encarceló a varios de ellos. Siento su dolor como el mío. Me consta que uno de ellos fue el que pegó la paliza y mató a mi hermano.

La casa de ese malnacido está un poco alejada del centro, así que tardamos algo más de una hora en llegar al portal.

—Si cruzamos, no habrá vuelta atrás —me advierte Miguel.

Sin hacerle caso, con una respiración taquicárdica disimulada, me enciendo un cigarro y toco dos veces. Minutos después, nos abre la puerta un hombre trajeado, con pelo rizado largo y con un semblante serio, la verdad es que, a pesar de ser un hombre delgado, impone bastante.

—¿Qué quieren? —nos pregunta con el entrecejo marcado.

—¿Es el Guardia Civil Olivera?

—Sí.

—Nos envía el general Timón de Lara a hablar con usted.

—¿Y por qué iba a enviar a una mujer?

—Es un asunto delicado —interviene Miguel.

—Adelante. —Cierra la puerta cuando pasamos.

—¿Hay alguien más en la casa? —le pregunto.

—El general sabe que vivo solo, ¿quiénes sois?

—Siéntate. —Antes de pasar al salón, Miguel me había pasado la pistola que llevaba en el maletín y con la que ahora apunto al asesino de mi hermano.

—¿Cómo te atreves a apuntarme con un arma, zorra?

—Mataste a mi hermano, y vas a pagar por ello.

—¿Quién cojones es tu hermano?

—Esto te refrescará la memoria. —Le hago un gesto a Miguel para que le pase las fotografías que llevo guardando desde que la directora me las enseñara.

—Ah, sí, el maricón que iba con otro chico. Si no hubiera hecho que escapara el otro, no habría muerto.

Le propino un golpe en la cara con la culata de la pistola. Un hilo de sangre le empieza a correr por la comisura de los labios.

—Mereces morir por todo el sufrimiento que has causado.

—No soy peor que otros policías, cumplíamos órdenes, nada más.

—Miguel, busca algo para atarlo.

—¿Qué quieres hacer?

—Hazlo, joder.

—Una mujer no tiene cojones de matar a nadie. —Se levanta y trata de quitarme el arma, pero aprieto el gatillo antes de que pueda alcanzarme. Le da de lleno en el abdomen y se ve obligado a retroceder y cae en la silla.

—¿Qué ha pasado? He escuchado un disparo —Miguel viene corriendo con una cuerda en la mano.

—Sujétalo a la silla y vete.

—¿Y si pasa algo? —me pregunta preocupado.

—Vete —le digo después de que haya amarrado a Olivera a la silla.

—Quizá la muerte de Franco haya hecho posible la democracia, pero este país estará podrido por su propio pasado mientras vivan escorias como tú.

—Tu hermano seguirá muerto y enterrado en una fosa, aunque me mates. — Se sonrío.

—¿Mi hermano no está enterrado en Sevilla?

—¿Te crees que íbamos a molestarnos en trasportar el cadáver de un maricón? —Se ríe, parece que no es consciente de su situación.

Mi reacción no se hace esperar y le propino otro golpe en la cara con la culata del arma. Escupe sangre.

—¿Dónde está?

—¿Por qué iba a decírtelo?

—Dímelo o juro que te mataré. —Hinco mi pulgar derecho en la herida. Grita de dolor.

—No pienso decirte nada.

—*Mátalo.* —Escucho de nuevo la voz de Óscar. Es la primera vez que me pasa desde que tomo la medicación—. *Disfrutó matándolo. Si quieres hacer justicia, tiene que pagar por sus crímenes.*

Cuando me doy cuenta, la cortina del salón está ardiendo. Tengo el encendedor en mi mano.

—Dijiste que una mujer no tiene cojones de matar —le susurro al oído—. Eso es porque nunca has conocida a una.

—¡Sácame de aquí, maldita zorra! —Trata de revolverse en la silla, pero lo único que consigue es caerse al suelo mientras las llamas van devorando ya parte del salón.

Antes de salir de la casa, tiro el cigarro adentro.

El dolor nos ciega y confundimos dos cosas muy diferentes: venganza y justicia. La venganza nos nubla la razón, nos envenena y perdemos la esencia de quienes fuimos, pero a veces es inevitable cuando la balanza de la justicia ha quedado tan desequilibrada que los delincuentes se alzan con una sonrisa, y las víctimas callan silenciadas.

Epílogo

Han pasado tres años desde mi experiencia traumática del manicomio, mi paso por la cárcel y la elección, correcta o no, de acabar con el asesino de mi hermano. Desde entonces, pienso todos los días en ello. Quizá me convertí en aquello que tanto odié durante años. Después de todo, a lo mejor tenía razón María Eugenia, y me parezco a ella más de lo que nunca hubiera deseado.

¿Hay algo que justifique que la víctima se convierta en el verdugo? ¿Que confundamos la justicia con el derramamiento de sangre? ¿Que, en vez de reparar la iniquidad, seamos los causantes de más dolor? Mis actos y los de otros quizá me hayan arrebatado para siempre la oportunidad de tener una vida normal, pero lucharé por ella. Aunque el resto de mi vida tenga que tomar medicación, controlar el miedo a conocer a nuevas personas, a tener pesadillas cuando debería soñar, no dejaré que ellos venzan. Esta partida la hemos ganado quienes creímos en la libertad, la igualdad y la justicia. A pesar de que a veces esos términos puedan parecer esquivos, o incluso tener una capa tan fina que se diluya, incluso entonces, debemos recordar que ganamos la partida al miedo y a la represión, porque sin eso, aún seguiríamos creyendo que nuestra libertad depende de otros. Con ello, con el grito de un pueblo silenciado, hemos conseguido logros. Para mí, el más importante es que si mi hermano estuviera vivo, ya podría vivir una vida sin temor a ser encarcelado y perseguido por el propio Estado.

Aun con todo ello, España tiene una deuda, una deuda con quienes no hemos podido recuperar los restos de nuestros seres queridos aún. Esa lucha no me corresponde a mí sola, sino a toda una sociedad, para que esta naciente democracia no se construya sobre los huesos enterrados en cunetas de quienes fueron sus principales defensores.

Antes, solo vivía por un objetivo: venganza. Mentí por ello a la persona a la que amo, y algo en mí quiere arrepentirse, aunque otra batalla diciéndome

que fue lo correcto. Sin embargo, tengo claro que, si la rueda de la venganza no se detuviera nunca, yo no estaría viva. Salí incólume de tres asesinatos, y voy a aprovecharlo. Ahora, tengo un fin noble, seré la voz de aquellos que no pudieron gritar, de aquellos que sufrieron la violencia de todo un Estado, de aquellos cuyos familiares yacen muertos en cunetas.

Seré la voz de todos ellos, y ese es el mejor motivo para comenzar una nueva vida.